
TEATRO
LUIS
FERNANDEZ
ARDAVIN.
V. de S.
EL
DONCEL
ROMÁNTICO
50 CENTIMOS



EL TEATRO MODERNO

AÑO III 13 agosto 1927 NÚM. 101

L. Fernández Ardavín

EL DONCEL ROMÁNTICO

FOLLETÍN ESCÉNICO EN CINCO CAPÍTULOS Y EN VERSO

Estrenado en el Teatro de la Princesa, de Madrid, el día 18 de noviembre de 1922

PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Carmen Sevillano	*Sra.*	*María Guerrero.*
Carolina	*Srta.*	*Josefina Tapias.*
Renata (Camarera de Carmen)...	"	*María Hermosa.*
Filomena (Aya de Ariel)	"	*Pilar Pérez.*
Una camarera	"	*Mariana Larrabeiti.*
La Suripanta	"	*Amalia Férriz.*
Madama 1.ª	"	*María Guerrero López.*
Madama 2.ª	"	*Carmen Larrabeiti.*
Una voz de mujer	"	*Paquita Alcántara.*
Ariel (Vizconde de Camporreal).	*Sr.*	*Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero.*
Lauro, el navegante	"	*Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero.*
Don Diego de Saldaña	"	*Fernando Díaz de Mendoza.*
El Capitán Villena	"	*José González Marín.*
El Conde	"	*Ricardo Juste.*
El Doctor Floro	"	*Evaristo Vedia.*
Narciso	"	*García Ortega.*
El boticario	"	*José Ruiz Capilla.*
El Barón	"	*Ramón Guerrero.*
Galán 1.º	"	*Juan Vázquez.*
Galán 2.º	"	*Ángel Ortega.*
Caballero 1.º	"	*Idem.*
Caballero 2.º	"	*Juan Vázquez.*

Espectadores y damas. La acción en Madrid, en 1837.

CAPITULO PRIMERO

EL CABALLERO MISTERIOSO

DECORACION DEL CAPITULO PRIMERO

La escena es el vestíbulo del teatro del Príncipe,
en los tiempos de Larra y de Matilde Díez.
Un gran arco en el foro, con cortinas de grana,
que deja ver algunas lunetas de la sala;
y dos puertas menores, con el arco simétricas,
que simulan dar paso a los palcos plateas.
A la siniestra mano, la entrada de la calle
y el ropero. A la diestra, en una curva entrante,
una botillería. Taburetes y mesas
llenan, en primer término, un tercio de la escena;
y han de verse después—llegado el entreacto—
ocupadas por los pulidos currutacos.
Dònde escuchó Comella resonantes rechiflas
y triunfó Moratín con "El sí de las niñas",
triunfan hoy los románticos. Hay oscuros divanes,
y en el techo, girándolas y arañas de cristales;
que el alumbrado es, como de tales tiempos,
con aceite y bujías, con velas y mecheros.
Y todo lo patina ese añejo color
que aun conserva el vestíbulo del teatro Español.

Es de noche, y ha rato que empezó la comedia.
En el ropero hay una graciosa *Camarera*
para coger las ropas. Y en el oscuro hueco
de la botillería dormita el *Botillero.*
Se levanta el telón. Hay una breve pausa.
Llegan *dos Caballeros* en pos de *dos Madamas,*
y mientras van sus chales y sus capas dejando,
dan comienzo los versos del folletín dramático.

MAD. 1.ª ¿Ha empezado?
CAMA. En este instante
la cortina se descorre.
MAD. 2.ª La sala estará brillante.

CAMA. Como cuando el comediante
se llama Carlos Latorre.

MAD. 1.ª Dicen que si es bello el drama
que así conquistó la fama,
es más joven el autor.

MAD. 2.ª Y el drama, ¿cómo se llama?

CAB. 1.º ¿Quién lo ignora? "El Trovador".

MAD. 1.ª Pues corramos a ocupar
cada cual nuestra luneta,
que, con la última cuarteta,
sale, pálido, a escuchar
los aplausos el poeta.

(Vanse, y entra el Barón
—un viejo de sainete—
con una Suripanta
llamativa y alegre.)

SURIP. *(A la guardarropa.)*
¿Sabéis si vino ya la Sevillano?

CAMA. Aún no la vi pasar.

SURIP. *(Al Barón.)*
¿Lo veis, marido?
Teméis tarde llegar, y aun no ha venido
la que es ejemplo del Madrid mundano.
No es de buen tono madrugar, barón;
ni está el gran mundo a la primera hora.

BARON. ¡Pero es lo natural, noble señora,
no llegar cuando bajan el telón!

(Vanse.)

(Aparece el Vizconde Camporreal
con Lauro, el navegante.
Ambos tienen un porte mundanal:
azul de Prusia el frac; chaleco de ante;
leontina, botín, chistera, guante,
y capa señorial
que, del hombro al caer, pliega elegante.
No se sabe de cuál
es más la impetuosa adolescencia,
y apenas en los dos se apunta el bozo.
¡Si carece el Vizconde de experiencia,
Lauro carece más, porque es más mozo!)

ARIEL. Os digo, Lauro, que latió aquí dentro
la sorpresa de hallar tan buen amigo.

LAURO. Ariel: también yo digo
que latió el corazón con el encuentro.

(La camarera toma de ambos la capa y la chistera.)

ARIEL. Unida a mi niñez vuestra memoria
cual si Lauro y Ariel fueran el mismo,
con la separación se abrió un abismo,
y, al vernos hoy, reanudé la historia.
¿Recordáis al extraño caballero
que vino en busca mía al Seminario
de Nobles?

LAURO. ¿El hidalgo extraordinario,
de oscuro paletó y amplio sombrero,
con quien fuisteis a Francia?
Recuerdo bien.

ARIEL. Pero ignoráis quién era.

LAURO. Sólo sé que, al llevaros la galera,
verdugo le juzgué de vuestra infancia.
Mas, si no acabó el acto todavía,
entremos a ocupar nuestra platea.

ARIEL. Estar a solas mi ilusión desea
y hablar con vos aquí me placería.

LAURO. ¿Os cansa "El Trovador"?

ARIEL. Le vi tres veces
y prefiero esta noche, Lauro amigo,
aquí esperar. Y si os quedáis conmigo
la fausta noche colmaréis con creces.

LAURO. ¿Esperáis?

ARIEL. Impaciente y sin paciencia.

LAURO. Luego, ¿venís?...

ARIEL. Por quien que venga espero.

LAURO. Pues quedo aquí. Pero, entretanto, quiero
me contéis vuestra ausencia.
Bebiendo engañaremos la impaciencia.

(Toma asiento. El Botillero acude con astuta diligencia.)

BOTILL. ¿Burdeos? ¿Marrasquino?

LAURO. Aloja fría.

BOTILL. Todo está fresco en mi botillería
como se lo merece su excelencia.

(El Botillero, con andar de pato, va hacia su bien repleta estantería.)

ARIEL. Mi ausencia fué una eterna rebeldía
a todo lo sensato,
en la que, altivo, pero nunca ingrato,

la sangre por mis venas se prendía.
El hombre aquel del paletó, tan noble,
que me dió con su nombre su cariño,
cuidó el ligero corazón de un niño
con su macizo corazón de roble.
Quiso alejarme del solar nativo
y del pesar de los que el ser me dieron.
Y, errantes siempre, por el mundo fueron
el viejo noble y el doncel altivo.
Solos los dos, expatriado el viejo
por sentencias políticas, los años
borraron sus antiguos desengaños
como el paño se borra de un espejo.
Su olvido y el amor que, en tierra extraña,
hacia mi patria en mi ilusión crecía,
le hicieron acogerse a la amnistía
para volver a España.
Y aquí nos tenéis ya. No hace dos lunas
que, palpitante el corazón de gozo,
emprendimos la vuelta, yo más mozo
y él, más nevadas sus patillas brunas.

(Dice el siguiente trozo
con el ardor del que corrió en las tunas.)

Siete caballos normandos arrastraban la galera.
Al viento daban las crines y el bridal y la collera.
Vertiginosos ganaban, al galope, la frontera,
y atrás dejaban los llanos de la campiña extran-
[jera.
Juraban los postillones entocados de casaca.
Temblaban dos madaminas. Plañía una vieja
[flaca.
Cantaban los artesanos, que viajaban en la baca,
y gozaban los placeres del porrón y la petaca.
Tolvaneras y ventiscas nos cegaban el camino
y arrollaban el tabardo sobre el pobre peregrino.
Un alto en cada posada y un posadero ladino
que ofrecía, a los viajeros, buen yantar y mejor
[vino.
La galera, sobre el puente, se copiaba en un es-
[pejo.
Trepidaban los cristales; rechinaba el eje viejo,
y al cruzar, escandalosa, por la plaza del con-
[cejo,
con su ruido encabritaba la muleta y el potrejo.

Día y noche, de este modo, más de tres fueron
[pasados
que emprendimos el regreso los hidalgos emi-
[grados,
cuando, al fin, un alba clara, por los vidrios em-
[pañados,
vimos de Irún nebuloso dibujarse los tejados.
¡Era España! ¡La indomable! ¡La Vasconia gue-
[rrillera,
siempre altiva en su peñasca, montaraz y mari-
[nera!
¡Y al botar, sobre los guijos españoles, la galera,
cada casco dió una chispa y un tirón cada co-
[llera!
Luego, Burgos; las estepas y los llanos palenti-
[nos.
¡La amplia vega! ¡El ancho Duero! ¡Las reta-
[mas! ¡Los espinos!
¡Los arrieros de Riaza! ¡Somosierra con sus
[pinos,
y el Alcázar de Madrid, que atalaya los caminos!
¡Oh, hermosa España! ¡Indomable carpetana,
[recia y dura!
¡La brava en las serranías y serena en la llanura!
¡Sólo al volver a pisarla, tras de ausencia y des-
[ventura,
se siente resucitar el poder de su hermosura!

(Transición.)

Mas no me pareciera tan hermosa
si no brillara el singular lucero
de una mujer a quien tomé por diosa.

LAURO. ¿Una mujer, decís?

ARIEL. A la que espero.

LAURO. ¡Siempre la misma juvenil querella!
¿Quién es la bella dama?

ARIEL. Sólo sé quién es ella;
pero ignoro, cual vos, cómo se llama.
La que siendo un poniente esplendoroso
me cautiva de amor apenas llego;
la que me tiene, sin querer, celoso,
y la que a mi tutor quita el sosiego.

LAURO. ¿El sosiego al tutor?

ARIEL. Sí, Lauro amigo.
El dice que es locura mi porfía

y ciega insensatez; mas yo le digo
que, ceguera o locura, es mi alegría.

(Llenas las copas, el Botillero
se hace a un costado
y escucha atento, que el caballero
le ha cautivado.)

Si en el Príncipe luce en su platea,
nubla toda figura cortesana;
y si baja a la Fuente Castellana,
no hay un gigante al que detrás no vea.
Si asoma, a ver el campo, en la Armería,
alféreces acuden y palomas;
que su perfume, de aromadas pomas,
atrae las aves y la galanía.
Si sube a pasear al Buen Retiro,
se inclinan en las fuentes los tritones,
acarician las rosas sus tacones
y de cada vergel sale un suspiro.
Hay un extraño modo en su elegancia
y una tal distinción cuando saluda,
que, al sonreírle, quien la mira, duda
si está en Madrid o si en París de Francia.
Sobrepasa la edad de las pasiones;
es jardín otoñal, fruto maduro;
y es tanto su poder, que, a su conjuro,
rindiéndosele van los corazones.
Y aun raro enigma, para mí, la dama
que así luce de todos pretendida,
no he de deciros que sabré en seguida
quién es y cómo la beldad se llama.

LAURO. Así será mientras amor aliente.
No sé de quién habláis, pero, quien sea,
no puede resistirse a la presea
de vuestro verbo arrollador y ardiente.
Pues libre sois, en ocasión como esta
—rival de la tirana tutoría—,
seguro de ganar, yo apostaría
por el triunfo de Ariel.

ARIEL. ¡Vaya la apuesta!

(Como en una novela de Dumas,
levantan las copas los dos caballeros
derramando las blancas espumas.
¡Sólo falta el chambergo de plumas
y el mostacho de los mosqueteros!)

LAURO. ¡Por la desconocida y el doncel!
ARIEL. ¡Por el doncel y la desconocida!
¡O Ariel la logra, a su pasión rendida,
o da su vida, por rendirla, Ariel!
(Aparece Don Diego de Saldaña,
que, sigilosamente,
va deslizando su figura extraña,
misterioso, embozado, lentamente.
Párase junto a Ariel sin ser oído,
y corta su ademán en el momento
en que aquél va a beber. Tan sorprendido
queda el joven Ariel, que en el asiento
permanece un instante enmudecido,
sin osar movimiento.)
DIEGO. No brindes, Ariel, en vano.
ARIEL. ¡Mi tutor!
DIEGO. ¿Qué? ¿Te importuna
cuide de si está en tu mano
la desgracia o la fortuna?
¡Te has prendado de la luna,
y está tu amor tan lejano
que es no más una querella!
¡Te lo suplico otra vez!
¡Tu dama es como una estrella,
y el enamorarte de ella
la mayor insensatez!
(Ariel, al mirar, destella
repuesto de su mudez,
y dice, con altivez,
como buscando querella:)
ARIEL. ¿Sois mi tutor o mi juez?
¿Por qué suponéis locura
si, a mi edad, el ansia loca
del amor y la hermosura
me tortura
por aprisionar su boca?
¿Cómo ha de serlo que quiera,
si es de carne, a una mujer?
DIEGO. Porque es de carne, ha de ser
para ti sólo quimera
ARIEL. Pues, o poco he de poder,
o, aunque me cueste la vida,
mía la tengo que hacer.
¡Lo juro! ¡Pues si me cuesta...!

DIEGO. *(Atajándole.)*
No jures, Ariel. Apuesta,
pero no jures. Y olvida,
que ella es...
ARIEL. ¿Quién?
DIEGO. ¡La prohibida!
Adiós, Ariel; ya te dejo.
Que, aunque olvidarlo procures,
no te ha faltado el consejo
de este viejo.
Y apuesta... ¡pero no jures!
(El hidalgo se va como ha venido:
misterioso, sin hacer ruido.
Queda Ariel silencioso y abstraído.)
LAURO. Extraña aparición la de ese hombre.
Más que un prócer hidalgo,
se diría un espectro de comedia
que por los muros se ha filtrado.
De cierto, amigo, que por bien que sea
la protección del viejo, ni mis años
de mocedad rebelde, ni mi sangre,
ni mi espíritu inquieto y despegado
de toda disciplina, sufrirían
tal vigilancia ni consejos tantos.
¿Manda tal sobre vos? ¿Tal os domina?
(Transición.)
Pero ¿no me escucháis? Estoy hablando.
ARIEL. Y escuchándoos estoy.
LAURO. Pues dad prudencias
y miedos de tutores al diablo.
Entremos ya. La que aguardáis no llega.
ARIEL. Vine a esperar y espero.
LAURO. Será en vano.
ARIEL. No lo será. Mi corazón me anuncia
que ella está cerca ya. Tiembla mi mano
como un ave al extremo de una rama.
LAURO. ¡Y os habéis puesto pálido!
¿Qué os pasa, amigo mío?
ARIEL. Que la extraña
desconocida, que anhelante aguardo,
irradia en torno su perfume y llega
como una reina ante quien abren paso.
¿Veis cómo no faltó? ¡Miradla! ¡Es ella!
(Tiende, absorto, la mano

hacia la entrada de la calle, y tiembla mostrando a la que ve. Le sigue Lauro con los ojos y exclama sorprendido.)

LAURO. ¿Esa mujer? ¡Si es Carmen Sevillano!
ARIEL. ¿La conocéis?
LAURO. Ha tiempo.
ARIEL. Entonces...
LAURO. Pero
no a la cándida flor que va a su lado.
ARIEL. ¡Pues habéis de lograr que hable con ella
o dudaré de la amistad de Lauro!
(Cual Juno y Hebe, que vestido hubieran miriñaque anacrónico y romántico, Carmen y Carolina crujen seda atravesando el escenario. El Conde las va en pos, y con el Conde, dos galanes; total, tres gallipavos. Contemplando pasar este cortejo no salen de su asombro Ariel y Lauro.)
ARIEL. ¡Oh, Lauro, qué mujer tan esplendente!
LAURO. ¡Oh, Ariel, qué criatura tan divina!
ARIEL. ¡Es el vivo lucero del poniente!
LAURO. ¡Es la pálida estrella matutina!
(Con su séquito, Carmen penetra por el arco de los palcos, y Ariel suplica, lleno de ardoroso entusiasmo.)
ARIEL. ¡Presentadme! ¡El amor no admite espera!
LAURO. Esta noche tendremos ocasión;
que no es justo padezca un corazón
por beldad tan liviana y tan ligera.
ARIEL. *(Con extrañeza.)*
¿Liviana, Lauro? Por liviano creo
lo que es cosa de todos, y esta dama
es...
LAURO Eso que decís. Ganó su fama
en más de un escabroso devaneo.
ARIEL. ¡De cierto, ni la flecha más aguda
hubiera mi ilusión tan malherido!
¡Me dejáis de un cabello suspendido
sobre el abismo negro de la duda!
LAURO. No os dejaré; pero a su tiempo sea.
El acto acaba, y lo prudente, ahora,
es vayamos a ver en su platea

lucir vos el poniente, yo la aurora.
ARIEL. Id solo si queréis. Yo aquí me quedo.
LAURO. ¿Os ofrece el descanso una ocasión
de verla, y no queréis?
ARIEL. Sí; mas no puedo.
LAURO. ¿Qué os lo impide?
ARIEL. Vuestra revelación.
LAURO. ¿Por ella renunciáis a la belleza?
ARIEL. No renuncio; jamás renunciaría.
Pero, si entro en la sala, no sabría
más que hacerme notar por mi torpeza.
Que el entreacto aprovechéis, es justo;
conque marchad sin mí, que viene gente.
LAURO. ¡Pues de nada tomáis tan gran disgusto,
con Dios quedad aquí, doncel doliente!
(Vase Lauro. Ariel se queda
solitario en su pesar.
Empiezan a salir gentes
a conversar y a fumar;
y llamando al Botillero
con irónica altivez,
pide otro vaso, mas no
de aloja fría esta vez.)
ARIEL. ¡Llevaos, para un mesón,
este maldito brebaje!
BOTILL. ¡Excelencia, si es limón
con canela y con terrón,
como se usa al estiaje!
ARIEL. Bueno será en el verano
y mejor en el infierno;
pero en invierno no es sano,
y no lo alabéis en vano,
que ahora estamos en invierno.
Procuradme una bebida
capaz de hacer olvidar
lo que en frío no se olvida.
BOTILL. Al punto será servida.
(La busca y vuelve en seguida.)
ARIEL. Y bien se os ha de pagar.
(Antes que acaben de hablar
en la copa está servida.)
(Ariel, de angustia presa,
apenas si del líquido ha probado,
cuando un grupo de amigos se ha sentado

en la vecina mesa:
El Capitán Villena, militar;
Floro, doctor en Medicina,
y Narciso, un vulgar
espectador que no se determina.)

VILLE. ¡Bella está la Sevillano!

FLORO. Más bella y resplandeciente,
cuanto, al decir de la gente,
más pasa de mano en mano.

(Al escuchar la magia de aquel nombre
Ariel escucha atento,
y el niño se hace un hombre
por un momento.)

NARCI. De cierto está bien pasada.
¡No en balde cumplió cuarenta!

VILLE. Narciso, tened en cuenta
que fruta un poco picada
tiene más vivo el sabor
que la temprano cogida,
y que la mujer corrida,
cuanto más sepa, mejor.

ARIEL. *(Para sí.)*
Han venido a devorar
tres grajos a una mujer.
¡O muy poco he de poder,
o los tengo que espantar!
(Alto.)
¡Servidme más, botillero!

BOTILE. ¡Allá voy!

VILLE. ¿Servís aquí?

ARIEL. *(Interviniendo, altanero.)*
¡Primero me sirve a mí,
que soy el que está primero!

(No ha querido el de Villena
fijarse en el colegial,
y la comenzada escena
sigue en su tono normal.)

VILLE. Os digo que es insegura
tanto como original,
y que no hay mujer igual
en amor y en donosura.
Y es digna de admiración
su curiosa incontinencia:
¡esta noche a un excelencia

se trajo de rodrigón!
FLORO. ¿Qué turno le corresponde
al conde?
VILLE. El de la docena.
NARCI. ¡Y aun diréis que es fruta buena
la fruta que coge el conde!
FLORO. Al menos, por su hermosura.
VILLE. Y por su azarosa vida.
NARCI. ¿Es larga?
VILLE. Y es divertida,
según por ahí se murmura.
NARCI. Pues contadnos algo de ella
mientras alzan el telón.
VILLE. ¿Y si sale el rodrigón
a defender... la doncella?
(Se ríen los tres por esto.
Lo oye Ariel, y frunce el gesto,
que está a retarlos dispuesto.)
BOTILL. *(Por la bebida:)*
¿Tampoco es de vuestro agrado?
ARIEL. ¿Por qué me lo preguntáis?
BOTILL. Porque parece que estáis
cada vez más disgustado.
ARIEL. ¡Es que en la vecina mesa
oigo hablar villanamente,
y estoy de más impaciente,
pues lo que hablan me interesa!
¡Y si siguen desbarrando
caro les ha de costar,
porque no podré callar
más de lo que estoy callando!
(Los sirvió el Botillero. Se derrama
de las copas el vino. El capitán
cuenta la historia de la dama.
Todos atentos al relato están.)
VILLE. Tantos son de la dama los amores
como las flores
de un jardín,
o como las entregas numerosas
del más voluminoso folletín.
No a la manera de Saint-Pierre, el cándido,
sino a la del diabólico Prevost,
o a la de ese Alejandro Dumas, hijo,
que ahora, en París, oscureció a los dos.

Hija la dama de familia ilustre,
su padre era el placer,
y era la madre, a la española usanza,
la austeridad en el deber.
Y mientras ésta, piadosamente,
la enseñaba a rezar,
el padre la iniciaba en la epicúrea
filosofía de saber gozar.
Cultivaba el espíritu ingenioso
de su curiosa juventud,
y la enseñaba el arte y la armonía
del clave y del laúd.
Cambió los libros de oración por otros
de amor y liviandad,
y cuidóse de hacerla una adorable
mujer de sociedad.
Dominaba el francés y el italiano
—lenguajes del ensueño y del amor—,
y era su voz tan engañosa y dulce
como el trinar del ruiseñor.
Cantaba, acariciante y persuasiva,
y en la gavota deslizaba el pie
con toda la elegancia del imperio
de madame Recamier.
Tan suave era su trato, y su palabra
de tanta amenidad,
que, sin perder la sencillez, sabía
imponer majestad.
En escribir, para el amor, epístolas,
cuidaba un tal estilo mantener,
que, diciéndolo todo, la inocencia
las podía leer.
Daba muy poco tiempo a su tocado
—¡tenía tantos medios de agradar!—,
y aun con eso era el astro de elegancia
que imponía la moda, a su pesar.
Y, en fin, tan gran espíritu engarzado
en el más bello cuerpo de mujer,
la hicieron ser envidia de las damas,
y de los hombres el deleite ser

(Pausa. Bebe el de Villena.
Floro otra copa le llena.
Habla el Botillero con
el doncel. Animación

de espectadores, al foro,
que llenan la interrupción
de murmullos, como un coro.)

BOTILL. Caballero, vuestro enojo-
tanto elogio desvanece.

ARIEL. ¡Cuanto más hablan, más crece
mi enojo, y más me sonrojo
de lo que al lado acontece!
(Acabado el comento,
prosigue el de Villena con su cuento.)

VILLE. Huérfana ya, de sus acciones dueña,
a pasar los otoños fué a París.
y pronto conquistó la misma fama
en los jardines del Rey Luis.
Cabalgó por el Bosque de Bolonia
luciéndose en un potro cordobés,
con caireles, zajones, castoreño,
y una divisa en el arnés.
Amiga fué de artistas y poetas,
las mieles del amor saboreó,
y encendió tal pasión en un Cherburgo,
que con ella el Cherburgo se casó.
Mas, pronto, su flaqueza femenina
vino tal esplendor a oscurecer:
era inconstante como el blando céfiro
que la espadaña hace mover.
La abandonó el esposo, y desde entonces,
en el Retiro o en el Trianón,
en la corte francesa o española,
pródiga fué del corazón.
Y aun siendo la inconstante censurada,
es tan subyugadora la mujer,
que no hay fiesta, sarao ni cacería,
sin que ella, dando el tono, se haga ver.
Bauer y Salamanca la protegen
con singular delectación,
y la escriben endechas y epigramas
Espronceda y Bretón.
Frecuenta los saraos de Fernán-Núñez,
y los salones de la Buschental,
y para Venus se ofreció a Madrazo,
que la pintó sin el menor cendal.
(Ariel, que ha agotado su paciencia,
salta al fin y apostrofa al capitán;

pero éste le desprecia; ¿cómo puede
a un tal adolescente contestar?)
Y en fin, se murmura tanto...
ARIEL. Tanto, en verdad, se murmura
que lo escucho con espanto.
FLORO. ¿Con espanto? ¿Es que sois santo
y os espanta la hermosura?
ARIEL. Es que me falta paciencia
como a todo caballero.
FLORO. Pues cuide vuestra inocencia
no decir una insolencia.
ARIEL. ¿Y si decírosla quiero?
VILLE. Os tomáis sofocaciones
por bravatas infantiles,
cuando estas provocaciones
y aquellas reputaciones
cosas son harto pueriles;
pues si el mozo la defiende,
espera paga sobrada,
porque, al retarnos pretende
que, quien sus cuitas no atiende,
las oiga, al fin, obligada.
ARIEL. Ni paga tan ruin espero
ni que infantiles llaméis
a mis bravatas, tolero.
VILLE. ¡Gracioso está el mosquetero!
¿Es que matarme queréis?
ARIEL. Justamente.
VILLE. Bien pensado.
ARIEL. Y de la dama que fué
origen de esta querella,
puedo aseguraros que
jamás me vió, ni crucé
una palabra con ella.
VILLE. Pues que hoy la crucéis confío.
Y, en fin, ardiente galán:
perdonad si me sonrío
y no tomo en cuenta el brío
del biznieto de Artagnán.
(A tiempo que los dos van
de altivez en altivez,
suben el tono a la vez,
el doncel y el capitán.
Y para escuchar la riña,

que interesante va siendo,
la gente, que ha ido saliendo,
en torno de ellos se apiña.)

ARIEL. Sonreíros. Y por hoy
acepto vuestra ironía;
mas, si mosquetero soy,
a demostrároslo voy
con esta mosquetería.
(Su guante al rostro le arroja.
La gente se sobrecoge.
El capitán lo recoge
y apenas si se sonroja.)

VILLE. Por la fuerza me obligáis.
Lo recojo y me lo ciño.
Todos presentes estáis
y espero que me absolváis
si, a la fuerza, mato a un niño.

ARIEL. Y sed testigos también
de que a una dama ofendió.

NARCI. *(Interviniendo.)*
Sí, era la...

ARIEL. *(Atajándole.)*
No importa quién.
Pero decid si hizo bien
quien por fuerza le retó.

VILLE. Acabemos.

ARIEL. Acabemos
si así os place, capitán.

VILLE. En el campo nos veremos.

ARIEL. *(Con ironía.)*
Y si merezco, sabremos,
ser biznieto de Artagnán.
(Vanse Villena y los suyos.
El grupo se va aclarando,
porque una campana anuncia
que empieza el segundo acto.
Al despedirse la gente,
lo que vió va comentando.)

MAD. 1.ª El mozo es bien parecido.

MAD. 2.ª Y caballero.

MAD. 1.ª Y valiente.

CAB. 1.º Y aunque doncel, ha sabido
humillar al maldiciente.
(Entre las gentes,

a codazos,
Lauro, de pronto,
se abre paso.
La escena se despeja
y Lauro y el Vizconde a solas quedan.)

LAURO. ¿Qué hicisteis? El escándalo fué tanto, y de tal [ruido,
qué, veloz, por la sala del teatro ha corrido
y todos lo comentan. Yo acudí apresurado
por el rumor.

ARIEL. No sé. De mi impulso llevado,
le apostrofé. Tan viva la luz ardió en lo oscuro
de mi alma, ante el nombre de esa mujer, que [os juro
morir o darle muerte.

LAURO. ¡Por una aventurera!

ARIEL. No podréis comprenderlo jamás. Aunque lo [fuera;
aunque todos lo digan y aunque mi corazón
también lo presenta, no puede la razón,
con la arena movible de su fragilidad,
contener el torrente de la fatalidad.
Y es la fatalidad, que mi tutor presiente
en forma de mujer, la que empuja el torrente.
Mas, por nada del mundo se cambiará mi idea.
Favorable o adverso, lo que haya de ser, sea.

LAURO. Vayámonos. Que el aire serene vuestra frente,
y con el nuevo día se amansará el torrente.

ARIEL. ¿Irnos sin verla? ¡Nunca! Con ella hemos de [hablar.
Así lo prometisteis y no se ha de acabar
la comedia sin antes haberlo conseguido.

LAURO. Imposible.

ARIEL. ¿Imposible?

LAURO. El escándalo ha sido
tal, que todos los ojos habránse detenido
en ella.

ARIEL ¿Y qué?

LAURO. Que hablarla sería incorrec- [ción.

ARIEL. ¡No sé de incorrecciones si media el corazón!
¿Es que puede ofenderla que la defiendan de
una ofensa? ¿Es que, acaso, debí callar? ¿Es que
tan negro y tan podrido y tan mísero es todo

que se repara, más que en el hecho, en el modo
¡Oh, no, Lauro; no puede ser eso que decís!
O no la conocéis, o a sabiendas mentís,
¿Cómo ha de reprobar lo que toda mujer,
rendida al homenaje, nos ha de agradecer?
Mas ya que no queréis que arrostre la fortun
de hablar con ella, vámonos. A la luz de la lun
la esperaré embozado, aunque bajo el emboz
me venda el corazón palpitante de gozo.

(En el ropero toman sus capas
con los embozos a lo Almaviva,
y al embozarse quedan suspensos
entre la sombra que los esquiva;
pues por el arco de las plateas,
con el cortejo de sus galanes,
como una reina, la Sevillano
sale entre joyas y tafetanes.
Tras de sus pasos va Carolina,
y, con el susto, tan presurosa,
que, entre las gasas de su descote,
tiembla encendida como una rosa.)

CARO. ¡Oh, qué vergüenza! ¡Un duelo!
GAL. 1.º Un desafío que traera revuelo
y aun acaso, la muerte.
CONDE. *(A Carmen.)*
Rival terrible, por su mala suerte,
tiene el doncel que os demostró tal celo.
CARM. *(Al Conde.)*.
Y vos mayor rival. Pues si, ha un instante,
un mozo extraño defendió a una dama,
vergüenza es para vos, siendo el amante
de la protagonista de este drama.
CONDE. ¿Os place el barbilindo petulante?
CARM. Ni se quién es, ni sé cómo se llama;
pero me ha defendido, y ya es bastante.

(Se acercan todos hasta el ropero.
Les da sus ropas la camarera.
Y para verlos, a la salida,
los embozados fingen espera.)

GAL. 1.º Lástima no asistierais a la escena
en la que, frente a frente,
retó el mancebo al capitán Villena.
GAL. 2.º Ganó las simpatías de la gente.

CAMA. Y, ciertamente,
no hay doncel de tan bello continente.

LAURO. *(Aparte.)*
¿Oís, Ariel?

ARIEL. *(Idem.)*
Halagadoramente.

CARM. Apresurad, señores. Tal ha sido
el pesar que he sufrido,
que esta noche quisiera
no haber venido.
Mas, ya que todo fué de esta manera,
que apresuréis os pido.
No está bien que nos miren. Vamos fuera.
¡Aunque es otro pesar no haber podido
conocer al que así me ha defendido!
(Ariel avanza decidido.)

ARIEL. Señora: si el que espera,
temiendo que el amor le haya vendido,
descubrirse temiera,
¿será, al dejarse ver, bien recibido?

CARM. Si así lo ha merecido,
quien le ha de recibir, le recibiera.

ARIEL. *(Descubriéndose.)*
Pues aquí me tenéis; yo solo he sido.

CARM. ¡Vos! ¡Tan niño!

LAURO. *(Descubriéndose a su vez.)*
Tan niño y ha sabido
mostrarse un hombre en la ocasión primera.
(Presentándolos.)
Camporreal, el Vizconde
y Carmen Sevillano.

CARM. *(A Ariel.)*
Alguna vez os vi, mas no sé dónde.
Vizconde Camporreal, ésta es mi mano.
(El la besa la mano como un príncipe.
Ella le mira impertinentemente
por los aros de concha. Hay una pausa
en la que Ariel se siente
observado por todos, y no sabe
qué hacer ni qué decir. Tímidamente
va demostrando que, a pesar de todo,
en verdad no es más que un adolescente.)
(Para sí.)
En verdad que el doncel de la querella

tiene tal apostura,
que parece una tímida doncella.
Me place la hermosura
del paladín y soñaré con ella.

(Intencionadamente deja caer el guante.
Harto saben ya todos que, cuando se h
[caíd
es para que uno solo de todos lo levante.
El Conde y los galanes así lo han entendid
y se han distraído.
Ariel avanza un paso con la fina elegancia
del joven Bragelonne, en la corte de Franci
lo recoge del suelo con insegura mano
y lo da, tembloroso, a Carmen Sevillano.)
(Alto.)

La linda comedieta de los guantes
que dió principio antes
con un terrible duelo.
proseguís, al pasar unos instantes,
alzando el de una dama desde el suelo.
Quien el suyo arrojó, recoge ahora
el de otra mano.

ARIEL. Pero tal. señora,
que aunque mueve los dos igual motivo
por una misma mano seductora,
si aquél me mata, por el vuestro vivo.

(Parece que la dama su distracción extre-
[ma
porque se quede Ariel con el guante, y, así
mientras él se lo tiende, da media vuelta y
finge olvidarlo y habla para cambiar de tema
En cambio, Ariel, que muere por conservar
[el guante
se aprovecha, escondiéndolo, de tan propicio
[instante.)

CARM. Espero que, con Lauro, honréis mañana
mi morada. Mi ahijada Carolina,
con los encantos de su edad temprana,
alumbra, como estrella matutina,
la vieja casa en donde el sol declina.
Habrá versos, tertulia y clavelino
para el que honrarnos quiera,
pues aunque yo, no siendo sol, también declino,
tiene mi antigua jaula el nuevo trino

de un pájaro cantor en primavera.
¡Que no faltéis espero,
ni hagáis con impaciencia se os aguarde!

ARIEL. ¡Antes, señora, cegará el lucero
de la tarde!

*(Vanse la Sevillano y su cortejo.
Empiezan a salir espectadores.
Villena, que salía, se ha parado
con su corte, también, de admiradores,
y ha visto cómo acaba la aventura
a juzgar por los versos anteriores.
Se acerca luego a Ariel y, frente a frente,
dice riendo, intencionadamente:)*

VILLE. Mirad, doncel, si con razón decía
que el bello gesto os cobraréis con creces.

ARIEL. Os digo que os vayáis, o todavía
quien os retó una vez, lo hará dos veces.

FLORO. *(Interviniendo.)*
De más es la porfía.

ARIEL. *(Fuera de sí.)*
¡De más las altiveces!

VILLE. Y el tono levantar, descortesía,
cuando están escuchando los amigos.

ARIEL. Pues en tono más bajo: Señoría,
como os he de matar, llevad testigos.

*(Da media vuelta y se dirige a Lauro
para salir con él. Pero Don Diego
se aparece otra vez, y en el instante
en que Ariel va a jurar, repite el juego.)*

Vámonos, Lauro. La partida empieza,
y pese a mi tutor y a sus augures,
se ha de rendir la singular belleza
o juro...

DIEGO. ¡Apuesta, Ariel, pero no jures!

*(Cuadro. Inmóvil Saldaña. Sensación,
y rápido descenso del telón.)*

FIN DEL CAPITULO PRIMERO

CAPITULO SEGUNDO

EL RUISEÑOR Y LA SERPIENTE

DECORACION DEL CAPITULO SEGUNDO

Un salón en la casa de Carmen Sevillano,
cuyo fondo, diáfano, da a una segunda escena
que simula un jardín invernal. Todo el vano,
un arco de cristales y listoncillos llena.
El estilo, con mezcla de Imperio y Directorio.
Los muebles, no excesivos, de suprema elegancia.
Y hasta en lo más pequeño y en lo más accesorio,
el trasunto más fiel de las modas de Francia.
Como sitial de un trono y en el lado derecho,
un estrado se eleva que a la casa da paso;
en él hay una puerta con cortina de raso
y una araña de vidrios a la mitad del techo.
Para ascender a él, pequeña escalinata
de estilo neoclásico; y, encima, en el rellano,
sillones y banquetas de gusto pompeyano,
y un frágil clavecino con las teclas de plata.
En lugar preferente de la escena, un espejo
de los llamados "Psiquis"—oval, de gran altura,
sostenido por dos columnillas—, fulgura
con sus patas doradas y su limpio reflejo.
Y sobre una consola de florido tallado,
de un fanal a través de los claros cristales,
se ve una Dolorosa que tiene atravesado
el pecho por la estrella de los siete puñales.
Cornucopias, vitrinas, una mesa volante;
un tapiz del Retiro y una piel de bisonte.
Cachemiras, espejos, y un sátiro bifronte
que, en un grupo de mármol, persigue a una bacante.

El jardín invernal, un vergel cortesano (1),
todo en arcos de hierro cubiertos de cristales,
donde lucen armónicos mil detalles banales,
un poco a la andaluza y un poco a lo italiano.
Al centro, un surtidor con su taza de piedra.

---

(1) Para este jardín puede copiarse por entero el que tiene en su propia morada la Guerrero.

Jaulas, pájaros, flores, macetas, palmerines,
y en el fondo, cubierto por un dosel de hiedra,
un banco de azulejos ornado de cojines.
Povetes de cerámica, porcelanas, jarrones;
columnatas y bancos, transparentes peceras,
y la gracia ondulante de las enredaderas
rizándose, a la moda, sus mil tirabuzones.
En la fingida umbría de un verde artificial,
bien visible, un columpio con cordones de seda,
que rechina en sus goznes y ganchos de metal
como débil gemido de la falsa arboleda.
Y entre los claroscuros del rígido follaje,
deja verse unos ratos y otros ratos se borra,
el anillo en que mece una altiva cotorra
la insolencia polícroma de su vivo plumaje.
  Por la siniestra mano se abre el invernadero
al recinto enlosado de un patio señorial.
Y el foro es un paisaje de jardín verdadero,
desnudo de hojas, como en época invernal.
  Cuando se alza el telón, la escena está vacía.
Penetra por los vidrios la luz de la mañana.
Hay una breve pausa. Se oye una gorjería
de pájaros. El agua susurra en la fontana,
y, dentro, resonando, airada y contenida,
se oye la altiva voz de Carmen Sevillano,
que llega algunas veces con el ruido fundida
de la inquieta pezuña de un potro jerezano.

CARM. *(Dentro.)*
Que coja las yeguas el caballerizo
y vaya al herrero. Vuelve la "Gitana"
descalza de manos. Salió esta mañana
celosa, impaciente. Saltó un valladizo;
fué a dar en el césped, que está escurridizo,
cubierto de escarcha y helado;
perdió la herradura, falló de costado,
y, a no ser que al freno, vivaz se rehizo,
por una angostura que el río aprisiona
hubieran caído corcel y amazona.
(Pausa. Todos la temen; ninguno la responde.
Entra a escena, arrogante, vestida de amazona,
y seguida del Conde,

que, sereno, abotona
su traje de jinete: polainas y levita.
Ella trae una fusta que con su diestra agita.)
A la servidumbre, que nadie me enoje.
No estoy para nadie.
(Entran.)

CONDE. ¿Para mí tampoco?

CARM. Tampoco. Y espero no haréis que os arroje
como a un importuno cualquiera.

CONDE. ¡Cuán poco
torna el femenino favor en desdén!
Mas no, vuestra furia de gata, me asusta.

CARM. Ved que estoy nerviosa, que tengo una fusta
y que no reparo ni en cómo, ni en quién.

CONDE. *(Friamente.)*
Decís que la yegua salió resabiada,
y estáis convencida, lo mismo que yo,
de que habéis mentido.

CARM. Mentí. Mas, ¿qué?

CONDE. Nada;
que hoy habéis dormido desasosegada,
y vuestro desvelo la yegua pagó.
No más ver el modo de coger la brida,
de plegar la falda, de estribar el pie,
que la cabalgada, comprendí en seguida,
no era sino un modo para dar salida
a alguna impaciencia que os devora, y que
tampoco el paseo calmar ha sabido

CARM. Cierto; si os di aviso de que hoy, de mañana,
hacia la Moncloa iba en la "Gitana",
solamente ha sido
porque desde anoche me pasé en el lecho
pensando en el lance de ayer y en que el hecho
de ser cortesana,
contra los insultos no me da el derecho
de que me defiendan quienes un cariño
fingiéndome viven; fué porque el despecho
ardía en mi pecho,
al ver, cómo un niño,
que ni me conoce ni ha sido mi amante,
fué el solo, entre todos, que arrojó su guante
por una cualquiera,
—que, en siendo una dama,
no importa quién fuera

ni cómo se llama—.
Cuando hay unos hombres que en corro manci-
[llan
los tristes despojos de una aventurera,
enmudecen todos los que se la humillan,
huye su cortejo de amantes y pajes,
y tiene un mancebo, sin sombra de bozo,
que ofrecer, airado, contra los ultrajes,
sus caballerescos impulsos de mozo.
Conde, todo esto es muy divertido
y acredita el temple de mis rodrigones;
mas, en vista de ello, les he despedido:
podéis transmitirles mis explicaciones.

(El Conde se ha callado
humillado y avergonzado.
Se disculpa. Protesta airado,
y sale al fin, escarmentado,
cual lebrel que morder ha osado.)

CONDE. Carmen, yo...
CARM. ¿Disculpas? Las sé todas, Conde.
Perderéis el tiempo.
CONDE. ¿Entonces...?
CARM. Os dejo
proceder, al caso, como corresponde.
CONDE. Volveré.
CARM. Sois libre; mas, no os lo aconsejo.
CONDE. Aunque sólo sea por veros furiosa,
más subyugadora cuanto más augusta.
¡La casta Diana no fué tan adusta!
CARM. Si no soy, como ella, ni casta ni hermosa,
tengo, por lo menos, como ella, una fusta.

(Sacude el látigo con ira
y casi azota el rostro del galán,
que esquiva el golpe, y en sus ojos deja
brillar siniestro el fuego de un volcán.)

CONDE. Os tomé por gata, pero sois pantera.
CARM. Advertido estabais.
CONDE. Mas, no lo creí.
Ahora no lo dudo. Serenaos, y
hasta que la loba se vuelva cordera.

(Vase el Conde. Ella termina
de ascender la escalinata,
y vase. Entran Carolina
y Renata.)

CARO. ¿Se enojó la madrina?
RENAT. Ni se enoja
ni me apura el enfado de mi ama.
CARO. Siempre la enfada el Conde.
RENAT ¡Es tan cumplido,
que con tanto halagar la desagrada!
CARO. ¿Por qué no le despide?
RENAT Yo eso digo.
No puedo ver que sufra, y si él acaba
con su paciencia y su contento, déjela,
ya que saberla merecer no alcanza.
CARO. ¿Tan grande es el cariño que la tienes?
¿La amas mucho?
RENAT. Cual vos. ¿Quién no ha de
[amarla
que la conozca? Hasta su hermano mismo,
vuestro padre y tutor—persona rara,
dicho sea con todos los respetos—,
sólo atiende al consejo de su hermana.
CARO. Verdad. Sólo por ella ha consentido
que yo me quede aquí, mientras él viaja
camino de las Indias.
RENAT. Sí que es raro
que con ella os dejara,
siendo con vos severo, como dicen.
CARO. Tanto lo es, Renata,
que me causa pesar el confesarlo,
pero una es la verdad, y ésta no engaña.

(Junto a la blanca piscina
de la fuente
se ha sentado, y, lentamente,
mientras los versos declama.
el hilillo intermitente
de su clara voz derrama.)

Quince son, para abril, las primaveras
que florece el jazmín en mi ventana.
y austero el padre, y riguroso, quiere
que siga igual que cuando diez contaba.
Cuando, en viaje a Madrid, hace que venga
a pasarme con él la temporada,
ni sé lo que es Madrid, ni de él alcanzo
más que, desde el fondín, la vieja plaza.
No me deja salir ni en Viernes Santo,
ni bajar a la Fuente Castellana,

ni al café concurrir, ni a la comedia,
ni ponerme, el domingo, endomingada.
Tan avaro nació, que si le pido
que chocolate de Torroba traiga,
o, en salvilla, un refresco de canela,
o agua de nieve con panal en caña,
me viene a contentar con unas nueces,
dominguillos, almendras o azufaifas.
Si en el vestir se me permite un lujo,
sólo ha de ser para lucirlo en casa,
y a misa voy con la mantilla honesta
de terciopelo o de tupida sarga.
De tertulia, lo más que le divierte
es echar una brisca en la velada,
y en las fiestas, jugar al mediator,
mas sin poner maravedí en la carta.
Las novelas me quita de las manos
y me da, por solaz, libros de estampas,
y en todo, en fin, igual me considera
que a una cándida y tierna colegiala.
Si me sigue, al volver, un caballero,
blanco el botín y señorial la capa,
tras las vidrieras se aparece al punto
con su bonete y su batín de indiana.
Yo al cenador de mi jardín me acojo,
y, en un banco que esconde la enramada,
leyendo el "Semanario Pintoresco",
finjo bordar, en cañamazo, un águila;
y, entretanto, mi dueña, que ha servido
a Rosario Fernández, "la Tirana",
me relata comedias enredosas,
aventuras de amor de suripantas,
y cosas de la reina, tan sabidas,
que por sabidas, al hablar se callan

(Pausa, en la que se ahueca, Carolina, la crinolina de su falda.)

Pero harto hablamos ya. Quiero estar sola.
Dame aquel libro y que me turben guarda.

(Renata le hace entrega
de un libro encuadernado
con áureas cantoneras
y se marcha. En el banco,
Carolina se sienta.

Pero no lee: sueña
con el libro en las manos.)
¿Por qué te amo y te envidio
—¡oh, madrina seductora!—,
siendo tú sol de la tarde
y yo aurora?
¿Cómo es posible envidiarte
siendo estela de navío
que ha pasado,
y yo espuma que, en el río
de la vida,
apenas se ha dibujado?
¿Por qué, así siendo, te envidio
y como tú ser quisiera?
¿Por qué quisiera tener
tu arrogancia y tu manera
de imponerte y de saber
ser diosa, siendo mujer,
a quien se rinde cualquiera?
Si las mujeres te admiran
y los hombres te idolatran,
y al verte pasar suspiran
a tu extraña seducción,
¿por qué pasa indiferente
la seducción inocente,
blanca y pura,
de mi tierno corazón
y mi tímida hermosura?
Mas, ¿qué dices, Carolina?
Ser como nací prefiero,
que hay cosas en que no quiero
parecerme a mi madrina.
Juega a ofrecer juntamente
miel y hiel,
y el juego es tan peligroso
cual cruel;
pues no se me oculta a mí
que toda su seducción
está en manejar así
cada día un corazón.
Y toda mujer que pone
a un hombre en trance de muerte,
no es mujer de corazón
si con ello se divierte.

Desvarías, Carolina.
Desciende otra vez al suelo;
¡naciste corta de vuelo
para alzarte a tu madrina!
Vuelve al mundo provinciano
de versos y confituras,
que es tu reino... ¡porque, en vano,
quiere seguir el milano
la alondra de las llanuras!

(Lauro y Ariel, precedidos
de Renata,
entran. Parlamento, y ella
se va por la escalinata.)

RENAT. Pasen aquí los caballeros.
La señorita Carolina
sabrá la espera entreteneros
mientras mi dueña determina
si subiréis o ha de bajar.
Llegó hace poco del paseo
y cambia el traje; mas, no creo
que, siendo vos, se haga esperar.

(Carolina, que ahora atiende
a la lectura, la suspende.
Cierra el libro. Escucha. Duda.
Al fin sale y los saluda.)

CARO. ¿Quién llega aquí tan de mañana?
¡Ah!
LAURO. Disculpadnos, señorita,
si es importuna, por lo temprana,
tan de mañana esta visita.
CARO. No es importuna, sino grata.
Y ved que fué, por la sorpresa,
tan insensata
mi exclamación.
LAURO. Es a nosotros a quien pesa
la matinal presentación.
¿Hacíais versos?
CARO. Los leía.
LAURO. Mas, ¿los hacéis?
CARO. ¡Otra sorpresa!
¿Quién os lo dijo?
LAURO. Quien sabía
que todo, en vos, nos interesa.
CARO. ¿Os interesa?

LAURO. Desde ayer,
que en la comedia os conocí,
no he descansado hasta saber
cuanto saber me prometí;
y lo he sabido más de prisa
que me lo había imaginado:
como la propia Coronado
sois Carolina y poetisa.
Ved que en Madrid todo se sabe
a muy poco que se repara.
¡Es tan pequeña esta ciudad!

CARO. Sobre todo si se compara
con la marina inmensidad
que recorréis en vuestra nave,
señor alférez de navío.

LAURO. Por mi fatal adversidad.

CARO. ¿Adversidad?

LAURO. Mayor no cabe
sino dejarme mi albedrío
preso en Madrid.

CARO. Pero hay un río:
el diminuto Manzanares,
que, de uno en otro desaguando,
acaba dando,
como dan todos, en los mares.
Señor Lauro, sois tan ligero
como galante y atrevido.

LAURO. Soy de Sevilla y he nacido,
por mi fortuna, trianero.

*(Mientras departen Lauro y Carolina,
Ariel, tras de elegante inclinación,
se aparta a un lado y no se determina
a intervenir en la conversación;
mas, ella, femenina,
le alude con graciosa invitación.)*

CARO. Pues aprended de vuestro amigo,
que es, de seguro, castellano
por lo discreto.

ARIEL. A tal me obligo:
que vuestro ingenio soberano
y vuestra amable gentileza,
me impiden vano cumplimiento.

CARO. Tal sobriedad y tal nobleza
me placen más. Tomad asiento.

La casa es vuestra. Y mientras van
a avisar de que estáis aquí,
¿qué mal enreda o talismán,
decidme vos, sació el afán
que os dió de saber de mí?
(Ella se sienta;
ellos, después;
y hacen un grupo muy francés
a lo mil ochocientos cuarenta.)

LAURO. Ni talismán ni mal enreda,
sino un amigo de los dos.
El señor don José Espronceda
fué quien así me habló de vos
y de una linda poesía
que le habéis dado a conocer.

CARO. El señor Espronceda fía
con demasía
en la afición de una mujer.
Yo no hago más que, en mi recreo,
dar rienda suelta a mi deseo
y a mi anhelante fantasía;
mas, una pobre provinciana
humilde como una manzana
que entre las hojas se escondía,
¿será posible que, en la corte,
pueda brillar y se comporte
como una rosa de jardín?
¿Es que en la corte triunfaría
el grumete que ningún día
salió de vuestro bergantín?
Yo escribo versos, ello es cierto,
porque, al hacerlo, dejo abierto
y ebrio de vida el corazón,
y no contristan, como es uso,
porque en el alma Dios me puso
la candidez de la ilusión.
Mis versos son como mi vida:
botón cerrado, agua dormida,
limpio reflejo de mi edad.
¡Gusto cantar la primavera;
amo a la alondra mañanera,
y me asusta la tempestad!
¡Busco deleite a los sentidos,
entre las rosas y los nidos

y entre los lirios de ribera!
¡Y a veces pienso, delirando,
que, al yo cantar, está cantando
por mis labios la vida entera!
Y frente al uso, ahora de moda,
de mirar la existencia toda
como una negra maldición,
en que el alma camina sola
hacia el cañón de una pistola,
por única liberación,
mi poesia, que está henchida
de alegría y de nueva vida,
tiene la sana ingenuidad
de la poma que se madura,
sonrosada y sin picadura,
en un árbol de antigüedad.

(Con espléndido traje de tafetán brillante, sobre la escalinata surge la Sevillano. Lauro se la aproxima para besar su mano. Ariel, a un lado, espera discreto y arrogante —con la airosa elegancia de un príncipe italiano— para dejarse ver en el preciso instante. Carmen tiende su mano. Se aproxima el doncel y la besa. Ella tiembla, y se estremece él.)

CARM. No esperaba tan pronto semejante fortuna.

LAURO. Cuando apura un deseo no hay prudencia que aguarde.
Nada cuesta, señora, tomar al sol por luna,
y hacer por la mañana visitas de la tarde.
Mas, no bajéis, señora, la regia escalinata
digna de un trono. Quiero, clavando la rodilla,
rendiros homenaje lo mismo que un pirata
a los pies de la Reina Isabel de Castilla.

CARM. Me place el comediante. Y alzad, que ya harto ha sido
para burlas.
(A Ariel)
Llegaos, Vizconde. Vuestra casa
es ésta.

ARIEL. Y vuestro esclavo soy yo.
(Aparte.)
Su piel abrasa.

CARM. *(Aparte.)*
El doncel, de los dioses nació favorecido.
LAURO. Permitidme, señora, recorrer el gracioso
perímetro de vuestro jardín artificial.
CARM. Permitido. Y a mas os doy, señor curioso,
para que en él os guíe, un guía angelical.
Vé, Carolina, con el señor Lauro, y cuida
mostrarle lo mejor de nuestro laberinto.
(A Lauro.)
Complacido quedáis, y yo más complacida
si encontráis esa gracia, que decís, al recinto.
(Vanse Lauro y Carolina.
Carmen y el Vizconde quedan
en la soledad propicia
de la escena.)
Y ahora que estamos solos, devolvedme mi
[guante.
ARIEL. Quisiera retenerlo.
CARM. ¿Para qué? ¿Y hasta cuándo?
ARIEL. Hasta siempre.
CARM. ¡Hasta siempre! ¡El plazo es tan
[distante
que quizá no sabéis, porque vivís soñando,
el alcance de vuestras palabras!
ARIEL. ¡Sí, lo sé!
CARM. ¿Y no os da susto de ello? Si, por tan leve cosa,
prometéis de tal modo, ¿qué no, por esta rosa,
prometeríais? ¿Qué?
(Muestra, diciendo así,
en su seno, una rosa de vivo carmesí.)
ARIEL. No olvidaros jamás.
CARM. ¡Jamás! Los pocos años
os ciegan con el brillo de sus verdes engaños
sin detenerse a reparar en más,
y os hacen exaltado por el menor deseo;
pero, ¡si sois tan niño que, aunque juréis, no os
[creo!
ARIEL. *(Contrariado.)*
¡Siempre igual! "¡Sois tan niño!" La mocedad
[inquieta
tenéis por cosa frágil, por mudable saeta,
por flores de vilano o plumas de volante,
que van inconsecuentes de raqueta a raqueta,

a capricho del viento que sopla en cada ins-
[tan

CARM. En fin, dadme mi guante; que vamos, poco a
[po

yo de más confiada, vos demasiado loco,
esquivando la explicación que nos debemos.
Quiero ser vuestra amiga.

ARIEL. ¡Oh, Carmen!

CARM. Pero hablem
para ser razonables, cual la razón nos pida.

ARIEL. ¿Juiciosamente?

CARM. Sí; ni un momento olvidemos
que existe entre los dos casi toda una vida

(Una pausa en que el pecho del galán
echa fuego, lo mismo que un volcán.)

Quiero ser vuestra amiga; mas, entendedlo bie
para impediros que volváis a hacer locuras
y ver si, con mis súplicas, puedo impedir ta
[bi

ese lance que habéis concertado en tan dur
condiciones. Por mí, en él, os batiréis,
y espero que no sea

ARIEL. Lo imposible esperáis.

CARM. ¿Aunque humilde os lo pida?

ARIEL. ¡Aunque me lo exij
y me lo supliquéis!

(La extraña proposición
de la dama
ha encendido la noble indignación
del que es doncel, pero español se llama.)

ARIEL. Os confieso, señora, que si estaba advertido
de tener con vos una juiciosa explicación,
nunca hubiera creído
tan imperiosamente sensata a la razón
para exigir a un hombre, en el que arde,
por muy niño que sea, la aurora de su orien
quedar como un cobarde
a los ojos de quien se las da de valiente
Si así pensáis de mí, os engañáis, señora;
no quiero ser juicioso por nadie ni por nada.

CARM. *(Para sí.)*
(¡Oh, qué noble el orgullo de su naciente aur
[ra

(Alto.)

Pero ignoráis, acaso, lo que ninguno ignora.
ARIEL. ¿Y es?
CARM. Que comprometéis a una mujer casada.
ARIEL. Lo sé. No lo ignoraba. Como supe también
que estáis casada con un indigno marido.
CARM. *(Altanera.)*
Excusadme de toda opinión sobre quien
está ausente.
ARIEL. *(Contrariado.)*
Es verdad.
(Aparte.)
(Le quiere. La he ofendido.)
(Alto.)
Ni pretendí tampoco aleccionarle.
CARM. *(Indulgente.)*
¿Veis?
Seguís acumulando locura tras locura.
ARIEL. Decidme cuáles son. Por loco me tenéis.
y os juro...
CARM. ¡No juréis, que loco es el que jura!
Apenas os conozco y sé quién sois; apenas
si me visteis anoche y hoy me habéis conocido,
y ya habéis cometido
—como una criatura que coge a manos llenas
las moras de un zarzal, pinchándose las manos—
más locuras que todos mis viejos cortesanos.
ARIEL. Hubiera hecho lo mismo cualquiera en mi lugar.
CARM. Cualquiera no, porque es extraño atrevimiento
no pararse a pensar
si, ya que no el marido,
quien iba con la dama podía, en tal momento,
darse por ofendido
a título mayor que el de un desconocido.
ARIEL. Lo cual quiere decir que tenéis un amante.
(Un silencio. El Vizconde de color ha cambiado.
Finge serenidad, pero al hablar, se vende.
Y le tiembla la voz como a un enamorado
que contener su indignación pretende.)
Perdonadme, señora. No pensé que pudiera
doleros el desaire en que dejé a un tercero,
más que si permitiera
que os sacase a la pública vergüenza cualesquiera

bebedor pendenciero.
Ya lo sé, y me arrepiento. Mas si oyera cien ve-
[ces,
igual que anoche oí, murmurar de una dama,
otras cien, como anoche, ardería la llama
de mis provocaciones y de mis altiveces.
Digo mal; pues si anoche, porque no os conocía.
me contenté, no más, con arrojar mi guante,
ahora que os conozco, señora, no podría
contener mis impulsos y, allí mismo, delante
de quienes escuchaban su historia difamante.
le arrancara la lengua lo mismo que a un espía.

CARM. ¿Pero es que estáis seguro de conocerme bien?
¿Y si yo os digo que os engañáis todavía?
¿Y si tuvo razón para hablar así quien
hablaba?

ARIEL. ¡Pues jamás, ante mí, la tendría!
(Ganó el doncel a la dama
que ahora le estrecha gozosa
las manos con emoción,
y le da la viva llama
de la rosa
con que marcaba, orgullosa,
el sitio del corazón.)

CARM. ¡Gracias! No a todas horas se encuentra un
[corazón
que ponga en sus empeños ceguera tan hermosa.
Me pedíais un guante y os ganáis una rosa.
Al dárosla os obligo con poca obligación.
Vive, apenas, un día; no es pediros gran cosa
que os dure mi recuerdo lo que una flor que
[posa
dormida sobre el borde de un antiguo jarrón.
(Transición.)
Mas, por eso, es preciso que os vayáis.

ARIEL. ¡Que me vaya!

CARM. Que entre los dos la ausencia levante una mu-
[ralla.

ARIEL. Pero, ¿es que pretendéis impedirme que os ame?

CARM. Pero, ¿es que pretendéis amarme, criatura?

ARIEL. Lo quiero.

CARM. Un imposible queréis.

ARIEL. ¿Estáis segura?

¡A no ser que a las puertas del imposible llame,
seréis mía como es vuestro mi pensamiento!

CARM. Ciego está, que no advierte la realidad.

ARIEL. ¿De qué?

CARM. De que yo soy indigna de vos.

ARIEL. ¡Mentís!

CARM. No miento.
Aunque esta confesión es mi mayor tormento,
no merezco ese duelo.

ARIEL. Mas yo me batiré.

CARM. ¡Por la que no podrá causaros más que daños!
(Pausa.)
¡Pensad en que soy vieja y en vuestros pocos
[años!
*(Ella dice "soy vieja" con tan fina ironía,
que se adivina que es una coquetería
para que Ariel, oyéndolo, sonría.)*
¿Os reís de que he dicho
lo que soy? Eso halaga mi triste decadencia.
¡Aun puedo despertar un extraño capricho
en vuestra adolescencia!
(Transición.)
Pero en cambio, diciéndolo, un recuerdo fatal
ha cruzado mi mente.
¡Idos! ¡Huíd! ¡Dejadme! ¡Mirad que soy el mal
y todo lo enveneno como una serpiente!
¡Ved que si una pasión se cruza en el camino
de un soñador adolescente,
le arrastra como fiero vendaval
que, creciendo en terrible torbellino,
aumenta del arroyo la corriente
y empuja su caudal
hasta precipitarle en el torrente!
¡Idos lejos de mí! ¡Me tengo miedo!
¡Que si lográis interesar mi vida
y contener, a mi pesar, no puedo,
lo que, por ser amor, ha de ser llanto,
sé que os ha de causar tan honda herida
que siento, sólo de pensarlo, espanto!
*(Una pausa. Carolina y el Alférez, que han
[estado
vagando por el jardín, hasta el columpio han
[llegado.
Ella salta. Se ha subido, y se deja columpiar*

mientras él mueve las cuerdas, rítmicamente, a [hablar.

CARO. Tan malo es ser un volcán
como apagada ceniza.
Los hombres volcanes son
que se encienden en un día,
y que, cual hierro de fragua,
como se encienden se enfrían.
No quiero volcanes: quiero
poca lumbre y más continua.

(Calla el trino de su voz.
Los goznes del columpio chirrían.
Y Carmen le dice a Ariel,
pesarosa y pensativa:)

CARM. ¿Oísteis lo que dijo Carolina?
Providencial ha sido su advertencia.
Ella es serenidad, ella es prudencia
y anunciación divina.

ARIEL. Habláis, Carmen, de un modo que tan pronto [arrebata
como nos pone hielo al corazón.
Pero hay en mí una hoguera.

CARM. ¡Humo de fogarata!

ARIEL. ¡Volcán! ¡Rayo! ¡Centella! ¡Juventud y pasión!
¡Mi vida es un camino de peregrinaciones
en pos de mis ensueños y de mis ilusiones,
sin otro consejero que la fatalidad!
¡Porque voy por el mundo como un bajel pirata,
juguete de los vientos que el huracán desata,
bajo la inconsecuencia de la casualidad;
porque adoro el peligro y amo lo extraordinario:
porque voy, como un rápsoda o como un visio- [nario,
en pos de la imposible tentación,
aunque mil voces griten a mi paso
"¡ponle freno al Pegaso,
que va hacia la eterna perdición!";
cuanto más pretendáis alzar una muralla
entre vos—la quimera—y yo—el romanticis- [mo—,
más sangrienta será la espantosa batalla
en que constantemente estoy conmigo mismo.
Ya sé que para vos represento muy poco.
Me lo habéis dicho ya: soy un niño o un loco

que apenas os divierte y en cambio os importuna.
¡Nada os pido, señora; mas no pidáis tampoco
que deje de lucir, para soñar, la luna!

(Vencida por su fuego arrollador,
Carmen, atenta y muda,
le escucha sin protesta, que, en la duda,
si alguien gana terreno es el amor.)
(Tras una pausa.)

¿Es que os parezco audaz con mi ardiente qui-
[mera?

CARM. *(Aparte.)*
(¡Ay, amor, que me vences, si me lo pareciera!)
¿Tanto puede la fuerza que os arrastra hacia
[mí?
¿Tan poderosa es la pasión de un momento?

ARIEL. No de un momento, sino de muchas horas y
muchos días.

CARM. ¿Me amabais sin conocerme?

ARIEL. Sí.
Los amores son hijos de nuestro pensamiento.
Yo en el mío tenía, ha tiempo, una quimera.
La dejaba crecer, sin saber lo que era;
y, creciendo, creciendo, creció de tal manera,
que llegó a ser tan grande como todo mi ser.
Yo vivía ignorando que aquel secreto anhelo,
que tan pronto era goce como era desconsuelo,
íbase precisando bajo un tímido velo,
y tomando la vaga forma de una mujer.

(Dejaron el columpio Carolina y su amigo.
Han subido al estrado y abren el clavecino.
Ella se sienta y toca. El permanece en pie.
Y una linda sonata, de rítmico sonido,
acompaña, a lo lejos, las palabras de Ariel.)

Volví a España guiado de un extraño destino,
y al tiempo que iba haciéndose menos largo el
[camino,
acusaba sus líneas el contorno divino
recortado en el fondo de mi alucinación;
y una tarde, vagando por las frondas del Prado,
me quedé sorprendido, pues pasó por mi lado,
envuelta en un espléndido cachemira bordado,
la quimera hecha carne, como una aparición.
Erais vos. Os seguí un día y otro día,
y, como en otros tiempos la sombra me seguía,

una sombra os siguió que no visteis: la mía.
¿Cómo advertir la dama que iba en pos un don-
[cel?
Os seguía anhelante y fervorosamente,
y hoy, que os decís funesta para un adolescente,
comprendo que era un pobre pajarillo inocente
atraído por una serpiente cascabel.
Así creció, en silencio, una pasión como ésta.
Yo digo que es fecunda; vos decis que ès
[funesta;
mas sé que, desde entonces, mi alma está de
[fiesta,
y bate tamboriles de amor mi corazón.
Ahora, sentenciadme. No tengo otro pecado
que el de haberos seguido y el de haberos ama-
[do,
y, en un lado la vida, la muerte en otro lado,
espero, a vida o muerte, vuestra resolución.

(Hay una larga pausa. La última del cuadro,
que llena el clavicordio, marcando un rondolé.
La dama calla. Teme, vacila; pero al cabo,
sin voluntad se queda, y a voluntad de Ariel.
Y otra vez rasga el aire matutino
la voz de Carolina
burlándose a las frases del alférez
que al teclado se inclina.)

CARO. No habléis de amor, señor Lauro,
que amor mata la alegría.
El amor es triste, que es
como pasión egoísta.
De amigo quiero teneros
y que me tengáis de amiga.
No habléis de amor, señor Lauro,
que eso mata la alegría.

CARM. ¿Oísteis otra vez a Carolina?
Mirad que sus palabras son anuncio
de nuestro porvenir.
¡Quién sabe si la suerte nos destina
solamente tormento!

ARIEL. ¡No renuncio
al placer de adoraros y morir!

CARM. ¡Ved que os pone en las manos el destino
vuestra felicidad o desventura!

ARIEL. ¿Y quién os asegura
que no es todo de rosas el camino?
CARM. *(Levantándose.)*
¡Sea, pues que ha de ser!
Esta tarde os espero. No faltaréis.
ARIEL. *(Levantándose también.)*
¡Señora!
Si cruel la impaciencia me devora,
¿cómo podéis que fálte suponer?
CARM. *(Aparte.)*
¡No irá al duelo; que poco he de poder,
o en mis brazos amantes, de la aurora,
los primeros destellos ha de ver!
*(Deja el clave la pareja.
Canta un ave en el jardín,
y el telón que baja, deja
en suspenso el folletín.)*

FIN DEL CAPITULO SEGUNDO

CAPITULO TERCERO

REVELACION Y CASTIGO

DECORACION DEL CAPITULO TERCERO

La misma del anterior.
El jardín, más en penumbra.
Es media tarde, y le alumbra
de oro viejo un resplandor.
El espejo ha de jugar,
en este cuadro, un papel
de importancia singular;
por eso se ha de cuidar
un buen sitio para él.
Y la luz se va cambiando
con tan justa gradación,
que si al comienzo de acción
sol había, es noche cuando
baja de nuevo el telón.
En escena, *Carolina*,
frente al espejo, termina
de ataviarse, y *Renata*,

ayudándola, se inclina
lo mismo que una azafata.
Aquí prende, allí desata,
y en la falda, hueca y fina,
de armazón de crinolina,
pone sus manos de gata.

RENAT. ¡Qué linda os hacen la figura
el miriñaque y la pamela!
Parecéis una miniatura
o la estampa de una novela.
CARO. ¿De una novela? Dí de cuál.
RENAT. Bien lo sabéis; de un folletín
en el que al héroe principal
llamasen Lauro.
CARO. ¡Eliges mal!
¡No me acertaste el paladín!
¡Si de otro nombre se tratara!
RENAT. ¿Otro?
CARO. Que he visto.
RENAT. ¿Cuándo? ¿Dónde?
CARO. Con él.
RENAT. ¿Con él?
CARO. ¿Es cosa rara
que me guste el señor vizconde?
¿Pues no es hermoso y arrogante
y bien probado caballero?
¿Y no, entre todos, el primero
en arrojar a punto un guante?
RENAT. Sí que lo es.
CARO. ¿Pues qué te extraña
que piense en él con ilusión?
RENAT. Nada, señora.
(Aparte.)
¡Oh, cómo engaña
a la inocencia el corazón!
(Alto.)
Me equivoqué. Si hoy en el Prado
cruzáis con él, estoy segura
de que, al pasar a vuestro lado,
queda prendado
de vuestra cándida hermosura;
que está mi doña Carolina
con su falda de crinolina

y su abanico pericón,
para ponerla en un fanal
o pintarla sobre cristal
en el marco de un medallón.

CARO. No me disgusto. Pliegan bien
las arrugas del tafetán.
El estoraque trae también
y dame el chal de cachemir,
que las cuatro sonando están
y ha tiempo ya debí salir.

*(Cómicamente trae Renata
un menester en cada mano,
cuando aparece, esplendorosa,
sonriendo, la Sevillano.)*

CARM. Ha tiempo ya.

CARO. ¡Madrina!

CARM. O apresuras,
o no te lucirás en el paseo,
que ya está bajo el sol.

CARO. El sol, yo creo,
no es amigo de humildes hermosuras.

CARM. *(A Renata.)*
¿Mandaste disponer la carretela?

RENAT. Y en ella están las pieles y la manta.
Nada se descuidó.

CARO. ¡La damisela
hoy tono se dará de suripanta!

CARM. ¿Estás contenta?

CARO. Mucho. En demasía.
Una madre no haría más por mí.
Pero ¿dónde estuvisteis, que no os vi
durante todo el día?

CARM. Comí fuera de casa.

CARO. ¡Siempre ausente!
Os quisiera más mia
y menos de la gente.
Sobre todo, os quisiera
sin ese coro adulador
que os sigue a todas partes, cual si fuera
necesario cansaros con su amor.

CARM. No es amor.

CARO. O un remedo
de amor.

CARM. ¿Qué sabes tú, si no has amado?

CARO. Es verdad que lo ignoro. Y tengo miedo
de amar, cuando lo sepa, demasiado.
CARM. Acaso tal temor
es su anuncio.
CARO. Si puede serlo hallar
quien nos hace soñar,
cantar y sonreír,
cerca estoy del amor, puedo decir.
Pero no os inquietéis, que, si es amor,
no pasa de un ligero resplandor.
CARM. Nada temas. El alba que adivinas,
aunque anuncie pasión, no te acobarde.
Anda, luce en Atocha, y que la tarde
dé a tus revelaciones femeninas
el vivo azul de su cendal espeso.
CARO. Pues adiós.
CARM. ¡Linda vas e ilusionada!
¿No te olvidas de nada?
CARO. ¡Ah, sí! ¡Qué ingrata soy! ¡De darte un beso!

*(Como quien tanto anhela
salir al sol, que despedirse olvida,
se iba la damisela;
mas volvió de su olvido, arrepentida,
y a la dama besó. La Sevillano
la acompaña después a la salida,
y, en el invernadero detenida,
adiós la dice con la mano.
Entretanto, Renata, en el salón,
sin que la impida su quehacer hablar,
guarda un traje, unas cintas, un collar:
todo lo que ha quedado en dispersión.)*

CARM. ¡Qué bien va el traje a Carolina! Nunca
con tanta distinción vióse entocada:
parece una acuarela o un dibujo
de Gavarní. ¡Si así la contemplara,
perdiera el seso Lauro!
RENAT. ¿El señor Lauro?
No está por escucharle vuestra ahijada.

*(Carmen vuelve al salón, con extrañeza
por las palabras de Renata.)*

CARM. ¿Qué dices?
RENAT. Lo que oís. Y algo más grave
que, hace un momento, de contarme acaba
y que yo sé muy bien cuánto os importa.

CARM. Pues ya me llenas de temores: habla.
(Se sienta en un sofá la Sevillano. Si la viera Esquivel, la retratara.)
RENAT. Hablo, señora: De los dos galanes
que esta mañana vuestra casa honraran,
no es el alférez de navío quien
ganó su simpatía a la madama,
sino el Vizconde Camporreal.
CARM. ¡Qué dices!
RENAT. Que del Vizconde se quedó prendada.
(Carmen se queda absorta, porque una nueva así no se esperaba.)
CARM. ¡Es posible!
RENAT. Lo es.
(Pausa.)
Yo me temía
que os causara impresión, pero no tanta.
¿Os habéis puesto enferma? ¿Qué os sucede?
¿Os sentís desmayar? ¿Voy por el agua
de melisa?
CARM. No. Quédate.
No me sucede nada.
El Vizconde es un digno caballero,
y nada impide que mi linda ahijada
se interese por él. ¿Has comprendido?
RENAT. Creo que sí.
CARM. Pues con lo dicho, basta.
RENAT. Ni yo insisto, señora. Sólo quise
advertir el engaño que mi ama
sobre el señor alférez padecía.
Tal era mi deber.
CARM. Y lo has cumplido. Gracias.
*(La doncella, discreta,
enmudece y se aparta,
y Carmen dialoga
consigo, ensimismada.)*
¡Carolina con él! ¡Bella pareja
por el cielo, en verdad, imaginada!
Pero el destino quiere que no sea
y yo tampoco, que el destino manda.
No me conformo a verle
en brazos de otra.
(Alto.)
Ven aquí, Renata.

*(Acude la doncella presurosa,
mas sin decir palabra.)*
Mírame bien, atenta, fríamente,
como si fuese para ti una extraña,
y dime si los años han borrado
mi pasado esplendor.

RENAT. Si el tiempo pasa
no pasa para vos.

CARM. Mira, no mientas,
¡y que Dios te castigue si me engañas!

RENAT. ¡Mentiros yo, señora! Todavía
causáis envidia y os adoran.

CARM. ¡Gracias!
¿Verdad que aun queda un resto de belleza
capaz de cautivar? ¿Verdad, Renata,
que aun se me puede ver?

RENAT. ¡Oh, sí, señora!
Yo, de mí sé deciros que cambiara
mis verdes años por los vuestros. ¡Tanto
os admiro!

CARM. ¡Mis dudas eran vanas!
*(Cual si se hubiera convencido, yérguese;
pero con desaliento se levanta,
y, yendo ante el espejo, en él se mira,
diciendo lentamente estas palabras:)*
¡Triste es pasar del opulento otoño,
—fruto maduro y pomas abrasadas—,
a la vejez desnuda del invierno
—sarmiento seco y descarnadas ramas—!
¡Triste es mirar la gentileza verde
de la derecha y arrogante palma,
irse curvando hasta tocar el suelo,
desnuda de hojas y de fuerzas falta!
*(Se aparta del espejo, donde ha visto
la espantosa verdad que la espantaba.)*
Renata, escúchame. Voy a contarte
una aventura extraña,
envidia de bellezas que pasaron,
y de las que declinan, esperanza.
*(Para contar la historia, se acomoda.
Renata, en pie, la escucha embelesada.)*
Fué Ninón de Lenclos tan prodigiosa,
de una hermosura y distinción tan raras,
que, en amor, como rosa de los vientos,

giró en su torno lo mejor de Francia.
Años y amantes desfilando fueron,
y cuantos eran mas, mas bella estaba,
que de cada aventura resurgía
igual que Venus al salir del agua.
Cansada ya de prodigarse como
un ubérrimo fruto, y retirada
al remanso sereno de un ocaso
que tan solo en su espíritu apuntaba,
mas no en el cuerpo—pues nacida diosa,
era de mármol inmutable estatua—,
un tierno adolescente que aun no viera
sintió por ella, turbulento y ciego,
la pasión más vivaz. Ninon no daba
veinte veces brotar la misma rama,
eco a sus quejas. Como a tierno efebo,
más para juego maternal que para
deleitosos pecados, convertía
su ardiente afán a inclinaciones castas.
Pero todo fué inútil. ¿Quién podría,
sintiéndose mujer, siendo adorada,
resistirse a las súplicas ardientes
con que un efebo nos entrega el alma?
Al fin, rendida, y por cerrar su historia
con un final de insospechada audacia,
quiso probar el límite a que puede
llegar en triunfo la belleza humana.
Marcó una fecha. Hasta cumplirse el plazo
vano fue suplicar, y quejas, vanas.
¡Sólo en el día aquél se rendiría
la plaza fuerte por amor sitiada!
Y cuando al fin, al expirar el plazo,
pudo él saciar la sed que le abrasaba,
gustar el fruto de aromadas pomas,
beber de amor las palpitantes aguas,
Ninón salía de la prueba indemne,
igual que Venus de la espuma blanca,
que aquella fecha a que aplazó su triunfo,
medio siglo en su vida señalaba.
Medio siglo cumplía el mismo día
en que al adolescente se entregara.
¡Medio siglo de espléndida belleza,
medio siglo de vida cortesana,
y aun un mancebo balbuciente y puro

caía al pie de la inmutable estatua!
Si yo del tiempo, cual Ninón, tan sólo
por una vez, triunfante, me burlara,
con broche de oro cerrara el libro
donde escribí mi vida cortesana.
(Pausa.)
Ya ves, Renata, si la extraña historia,
fábula mitológica hecha humana,
envidia es de bellezas que pasaron
y de las que declinan, esperanza.

RENAT. Pero eso es una historia, y, como historia,
nada más que ficción.

CARM. ¿Por qué la fábula
no se ha de repetir? ¿Hay un tormento
como sobrevivir a la apagada
luz de nuestro esplendor?

RENAT. ¡Sufrís sin causa!
Sabed, para acabar, que hoy, el Vizconde,
a tiempo que, gozoso, se marchaba,
salía murmurando como en sueños:
"¡Oh, Carmen, Carmen de mi vida!"

CARM. ¡Calla!
(Es un grito la orden, pero luego,
tras una breve pausa,
pide complicidad, pide silencio,
añadiendo en voz baja:)
De tu pecho en la cueva más profunda
esconde para siempre esas palabras.
Tú misma quiero que a creerte llegues
que todo un sueño fué. Ya poco falta
para que él venga. Cuida
de que nadie le abra
más que tú, y cuando llegue
llévale con sigilo hasta mi estancia.

RENAT. Así lo haré, señora.

CARM. Luego olvida
de lo que has visto hasta la sombra vaga.
(Vase Renata por la puerta
que da paso a la casa.)
¡Oh, qué impaciente angustia! ¿Por qué temo
y el más leve rumor me sobresalta?
¿Por qué tiemblo, llegada la ocasión,
cual, de las selvas al rumor, la garza?
¡Feliz tú, Carolina, que nó tiemblas,

bella y serena como espejo de agua!

(Encubierta en la sombra
y en la puerta contraria
a aquella que ha un instante
ha traspuesto Renata,
inmóvil aparece
una figura extraña.
No da un paso. Ni un gesto
ni un ademán la sacan
de su inmovilidad.
Se diría una estatua.
Pero no, que es un hombre:
Don Diego de Saldaña.
Carmen, que no ha sentido
la más leve pisada,
le ve por el espejo,
y como alucinada,
de si es un hombre duda
o de si es un fantasmo.
El la ha visto también
por el espejo, y calla.)

Mas ¿qué extraña aparición
se refleja en el cristal?
¿Es una figura real
o es una alucinación?

EGO. Señora: Aunque ello os asombre,
por llegar de esta manera,
no miráis a una quimera,
sino que habláis con un hombre.
Un hombre de carne y hueso,
que, si no es el esperado,
no por el muro se ha entrado,
como sospecháis. Por eso
perdón a su audacia pido,
si entró sin que se anunciara.
Y miradle bien la cara,
que no os es desconocido.

(Hay un silencio. El da un paso.
La dama no se ha movido.)

ARM. Ignoro quién sois. Mas, si
cual decís, me conocéis,
mal será si no sabéis
que no se llega hasta mí
con misterios de masón

y engaños de hechicería.
Y basta, que no sabría
contener mi indignación.

DIEGO. Conforme con ello estoy,
y este misterio me pesa;
pero a los dos interesa
que nadie sepa quién soy.
Por lo demás, no me iré
sin que me reconozcáis,
pues si no me recordáis,
yo recordar os haré.

*(Da un paso el desconocido.
Ella cobra el movimiento,
y se miran frente a frente
un momento.)*

Vedme bien.

CARM. *(Aparte.)*
Sus ojos no
me son, en verdad, extraños.

DIEGO. Han pasado tantos años
y estoy tan cambiado yo,
que se explica vuestro olvido.
Vos, en cambio, estáis igual,
aunque ya el sol estival
es crepúsculo encendido.
Pero sentaos, señora.

CARM. Acabemos. ¿Qué queréis?

DIEGO. Por lo pronto que os sentéis
sin temor. Aun no es la hora
de que venga el que esperáis.

CARM. A nadie espero.

DIEGO. Mentís.

CARM. ¿Vos qué sabéis?

DIEGO. Que fingís
y que temerosa estáis.

*(Para sentarse, un sitial
él la señala cortés.
Carmen se sienta arrogante.
Don Diego lo hace después.)*

CARM. Pues hablad.

DIEGO. Sin impaciencia.

CARM. Frío sois.

DIEGO. Y vos ardiente.

ARM. Pues no os paséis de prudente.
porque no tendré paciencia.
IEGO. Mal haríais. Pero, en fin,
demos fin a esta misión,
y decidle al corazón
que hasta el fin me escuche sin
desmayar de la emoción.
(Una pausa.)
Veinte años ha que conocí a una dama
en plena primavera de su vida,
tan noble, tan hermosa y distinguida
que todo, al paso de ella, era una llama
por sus ojos ardientes encendida.
Su gracia, su talento, su belleza,
su don de gentes y atracción extraña,
lleváronla a casar, fuera de España,
con un francés de la mejor nobleza,
rico hacendado en tierras de Champaña.
No era la dama favorable al caso;
mas hubo de acceder, pues la fortuna
—que, siendo niña, la meció en la cuna—
fué en manos de su padre a tal fracaso,
que no esperaba salvación ninguna
a no ser del francés.
(Pausa.)
Decid, señora:
¿conocisteis acaso a la que digo?
ARM. No sé. Mas, hasta ahora,
no es la tal narración muy seductora.
IEGO. No lo es, en verdad; pero prosigo.
Como juzgáis, el caso era frecuente,
a no ser porque un prólogo tenía,
por el cual, boda así, se convertía
de un simple casamiento conveniente
en una deshonrosa alevosía.
La dama, aquí, en España, enamorada
de un prócer mal casado y bien apuesto,
tenía un hijo de él.
(Nueva pausa.)
¿Tampoco es esto
caso raro, verdad?
ARM. No digo nada.
Seguid la historia y terminadla presto.
IEGO. A ello voy. Pues, señora: era preciso,

para salir con bien de la aventura,
ocultar aquel niño—al que Dios quiso
dar el rostro materno de un Narciso
y la paterna varonil figura—,
cual si fuera un engendro corcovado.
(En un inciso.)
De estos hijos ocultos como horrendo
monstruo feroz, no siendo
sino fruto de amor, está poblado
el mundo. ¿Me entendéis?

CARM. Nada os entiendo
e ignoro adónde vais con el relato.

DIEGO. ¿También, cual yo, la dama os es ajena
y el cuento os es ingrato?

CARM. ¡Digo que me enojáis, y que hace rato
quiero acabar!

DIEGO. Abreviaré la escena.
Tampoco el padre pudo,
—por prejuicios y vínculos atado—
dar al niño su nombre linajudo.
Y así quedóse el ángel: tan desnudo
como desamparado.
Tuvo, eso sí, nodriza bien pagada,
y allá, en la aragonesa serranía,
no careció de nada:
finos pañales, aya afrancesada,
esgrima, equitación, y cuanto había
fuera de España y en España toda,
—que alcanzarse pudiera con dinero—,
para hacer de aquel niño un caballero,
sin nombre, claro está, pero a la moda.
Y así creció. Mas al llegar el día
al prócer por la muerte señalado,
conociendo su fin, llamó a su lado
a otro prócer su amigo, pues quería
confiarle el secreto y el cuidado
del hijo aquel sin nombre.
El hidalgo murió. Su viejo amigo
—célibe, sin familia, rico y hombre
libre de errores—se llevó consigo
al huérfano bastardo, y sin ninguna
limitación, cual padre verdadero,
quien no lo fuera, ennobleció su cuna,
dióle su propio nombre y su fortuna;

fué, más que su tutor, su compañero,
y el escéptico ayer puso en un niño
el sumo amor de su final cariño.

CARM. Basta. No prosigais. Sois quien sospecho:
el tutor de mi hijo.

DIEGO. Al fin la historia
consiguió despertar vuestra memoria.

CARM. ¡Desde que entrasteis palpitó mi pecho
con viva sacudida acusatoria!
(En efecto, a medida que él hablaba,
ella se estremecía y le miraba
como si se mirase a la conciencia.
Y no pudiendo más con el tormento,
se ha rendido por fin, que el triste cuento
es un aviso de la Providencia.)
Pero luchaba con la duda en vano.
¿Sois, entonces, don Diego de Saldaña?

DIEGO. Y el siervo fiel, para besar la mano,
de Carmen Sevillano,
la más bella mujer que tuvo España.

CARM. No la mía. En la vuestra, enternecida,
quiere poner la Sevillano un beso.

DIEGO. ¡Jamás!

CARM. Por gratitud. En él va preso
mi corazón de madre agradecida.

DIEGO. *(Conmovido.)*
¡Debiéraisme la vida
y pagada estaría con exceso!
(Esto dicen porque él se puso en pie
y fué a besar la mano de la dama.
Mas ella lo impidió, y adelantándose,
besó la que él, para tomar la suya,
noblemente alargaba.
Por eso, emocionado al bello gesto,
bien pagado se juzga el de Saldaña.)

CARM. Más que la vida os debo. Ha veinte años
que, en silencio, a escondidas de la gente,
callando el alma, imaginando engaños,
sólo atenta al amor del hijo ausente,
viví, vos lo sabéis, como si fuera
sonámbula inconsciente
que en pos camina de quien no la espera.
Y en ellos, sólo vos, día tras día
—de mi hijo guardándome a distancia—,

dabais alivio a mi agonía
con una carta vuestra que venía
de Inglaterra o de Francia.
¡Oh, carta! ¡Fiel paloma mensajera,
consuelo de una madre castigada
a no poderse imaginar siquiera
cómo es su único hijo! ¡Ave ligera
en mis noches de angustias esperada!
Más que la vida os debo. ¡Que una vida
venía en cada carta, y si al castigo
de no verle jamás me condenabais
alejándome de él, le libertabais
del mayor enemigo
que en el mundo tenía,
pues mi mancha sobre él se extendería
como, en lino nevado,
gota de óleo que apenas se veía,
y al punto se ha extendido y agrandado!
(Pausa.)
Yo así lo comprendí. Callé prudente;
os dejé hacer y renuncié a mi anhelo
insaciable y ferviente
de verle alguna vez. ¡El inocente
para mí era posible como el cielo!
Mas hoy, al veros en mi propia casa,
donde jamás pusisteis vuestro pie,
el corazón me ha denunciado que
algo de grave y de terrible pasa;
algo que no temí ni sospeché,
ni a imaginar acierto,
mas que agita mi pobre corazón
cual rama de palmera en el desierto
al paso de un ciclón!

DIEGO. Algo terrible, es cierto.

CARM. ¿Algo terrible? ¡Por piedad! ¿Ha muerto?

DIEGO. Peor.

CARM. Mas ¿vive?

DIEGO. Sí; perdida la razón.

CARM. ¿Decís que ha enloquecido?

DIEGO. ¡Que ha caído
en la sima fatal de una pasión!
Que vive y le habéis visto; que os ha hablado
como un desconocido vuestro Ariel.

CARM. ¡Imposible! Le he visto, me ha mirado,

¿y la voz de la sangre no ha gritado:
"¡Tiembla de gozo, desdichada! ¡Es él!"?

DIEGO. ¡Oh, la voz de la sangre, amiga mía!
Instinto falso, cual ficción humana
que en la Naturaleza no existía.
El Génesis lo niega, y ¿quién podría
conocer por la voz la sangre hermana?
Hablasteis con Ariel esta mañana.

CARM. ¿Esta mañana? ¿Entonces el Vizconde...?

DIEGO. Es él.

CARM. Razón tenéis ¡La voz es vana
si a nuestra propia sangre no responde!
(Ante la gran revelación
está a punto de caer
desvanecida. El de Saldaña acude
la infeliz pecadora a sostener.)
(Rehaciéndose.)
Parece que una sombra lo desvanece todo.
Que yo misma no más que vaga sombra fuera.

DIEGO. Carmen.

CARM. Nada temáis. Sabré sufrir del modo
que el que ciega de pronto. Ya pasa la ceguera.
Era mi hijo y no le conocí. Perdida
la senda, al borde estábamos de un abismo es-
[pantoso.
Don Diego: aquel peligro era tan monstruoso,
que otra vez os debemos mucho más que la vida.
(Pausa.)
Pero ¿cómo su nombre tampoco me ha podido
advertir? ¿Quién le hizo Vizconde Camporreal?

DIEGO. Es uno de mis títulos, que yo le he transferido.
Usa escudo con barras y un águila caudal.

CARM. ¡Todo ha sido fatal!
Y ese duelo inminente,
¿no podréis evitarlo?

DIEGO. Soy un hombre de honor.

CARM. Como él. Hasta ahora no comprendí el horror
de eso que todos llaman "una cuestión pendien-
[te".

DIEGO. Tranquilizaos, Carmen. Eso es lo menos grave
de cuanto le amenaza.

CARM. ¿Cuál es lo más, Don Diego?

DIEGO. Lo más es que no sabe
olvidar, y que pierde para siempre el sosiego.

Señora: hay, por bien suyo, que alejarle de vos.
CARM. ¿De mí? ¿No verle más decís?
DIEGO. Así es preciso.
CARM. ¡Es preciso! ¿Por qué? ¿Por qué, si el cielo [quiso
que le viera, este muro levanta entre los dos?
¿No eran penas bastantes el dolor y la ausen- [cia?
¿No estaban ya mis culpas pagadas con exceso?
¿Es preciso que, habiéndole tenido en mi pre- [sencia,
se vaya sin haber podido darle un beso?
DIEGO. Lo es, señora. El juego fué peligroso. Tanto
como resulta, en cosas de amor, jugar con fuego.
CARM. ¡No prosigáis, Don Diego,
que lo recuerdo todo con vergonzoso espanto!
¡Con espanto y dolor, remordimiento y llanto!
(Con un gesto de horror y suplicando luego.)
Pero no os lo llevéis. ¡Os lo pido, os lo ruego!
Yo haré cuanto en mi amor y en mis fuerzas [humanas
sea posible para lograr su desengaño:
dejaré mis costumbres y amistades mundanas;
vestiré penitente sayal de tosco paño;
cortaré mis cabellos; viviré mendicante;
flagelaré estas carnes que me repugnan hoy;
las llenaré de llagas, y, si aún no es bastante,
¡me arrastraré a sus plantas y le diré quién soy!
DIEGO. ¡Señora! ¿Sois capaz de esa revelación
insensata? ¿Lo sois de unir al desengaño
la vergüenza que pesa, como una maldición,
sobre su origen? ¿Vais a hacerle tanto daño?
¿Osaréis de repente
destruir, por saciar un cariño tardío,
lo que he ido yo librando tan cuidadosamente,
como una flor de estufa, de la escarcha y del [frío?
¡Oh, no tenéis derecho! ¡Ariel es sólo mío!
¡Y si os sentís capaz de malograr mi obra,
le guarda, frente a vos, Don Diego de Saldaña,
que le perdió un momento, pero que hoy le re- [cobra!
Señora: a vuestro hijo me llevaré de España.

(Pausa. Se han agrandado de pronto las [figuras por defender a Ariel.
Y puestas frente a frente, iguales amarguras
—el temor de perderle—sufren las dos por él.)

CARM. *(Cediendo.)*
Como siempre, Don Diego, habláis con la ra- [zón.
Yo os prometo que nunca volverá a verme. Hoy [mismo
tendréis la prueba.

DIEGO. Gracias,

CARM. Y ved que este heroísmo
me cuesta el corazón.

DIEGO. En su nombre lo acepto y por suyo lo tomo.

CARM. ¿Le amáis?

DIEGO. Sin egoísmos y sin limitación.
Con ese amor, que nace, sin que se sepa cómo,
de un algo que no ha sido jamás obligación.
Y adiós. Quizá volvamos a encontrarnos, se- [ñora;
pero acaso ya nunca volváis a ver a Ariel.

CARM. Más vale no le vea si ha de ser como ahora.
¡Que el cielo os acompañe y que veléis por él!

DIEGO. Estad segura de ello. Si por él he velado
en las horas risueñas de su felicidad,
ahora, que la pierde, lo haré con más cuidado.
¡Que os sirva de consuelo el haberle salvado,
y hasta que Dios lo quiera o hasta la eternidad!

(Se inclina y vase Don Diego.
Sin fuerzas la pecadora,
por un instante, transida,
gime y llora.)

CARM. ¡Era él! ¡Y le ofrecí
la más vergonzosa ofrenda!
¿Qué alucinación. qué venda
cegó mis ojos así?
¿Por qué destino cruel
llegó a estar en mi camino,
y ahora, el mismo destino
me obliga a apartarme de él?
¡Tanto afán! ¡Tanto esperar
este día! ¿Y para qué?
¿Señor, es que no expié

mis pecados todavía?
(Transición.)
Mas ya que expiarlos deba
que él no sufra mi dolor.
Hoy mismo, dije al tutor,
y hoy mismo tendrá la prueba.
(Se sienta a un lindo escritorio
de marfil, ébano y piel.
Va escribir, pero vacila,
perpleja, sobre el papel.)
Cómo empezar...
(Escribe.)
"Hijo mío:
Auque el cielo nos aparta..."
¡Oh, no! No sirve esta carta.
Pienso en él y desvarío.
(Desmenuza el lindo pliego
y otra carta empieza luego.)
"Vizconde: Perdón os ruego
por esta ingrata sorpresa.
Si hoy os hice una promesa
heme arrepentido luego.
Os hago el mayor favor
al apartaros de mí,
y aunque no penséis así
creedme que es lo mejor.
Idos de España. Olvidad.
Así lo manda el destino;
que os guía en vuestro camino
la madre fatalidad.
No preguntéis la razón
que a tal proceder me obliga
y tenedme por amiga,
vizconde, de corazón."
(Dobla la menuda hojilla
y escribe la dirección.
Luego tira del cordón
de la campanilla,
que acaba en puño de plata,
y sale, a poco, Renata
con gran precipitación.)
Que lleven esta carta a su destino.
RENAT. *(Asomándose al jardín.)*
Alguien llega. Paró un coche a la puerta.

CARM. ¿Quién es?
RENAT. La señorita Carolina.
CARM. ¿Ella? Sal por allí, que nada advierta.

(Toma la carta Renata y vase por la derecha. Desde el foro, Carolina irrumpe, más que penetra. Trae un brazado de rosas. Viene radiante y risueña.)

CARO. ¡Ya estoy aquí!
CARM. Radiante de alegría.
Te lo leo en los ojos y en la rosa
de tu rostro.
CARO. Madrina, ¡soy dichosa
como nunca soñé que lo sería!
CARM. ¿Luciste bien?
CARO. Lo mismo que un lucero
sobre la oscilación de mil estrellas.
¡Como un cometa inesperado, entre ellas
crucé, dejando estela, el Prado entero!
Un coche con la caja charolada;
bruñida y refulgente guarnición;
tronco bravío de soberbia alzada
y lacayos de chupa y de calzón.
Las crines que se agitan con el viento;
las ruedas que se esfuman al girar;
los muelles que suspenden el asiento
y el ruido de los cascos a la par.
Pasando la elegante carretela
despierta inesperada expectación,
por ver quién es la extraña damisela
hundida en la mollez del almohadón.
Lo mismo que una concha, la capota
plegando sus enguates tras de mí,
me sirve de respaldo en el que brota
mi chal como camelia carmesí.
Fulgores da el arnes por cada hebilla;
el tronco va causando admiración,
y pasa, tremolando, mi sombrilla,
igual que un diminuto pabellón.
Me siguen los jinetes del paseo;
los coches se refrenan al pasar,
y a pie, bajo los cedros del Museo,
me miran con envidia singular.

Y, en fin, por donde fuí se alzó un murmullo;
que el Prado estaba en plena animación,
y yo era la crisálida en capullo
que acaba de romper su cascarón.

(Se quita la capota, tira a un mueble
el abanico pericón,
y, sin dejar las rosas, se desploma,
cómicamente, en un sillón.)

CARM. ¿Y no encontraste a nadie conocido?
CARO. Muchos. Pero hubo dos
que en potros alazanes han venido
dándome guardia, cual si fuerais vos
o la propia Montijo a quien guardaran.
CARM. ¿Quiénes?
CARO. El señor Lauro y el Vizconde.
Apenas, al pasar, me divisaron,
como a tal hermosura corresponde,
pusiéronse a mi estribo gentilmente.
Muy divertido es Lauro y hablador,
pero el de Camporreal, más atrayente.
CARM. Y más guapo.
CARO. También. Y más señor.
Tiene más distinción, mejor figura
y monta a maravilla a la alta escuela.
Por vos me preguntó con tal premura,
que al potro, sin querer, picóle espuela.
Compró luego estas flores y me dijo
que os diera una en su nombre. Tomad ésta.
Es la más bella.
(Le da una.)
CARM. *(La rehusa.)*
No.
CARO. Tomad. Lo exijo
porque así lo ofrecí.
CARM. Pero es funesta.
CARO. ¿Que es funesta? ¿Por qué?
CARM. No en ti, hija mía.
(Una lágrima rueda por su rostro.)
CARO. Pero ¿cómo? ¿Lloráis? ¿Os he apenado?
CARM. ¡Si lloro es de alegría
al ver que Camporreal te ha enamorado!
Tú sola lograr puedes
que elija por mujer a una española.
Aprisiónale bien entre tus redes

y déjame llorar. Quiero estar sola.
(Sin comprender la causa
de este pesar, se va la damisela.
Apenas una pausa
y entra Renata, con cautela.)

RENAT. Señora: Ahí está él.
Al salir con la carta
me lo encontré en la calle.
Le detuve y al dársela
abrióla emocionado
y, a la primer palabra,
comenzó a demudársele
la color de la cara.
La leyó tan de prisa
que tiempo no le daba
a separar los pliegos
y a desplegar las páginas;
y al llegar a la firma,
sin responderme nada,
me apartó de su paso,
como a pluma liviana,
y, pues nadie ha podido
detenerle en su marcha,
para veros y hablaros
ha penetrado en casa.
(Esto dice, contándolo,
muy de prisa, muy rápida.)

CARM. ¿El aquí?

RENAT. Y esperando
para entrar, que yo salga.

CARM. Déjale. No le impidas
pase aquí, pues que nada
temo de él.

RENAT. ¡Ay, señora!
Tal le vi, que me espanta.
(Se dirige a la puerta
y vuelve apresurada.)
¿Llamaréis si hay peligro?

CARM. Ninguno me amenaza.
Vete tranquila y pásale,
que Dios nos acompaña.
(Con más miedo que susto,
por fin vase Renata,
mientras Carmen murmura

a modo de plegaria:)
¡Dame fuerzas, Dios mío,
que las fuerzas me faltan;
y, pues, tú solo has hecho
que le vuelva a ver, gracias!
(Entra Ariel, demudado,
estrujando la carta.)

ARIEL. ¡Carmen!
CARM. Ariel...
ARIEL. ¿Tembláis? ¿Os causo miedo?
CARM. No os esperaba ya.
ARIEL. ¡No me esperabais!
¿Pensáis que a quien escribe de este modo
se le ha de contestar con la obediencia
y el silencio, no más, como un cobarde?
¿He de sufrir que me digáis, vos misma,
la que me hablasteis ha tan pocas horas
con tanto fuego, lo que en esta carta
escrito habéis después? ¿Y la promesa?
CARM. Ignoro esa promesa. Habéis soñado.
Yo nada os prometí.
ARIEL. Sí, sueño ahora,
de oír lo que decís en vuestros labios.
Si alguien me hubiera dado un bebedizo
no me hallara más fuera de la vida
que creo estar en este instante. Sueño.
Vos lo habéis dicho. Sueño, y esta carta,
—¡áspid traidor!—, es sólo una quimera.
¡Basta de engaños! ¡De ficciones basta!
Si queréis avivar con negativas
mis pasiones de mozo, para luego
—la cadena a mi pie—tenerme esclavo,
vano será que lo intentéis. No quiero
prestarme a juego tal. ¡Ni mi impaciencia
ni la sed de mi amor sufren espera!
(Se prepara el doncel para el ataque,
y ella, que ya recela, se separa.)
CARM. No habléis de amor, Ariel. Os lo suplico.
No perdáis, si he de oíros, la cordura.
ARIEL. Que la pierda queréis. ¡Os amo, Carmen,
con tanto amor, que lo daría todo,
hasta la eterna salvación, por veros
entre mis brazos!
CARM. *(Aterrada.)*

¡Oh! ¡Callad! ¡Me espanta
que en ese tono habléis!

ARIEL. ¿Por qué os espanta?
Antes no me temíais. Me juzgabais
el amante mejor favorecido
de toda la ciudad. Yo no he cambiado
y ahora os parezco, hasta de hablarme, indigno.
Sois vos la que cambió. ¿Por qué? ¿Qué causa
así os mudó, como veleta al viento?
¿De este modo pagáis a quien su vida
se jugara por vos? ¡El pago es éste!
Explicarme quisiera tal misterio
y siento que la frente se me parte.

CARM. *(Desalentada y con tristeza.)*
No le busquéis explicación, en vano.

ARIEL. ¡Carmen, por caridad! ¡Ved que la muerte
es mejor que el tormento de la duda!

CARM. ¡Mi pobre Ariel! ¡Enloquecéis sin causa
y yo no os puedo aminorar la pena!
Haced de mí lo que queráis. Matadme,
y le daréis descanso al alma mía;
¡yo sufro más que vos, y con más fuerza!
Pero no pretendáis que este misterio
jamás deje de serlo. Yo os confieso
mi gran culpa. Cruel en el engaño,
tan sólo por maldad os di esperanza.
Odiadme, despreciadme: lo merezco.
Acumulando sobre mí los odios
os libro del amor que os atormenta.

ARIEL. No. El engaño es ahora. Ahora es cuando
me mentís cruelmente, y sólo Dios
sabe por qué motivo. ¡Carmen! ¡Carmen!
Os di mi corazón con el impulso
del ave que se lanza al primer vuelo,
sin saber que caería de tan alto.
Os entregué los bienes que tenía:
juventud, ilusión, el cuerpo, el alma,
y una sed insaciable de venturas
a cambio de una mísera limosna
de amor. ¿Qué más queréis? ¿Qué más tenía?
Vi la felicidad en vuestros ojos;
os lo dije; supisteis que ansiaba
apoderarme de ella impetuoso,
y, en vez de separarme del engaño,

sin nada que a alentarme os obligara,
me alentasteis en él, como rendida
al vivo fuego de mis años mozos.
Y cuando yo creí que la promesa
iba a ser realidad, que la cumplíais
—mujer al fin de corazón ardiente—,
con impaciente y generoso celo,
descubro que no sois más que una pobre
mudable y caprichosa aventurera
interesada, ignoro con qué fines,
en excitar y enardecer a un hombre.

CARM. ¡Ariel, que no es así!

ARIEL. Como una astuta
que retarda a sabiendas la caída,
para gozar, dominadora, el triunfo
de haber tenido suplicando al mismo
que antes que suplicar se mataría.
(Transición.)
Mas esto no ha de ser. Si imaginabais
jugar conmigo, como juega el agua
con la flor desprendida del vilano,
yo me sabré esquivar del remolino
traidor en que queréis aprisionarme.
¿Qué mal os hice yo? ¿Cuál es mi falta
para que así me lo paguéis?

CARM. Ninguna.
Sólo me hicisteis bien. Mas yo así pago.
(Para sí.)
(¡Y así sufro también!)

ARIEL. Como Medusa,
sois nada más que un nido de serpientes.

CARM. ¡Ariel! ¡Por caridad!

ARIEL. ¿Vos la tuvisteis?
(Yéndose, poco a poco, hasta la puerta.)
Hoy, al alba, me bato, y aunque sea
por mujer sin honor, no me arrepiento;
lo haré sinceramente. Mas, oídme:
Si salgo bien me marcharé de España
para no veros más. Pero si tengo
la suerte de morir, como querría,
rezad por mí. Sólo, al rezar, os pido
que, una vez ante Dios, seáis sincera.

(Inicia un paso más, pero ella, loca de espanto y de dolor, le ataja el paso.)

CARM. No os batiréis, Ariel. Esas palabras
me han desgarrado el corazón. ¡Oídme!
¡Compasión para mí, que traspasado
tengo el pecho como una Dolorosa
por agudos puñales. Perdonadme
por todo el mal que os haga y pueda haceros;
pero sabed, al fin, que estoy muriendo
desde que sé que en el maldito lance
os habéis de poner ante el siniestro
cañón de una pistola, y siento el frío
y el soplo de la muerte.

ARIEL. ¡Hermoso engaño!

CARM. ¿Qué respondéis, Ariel?

ARIEL. Que si vos sois
una infame que falta a su palabra,
yo cumplo la que doy: iré a batirme.

(Da otro paso el doncel. Carmen le alcanza ya en la puerta, y en ella se interpone.)

CARM. ¡Por la última vez, os lo suplico!

ARIEL. ¡Digo que me dejéis, mujer liviana,
y que os odio, os desprecio y os maldigo!

(Con un supremo arranque la separa, y vase, al fin, Ariel. Pegada al quicio de la puerta, que apenas la sostiene, clama la Sevillano este lamento:)

CARM. ¡Dónde existe un castigo semejante
a que me acuse de liviana un hijo!

(Un profundo silencio. Es ya de noche y el salón está en sombras. Por la diestra entra Renata. Trae dos candeleros encendidos, que pone en la consola donde, en fanal de vidrio, luce la Dolorosa sus puñales. De este modo parece la consola un altar. Luz en la estancia. Renata ve a su dueña, y, débilmente, se atreve a preguntar, sin acercarse:)

RENAT. ¿Queréis algo? ¿Sufrís?

CARM. No. Nada quiero.

RENAT. ¡Pobre! ¡Yo bien temí lo sucedido!

(Vase Renata. Carmen vuelve a escena lo mismo que un espectro. Se dirige al espejo ovalado, y, contemplándose, desencajada y trágica, murmura:)

CARM. Esta es tu obra, Carmen Sevillano.
Diste un hijo a la vida, y cuando en ella
te cruzaste con él, como una extraña
que había de fingir indiferencia,
te desprecia, te insulta, te maldice,
y, lo que es más horrible, te desea!
¡Dí, tú, carne mortal, investidura
pecadora, maldita y pasajera:
¿para qué me has servido, para qué,
miserable tercera
de todos mis pecados capitales
y todas mis vergüenzas,
sino para castigo inexorable
de mi culpa primera?
¿Dónde mayor castigo que tu triunfo?
¿Dónde pena mayor que tu belleza?
¡Erguida entre los dos, como imposible
barro sucio y carnal, que le atormentas,
has sido, para mí, mayor martirio
que la deformidad y que la lepra!

(Deja el espejo y se dirige luego
a la consola llena
de luz. Se hinca de hinojos
y esta plegaria reza:)

¡Señora, madre y virgen que clavada
miraste al Nazareno en la madera
de la cruz infamante: oye mis súplicas,
que son extrañas, pero son sinceras!
¡Quisiera ser como la más horrible
miserable mujer! ¡Si al verme tiembla
de amor estremecido, que temblase
de caridad y de terror quisiera!
¡Si gusta de mi rostro, haz que una brasa
le vuelva llaga negra;
si de mis ojos el fulgor le turba,
haz que me quede ciega;
si de mis labios la fragancia ansía,
marchítalos como la hoja seca;
si el perfume le atrae de mis cabellos
de ellos te haré, arrancándolos, ofrenda,
aunque fueron orgullo de mi vida,
corona real, penacho y diadema;

(Esto escribe el autor pensando, de
la actriz, en la enfoscada cabellera.)

si le atraen de mis manos las caricias,
sólo su piel y su esqueleto deja;
y si sólo la muerte con su frío
—ante el que todo se respeta—,
puede hacer que me mire una vez sola
limpio de toda material idea,
dame la muerte pronto, que deseo
al lado suyo estar, aunque esté muerta!

(Rompe a llorar amargamente, cuando la llama el Conde, que penetra.)

CONDE. Carmen.

CARM. ¿Quién está ahí? ¿Quién se ha atre-[vido
a profanar mi llanto?

CONDE. Quien ha visto salir al que ha salido,
sin sospechar que os impresione tanto.

(Ella se vergue, al verle, tan altiva como humilde se hallaba. Enjuga el llanto, y le apostrofa con vibrante orgullo, que ha vuelto a resurgir la Sevillano.)

CARM. ¡Ah! ¿Sois vos? ¡El pasado vergonzoso
que me viene a acusar!
¡Idos! ¡Idos de aquí; me sois odioso!
¡Dejadme arrepentirme y suplicar!
¡El más sublime sentimiento humano
arde en mí con inmensa llamarada!
¡Sabedlo: Si hasta aquí, la Sevillano,
fué por sus liviandades afamada,
desde hoy ha de ser la más honrada
que haya nacido bajo el sol hispano!

(Corta, el telón, su gesto soberano, y así termina la tercer jornada.)

FIN DEL CAPITULO TERCERO

CAPITULO CUARTO

LA SOMBRA DE LARRA

DECORACION DEL CAPITULO CUARTO

Aposento en la casa de Ariel.
El ornato, elegante y severo,
tiene, en todo, el mundano desorden
de cualquier mansión de soltero.
Las paredes—de un suave damasco

verde, malva o tabaco, cubiertas—,
circundadas con zócalos de oro
y remates Luis XV en las puertas.
Pocos muebles. De estilo romántico
y con cierto candor femenino.
Raso y ébano. Sillas curvadas.
Un hermoso tapiz filipino,
y un sofá de tres cuerpos, rasero,
tan de oblicuo respaldo enguatado
que, sentadas en él, las figuras
más parece que se han acostado.
  Hace el foro una ochava, y, en ella,
por un arco, entre dos cortinones,
se ve el lecho de Ariel, sus copetes
y sus tallas con incrustaciones.
De la ochava a un costado, de modo
que la luz entra por diagonal,
iluminan la escena, dorándola,
las vidrieras de un gran ventanal.
Al opuesto costado, un sencillo
escritorio, de airosas gavetas,
en el cual un rimero de libros
muestra sus cantoneras discretas.
  Una mesa volante en el centro
y sobre ella una gran tabaquera.
En el muro, la estufa encendida
deja ver el fulgor de la hoguera.
Una fina pantalla chinesca
corta el vivo calor del humero,
y un reloj, en el mármol, su péndola
mueve al lado de un gran candelero.
Blancas puertas a un lado y al otro.
En el muro, arandelas, bujías,
y, pequeñas, en marcos ovales,
dos o tres cromolitografías.
  Media tarde de invierno ha corrido
cuando se alza el telón. En escena,
hacen círculo a *Ariel*, que está herido,
Lauro, Floro, Narciso y *Villena*.
En el amplio sofá de tres cuerpos,
reclinado y doliente, está Ariel.
Los demás, como el grupo de próceres
que pintara en su estudio Esquivel,
se pasean, se sientan y llegan

a tomar, con suprema elegancia,
el rapé, que, en la gran tabaquera,
hay dispuesto a mitad de la estancia.
Da comienzo la acción. A Villena
tiende Ariel, generoso, su mano.
Y el crepúsculo empieza a apuntarse
de la clara vidriera en el vano.

ARIEL. Villena, ésta es mi mano. Si sois el que me ha [herido,
confieso que acudisteis por la fuerza al terreno,
aunque nunca lo hubierais rehuído;
y ya que la fortuna de hallaros más sereno
os dió tal puntería
que casi tuve el corazón tocado,
quiero, pues hace un mes en este día,
que hoy demos al olvido lo pasado.
VILLE. ¡Generosa humildad! ¡El agraviado
suplicándome olvido!
Pues soy quien ofendió, perdón os pido.
(Se abrazan. El abrazo no parece fingido.)
LAURO. ¡Así acaban cuestiones de mujeres!
FLORO. Se dice que la dama de la historia
de virtud un modelo se ha tornado.
Al mundo ha renunciado,
no sale de la iglesia y sus deberes
y asciende por la escala de la gloria.
NARCI. No recordéis la causa.
FLORO. Ni lo intento.
ARIEL. Me daréis el mayor de los placeres
si lo borráis hasta del pensamiento.
(Volviéndose a sentar con desfallecimiento.)
Decidme qué se cuenta de la muerte de Larra.
Preso aquí, sólo sé lo que hablan los diarios;
y del raro suceso que el corazón desgarra,
traen pocos pormenores y muchos comentarios.
Mi tutor fué al entierro con Vega y Mesonero,
y él nos dará detalles.
Pero entretanto, amigos míos, quiero
saber lo que se dice por las calles.
¿Es verdad el rumor? ¿Se ha suicidado
por Dolores Armijo, la casada?
VILLE. Cierto es.
ARIEL. ¡Infeliz enamorado

de quien jamás le mereciera en nada!
¿Le han expuesto?

LAURO. En la bóveda severa
del templo de Santiago.

VILLE. Y ha desfilado la ciudad entera
para rendir al escritor en pago
su admiración postrera.

LAURO. Yo le he visto. Tendido como en un blando le-
[cho,
vistiendo su levita Lord Grey, abotonada,
estaba, con las manos cruzadas sobre el pecho,
igual que si aún siguiera rogando a su adorada.
La rígida corbata, la nítida pechera
y las amplias solapas del afelpado cuello,
hacían más intensa su blancura de cera,
de los cuatro blandones al pálido destello.
Bajo un mechón rebelde, discreta y escondida,
como íntima vergüenza del caballero inerte,
mostrábase purpúrea la boca de la herida
que dió escape a la vida y entrar dejó a la
[muerte.
Vidriosas las pupilas; la mano agarrotada;
un hilillo de sangre manando de las sienes,
sonreír parecía, burlón ante la nada,
mostrando el más supremo de todos sus des-
[denes.
La crespa cabellera nimbándole la frente;
la barba, corta y rala; el rostro marfilino;
y el gesto en un sublime desprecio indiferente
para todo lo humano y todo lo divino.
Aquel humor tan suyo, tan fino y elegante;
aquel amargo hastío y aquel dolor profundo,
le hacían tan ausente, tan vago y tan distante,
que, al morir, parecía que volviese a este mundo.
Fuera de él vivió siempre. Más tarde o más
[temprano,
tenía que librarse del peso de la vida.
Lo de menos fué el hecho. No era "Fígaro"
[humano,
y siendo de sí mismo vasallo y soberano,
dió al alma, cuando quiso, para volar, salida.

*(Apenas Lauro acaba de hablar, entra Don
[Diego
con chistera y enlevitado.)*

Saluda. Pulsa a Ariel y accede luego
a contar lo que ha presenciado.)
Pero aquí está Don Diego, que dirá lo que resta.

DIEGO. Señores.

ARIEL. Comentábamos la novela funesta
del pobre "Fígaro", y queremos
nos relatéis lo que venís de ver.

DIEGO. Vengo de ver, señores, que tenemos
un poeta que acaba de nacer.

LAURO. ¿Un poeta?

DIEGO. Al que apenas si le despunta el bozo
y se le acusa la perilla.

FLORO. ¿Inspirado?

DIEGO. ¡Genial!

VILLE. ¿Quién es el mozo?

DIEGO. Se llama, a lo que oí, José Zorrilla.
(La noticia produce el natural revuelo.
Unos piden detalles a Don Diego.
Otros se sientan, y el tutor, en pie,
cuenta lo sucedido en el entierro.
Antes toman un polvo de rapé.)

LAURO. Detallad, cual merece, el sucedido.

VILLE. Atentos estaremos al relato.

ARIEL. Sentaos, y escuchad.

DIEGO. Resúlta grato
en esta tarde de ventisca y ruido
en que, por ironías de la suerte,
celebra el Carnaval su tercer día,
lejos de la grosera algarabía
del populacho y la careta,
hablar, no de la muerte,
sino del nacimiento de un poeta.
(Transición.)
Como una masa negra, las gradas de Santiago,
al dar las cuatro, están en imponente duelo.
Sopla un ábrego frío, como fantasma vago,
y una nube siniestra de pronto nubla el cielo.
Severos, enlutados con levita y chistera
—todos muy afectados, todos muy elegantes—,
se apiñan, apretados por una espesa hilera
de artesanos curiosos y máscaras tunantes.
Allí están los Romea, Martínez de la Rosa,
Alenza, los Madrazo, Bretón, Roca Togores,
Hartzenbusch...

ARIEL. Espronceda.
DIEGO. No. A Espronceda
[le acosa
el reuma y le tienen postrado sus dolores.
Allí, cuanto es en letras, en artes o en política,
de algún merecimiento,
sumándose al cortejo del fénix de la crítica,
va a darle, entre la risa canalla, enterramiento.
Atrás queda Madrid. Salimos por la Puerta
de Fuencarral. Al fondo se yerguen los tapiales
del viejo camposanto, donde una sombra incierta
confunde, en su silencio, cipreses y nichales.
Se abre el féretro. Todos nos descubrimos. Larra
parece que dibuja, burlón, una sonrisa.
El sol se pone. El cielo, de pronto, se desgarra
y, tras de los cipreses, el crepúsculo irisa.
Hablan Roca Togores, Salas, Díaz, Quiroga.
Luego, Alberto Benito le dedica un soneto.
Van a cerrar el nicho. La angustia nos ahoga.
Parece que suspiran detrás de cada seto.
Y cuando todos juzgan que el acto ha terminado,
Joaquín Massard avanza, trayendo de la diestra
a un pálido mancebo, enjuto, espiritado,
que unos versos a Larra en la siniestra muestra.
Empieza a hablar. Al pronto su voz es insegura.
Tiembla, duda, vacila; pero, al segundo verso,
la voz se hace más dulce, más cálida y más pura,
y el tono más vibrante, más nítido y más terso.
Le oímos asombrados. La voz es ya divina.
Se olvida dónde estamos y a lo que hemos veni-
[do.
Frente a un cisne que calla, un ruiseñor que
[trina.
¡Si un corazón ha muerto, un pájaro ha nacido!
Larra parece oírle y humanizar su gesto.
Quizá, por vez primera, serena está su alma.
¡Se ha adueñado, el poeta, del paraje funesto,
y recita, creciéndose, con admirable calma!
Y cuando, con la rima de la final cuarteta,
el sublime conjuro de la voz del poeta
hace correr el llanto sobre cada mejilla,
mientras de un nicho oscuro llena "Fígaro" el
[hueco,
se estremecen las almas, y perdiéndose el eco,

pregona por los campos de la vieja Castilla:
¡Si "Fígaro" se ha muerto, ha nacido Zorrilla!

(Termina su relato,
Se borra la emoción,
y el grupo se deshace
con precipitación.)

VILLE. En fin, no hay que olvidar que pese a todo
el valor de tal pérdida, hoy es día
de holganza y de alegría,
y a holgarme voy.

FLORO. Opino de igual modo.
¿Dónde cenáis?

VILLE. En la botillería
de Canosa.

NARCI. A cenar y al baile luego.

VILLE. Hasta más grato ver, señor Don Diego.
Ariel, vuestra salud estimo en mía,
y por última vez, perdón os ruego.

ARIEL. ¡Con Dios vaya el modelo de hidalguía!

VILLE. El os dé el bienestar.

DIEGO. *(Aparte.)*
Y a mí el sosiego.

(Los tres galanes se van:
Floro, Narciso y Villena.
El tutor, tras de una pausa,
dice, yendo hacia la diestra:)

También yo voy a mi aposento. Es tanta
la profunda emoción que he recibido,
que aún siento la congoja en mi garganta.

LAURO. Pues id y descansad. Yo de Ariel cuido.

(Vase Don Diego, y al salir
se cruza con el aya Filomena,
que en su busca venía. Entre los dos
hay esta breve escena.)

DIEGO. ¿Ha venido?

FILOM. Ha ya una hora.

DIEGO. ¿Y espera?

FILOM. En vuestro aposento.
¡Da pena ver su tormento!

DIEGO. ¿Qué hace?

FILOM. Suspira y llora.

DIEGO. La expiación la devora
a fuego lento.

(Vase Don Diego. El aya Filomena,

que con pretexto de encender venía,
pues ya en penumbra se quedó la escena,
a encender va la luz de una bujía.
Pero Ariel se lo estorba
y pide, en cambio, que le avive el fuego.
La ancianita se encorva,
echa leña, suspira y vase luego.)

FILOM. ¿Enciendo?
ARIEL. No. Del hogar
avivad la lumbre, pero
no encendáis el candelero,
que esta luz crepuscular
es más agradable.
FILOM. Sea.
LAURO. ¿Vais a decir que el mejor
candelero es el fulgor
de la tea,
como Bretón asegura
que no hay, para un friolero,
mueble mejor que el brasero?
ARIEL. Graciosa es la denosura
y de Bretón la letrilla.
LAURO. ¿La leísteis?
ARIEL. Solazado.
Mas dejad citas a un lado
y acercaos a la hornilla.
(Aya Filomena sale. Su toca se balancea.
Los amigos quedan solos. Hace gran llama una
[tea.

ARIEL. Hace tiempo que deseo
hablar a solas con vos.
LAURO. Pues ya lo estamos los dos,
que ésta es la ocasión me creo.
ARIEL. Más que hablar es preguntar.
LAURO. ¿Y yo os he de responder?
ARIEL. Vos.
LAURO. ¿Qué queréis saber?
ARIEL. Lo que hacéis por ocultar.
Cuando herido gravemente
me trajeron, vos, conmigo,
como el más adicto amigo
estabais constantemente,
y con amor sobrehumano
hicisteis junto a mi lecho

lo que sólo hubiera hecho
un hermano.
Mas, de pronto, sin razón,
en cuanto fuera me hallasteis
de gravedad, os marchasteis
como por escotillón,
y, sin que sepa por qué,
no volvisteis hasta hoy

LAURO. Pues a deciroslo voy,
porque yo sí que lo sé.
Ariel, si no he vuelto a veros,
no lo juzguéis desamor,
sino amor, que era mejor
no veros que aborreceros.
No ignoráis, amigo mío,
que yo a Carolina amaba,
y que ella se os inclinaba
como la caña hacia el río.
Lo vi. Pretendí esperar
y sufrí calladamente.
Mas ¿quién sufre la corriente
que nos arrastra al pasar?
Y por no encontrarme en ella
con quien frecuentaba tanto
vuestra casa ahogue mi llanto
y escapé sin dejar huella.
Lo mejor fué lo que hice:
no volvería a ver jamás
antes que, pasando a más,
una pasión me esclavice
y me arrastre a perdición
como a "Fígaro" la suya.

ARIEL. ¡En vano es que se rehuya
cuando es, de verdad, pasión!

LAURO. Verdad o no, yo soy fuerte
para vivir y olvidar.
Es insensato pensar
que está el remedio en la muerte.

ARIEL. A saber vuestra querella
con tiempo...

LAURO. ¿Qué haríais vos?
¿Qué podríamos los dos
contra el corazón de ella?
Más tarde o más pronto, un día

con ella habéis de casar.
¿No es mi deber olvidar
a quien deja de ser mía,
cuando mi amigo leal
y la mujer que elegí
ya no han de ver más en mí
que un amante y un rival?
Vos, quizá, no la queréis;
pero ella os adora tanto
que, sin querer, seca el llanto
que ha tanto tiempo vertéis.
Y al final, enamorado,
o tan sólo agradecido,
os entregaréis, rendido,
a lo que estaba mandado.

ARIEL. ¡Es cierto! Mas, en verdad,
aún no la puedo querer.

LAURO. No importa. Basta saber
que hacéis su felicidad.

ARIEL. No sé si la hago. Pero
sé, en cambio, que en torno mío
se va agrandando el vacío
de todo lo que más quiero.

LAURO. Hay vacíos que amor son.
Y, pues lo debo probar,
sabed que me hago a la mar.

ARIEL. *(Con extrañeza.)*
¿Que os vais?

LAURO. En navegación.
Con ansia de hallar olvido,
siempre inquieto y ambicioso,
cansado de estar ocioso,
salir de España he pedido.
Y en un bergantín velero
de amplia eslora y largo andar,
muy pronto saldré a probar
mi suerte de aventurero.
Vine a deciros adiós.
De otro modo no viniera.
(Un silencio entre los dos.)
¿Qué pensáis?

ARIEL. ¡Que quién tuviera
la resolución que vos!

¡Marca el rumbo nueva estrella
y nada de él os desvía!

LAURO. ¡Adiós!

ARIEL. ¿Ya os vais?

LAURO. No querría
encontrarme aquí con ella.
Y aunque por ella me voy,
nunca olvidéis que, si ausente
os estoy corporalmente,
junto a vos en alma estoy.

ARIEL. Lo sé. Mas vuestra partida
me pesa.

LAURO. ¡Liviano peso!

ARIEL. ¿Entonces?...

LAURO. ¡Hasta el regreso,
si es que regreso con vida!

*(Se abrazan. Hasta la puerta
le acompaña Ariel. Suspira.
Vase Lauro y él no acierta.
si es realidad lo que mira.)*

ARIEL. Que Dios vuestros pasos guíe.

LAURO. Y que ella os haga dichoso.

ARIEL. *(Para sí.)*
Siempre saldrá victorioso...
¡Se va llorando y sonríe!

*(Apenas Ariel se calla
y vuelve a escena
a encender de una pantalla
la luz que el recinto llena,
entra el aya
Filomena.)*

FILOM. ¿Al fin se fué el señor Lauro?

ARIEL. Al fin, aya Filomena.

FILOM. Pues un recado os diré
que el tutor mandóme os diera
cuando a solas estuvieseis.

ARIEL. Habla.

FILOM. Lo haré; mas me pesa.
Me pesa porque fué mucha
la disipada tormenta,
para que perdáis el juicio
nuevamente, y yo le pierda.

ARIEL. ¿Tanto padeciste?

FILOM. Tanto

que ignoro quién me dió fuerzas
para sufrirlo.

ARIEL. El cariño,
que las saca de flaquezas.

FILOM. Primero el susto tan grande
cuando os trajeron aquella
noche, todo ensangrentado
y sobre unas parihuelas;
después el rostro impasible
del doctor Floro, que apenas
si respondía, cruel,
a la incertidumbre nuestra,
diciendo: "¡Sólo le puede
salvar la naturaleza!"
Luego los días eternos,
tras de las noches eternas,
las veladas, los delirios,
siempre con el mismo tema,
diciendo siempre las mismas
palabras.

ARIEL. ¿No las recuerdas?

FILOM. ¿No he de recordarlas, si,
a fuerza de oírlas, eran
mi pesadilla también?
Sin que ninguno pudiera
conteneros, os sentabais
en el lecho, y cual luciérnagas
brillaban vuestras pupilas
fijas en la sombra negra,
y decíais: "No eres tú
quien dices. Tú no eres ella.
Ella es otra y yo la adoro.
¡Aparta, visión siniestra!"

ARIEL. Y Don Diego, ¿qué decía?

FILOM. "Esta es la crisis que debe
curar su pasión funesta."
Yo, la verdad, soy más simple
que un cordial hecho con hierbas,
y jamás pude entender
qué clase de pasión era
de la que hablaba Don Diego.

ARIEL. Ni es posible que lo entiendas.

FILOM. Pero ¿existía?

ARIEL. Existía.

FILOM. Pues vos lo decís, no queda
más remedio que creerlo.
Yo no lo creí pero ella
algo sospechaba, aunque
nada dijo.

ARIEL. ¿Y quién es ella?

FILOM. ¡Qué pregunta! Carolina.
Esa sí que ha sido buena
para vos. Casi una santa.
Todos los días, risueña,
acompañada de Don
Diego o de su camarera,
a prodigaros venía,
con amor y con paciencia,
sus rezos de enamorada
y sus dones de enfermera.
Estiraba el cobertor,
mullía la cabecera,
preparaba las mixturas
y disponía las vendas.
No desfallecía nunca,
nunca la faltaban fuerzas
y a todos nos confortaba
con ánimo y entereza.
Mucho os quiere Carolina.

ARIEL. Yo también.

FILOM. Mas no como ella;
que, aunque simple, no soy tanto
que ciertas cosas no advierta.
Y me voy. No quiero hablar,
sin querer, más de la cuenta.

*(Se aparece Don Diego,
como siempre, en la puerta,
y al verle se atolondra
el aya Filomena.)*

DIEGO. ¿Hablarás indiscreciones
de las que el llanto nos cuestan?

ARIEL. Perdonad. Yo la entretuve
gozoso de retenerla.

DIEGO. *(Al aya.)*
Vete, y cuida de quien sabes;
mas su silencio respeta.

*(Se va la ancianita, mansa
como una pobre cordera.)*

DIEGO. Ariel, hemos de hablar, pero serenamente;
sin exaltarte con fuego de adolescente;
como un hombre sensible, mas que razona y [siente,
y sabe ser, a un tiempo, abnegado y prudente.

ARIEL. Habladme sin temor. Mis llagas se han curado.

DIEGO. ¿Del todo?

ARIEL. Ignoro si, como al Crucificado
sangra perpetuamente la herida del costado,
la mía será eterna. Pero, casi ha cerrado,
Mirad si estoy sereno, y si me siento fuerte.

DIEGO. Así me place oírte.
(Pausa.)
Ariel, quiso la suerte
que lo que tantos años luché para esconderte,
revelado te fuera, en peligro de muerte,
por quien siempre callarlo debiera. Lo temía
como algo que mi pobre corazón presentía.
¡Este péndulo antiguo que, un día y otro día,
en la caja del pecho sólo cuerda tenía
para cuidar el ritmo de tus palpitaciones,
de tus revelaciones y de tus ilusiones!
¡Nuestras almas gemelas eran los dos bordones
de unísonas guitarras, que, con distintos sones,
vibrasen a la vez bajo la misma mano!

ARIEL. No acierto a comprenderos, Don Diego.

DIEGO. Mas fué en vano
cuanto hice. El instinto, vendaval soberano
que a su paso derrumba todo el esfuerzo huma- [no,
te trajo junto a ella. Lo demás... Ya lo sabes.
Tus heridas del cuerpo no fueron las más gra- [ves.
Pero ya es hora de que tu suplicio acabes.
Pues todo está perdido, debes quemar las naves:
las de tu alma. Al paso del furioso ciclón,
pueden flotar apenas. Tu pobre corazón
zozobra.

ARIEL. ¿Y quién acude a darle salvación?

DIEGO. Tu madre. En mi aposento espera tu perdón.
(Salta Ariel de su asiento con súbita emoción.)

ARIEL. ¡Oh, no! ¡Que no la vea! ¿Era esto, Don Diego,
lo que queríais? ¿Esto lo que, insensato y ciego,

pretendéis? ¿Y aún queréis que os oiga con
[sosiego
sin que se avive de mi adolescencia el fuego?
Le perdono pecados, maldades, impurezas;
sus pobres egoísmos y sus tristes riquezas,
pero nada más.

DIEGO. Sigue. Si perdonando empiezas
el origen de todas sus livianas flaquezas,
¿por qué quieres odiar y a ti mismo te engañas?
¡El odio y el rencor te son cosas extrañas!

ARIEL. ¿Pero olvidáis que quien me tuvo en las entra-
[ñas
hizo lo que no harían las mismas alimañas?

DIEGO. No lo olvido. Mas creo que ha sufrido bastante.

ARIEL. Yo más que ella.

DIEGO. Tú no; tu dolor fué de amante:
cosa que el viento aviva o apaga a cada instante.
El de ella es más profundo y será más cons-
[tante.
Su dolor será eterno.

ARIEL. Y eterno será el mío.
Aún no basta, Don Diego. Mi pecho está vacío
como el hoyo de un árbol que se ha llevado el
[río.
Mi madre no me inspira nada más que desvío.
Me infundió una pasion de mujer, tan ardiente,
que me arrastró como a un cordero la corriente.
Aún no basta. Que sufra como yo, que, inocente,
por ver a la sirena rodé por el torrente.

DIEGO. Aún no basta, me dices. ¿Juzgas poco el castigo
de arrastrarse a tus pies, de humillarse contigo
y de verse insultada por ti?

ARIEL. ¡No basta, digo!
¡Más grande ha sido el crimen que cometió
[conmigo!

DIEGO. Y mayor todavía la tortura de verte
abandonar su casa corriendo hacia la muerte,
para caer, más tarde, bajo una bala, inerte,
sin poder auxiliarte ni poder defenderte.
Es imposible, Ariel, tormento parecido.
Yo bien sé todo lo que por ella has sufrido;
¡pero si ella, al nacer, te arrojó de su nido,
te has vengado con creces, porque la has mal-
[decido!

(Señalando a un sillón en la sombra escondido.)
¡Cuántas noches, en ese mismo sillón, sentada,
cogiéndote la mano, pálida y abrasada,
velando tu delirio, lloró desesperada
desde el poniente sol a la triste alborada!
Te has vengado con creces causándola el tor-
[mento
de que, entonces, aquí, en tu mismo aposento,
cuando hijo te llamaba con su más tierno acento,
febril la respondías, en tu apasionamiento,
con caricias ardientes y palabras de amante.
Y ahora dime, en conciencia, si no ha sido bas-
[tante.
(Ariel dice, después de dudar un instante:)

ARIEL. En conciencia, no sé. Me siento vacilante
como flecha de brújula que no acierta el cua-
[drante.

DIEGO. Ya va acertando, Ariel. Pasada la tormenta,
vuelve el río a su cauce, la borrasca se ahuyenta,
y aunque deja en los cielos su ráfaga sangrienta,
las almas se iluminan, la claridad aumenta.
¿No ha de llegar la luz hasta tu corazón
igual que un arco iris, para nimbarle con
su nimbo de piedad y conmiseración?
(Pausa.)
Ariel, habla. Tu madre espera tu perdón.
Es hora de olvidar. Perdónala te digo.
¿O es que vas a llevar el rigor del castigo
hasta su muerte? ¿Callas? ¡Me he engañado
[contigo!
Yo creí que en tu pecho no cabía enemigo,
y que tu corazón más de mi rama era
que de la suya.

ARIEL. *(Entregándose.)*
Sí. No os engañáis. Cualquiera
le vence.

DIEGO. Entonces... ¿si viniera la que espera?

ARIEL. Mi corazón es vuestro: para el perdón viniera.
Pero que aguarde aún. Yo la prometo un día
como a madre tenerla. Y en la conciencia mía
ya la tengo por tal. Pero aún no podría
llamarla madre. Ved que es pronto todavía.
No es fácil olvidar. No basta decir quiero
reconciliarme con quien me clavó su acero,

para que en nuestra carne se cierre el agujero.

DIEGO. Mas el tiempo es un sabio constante curandero
que a las almas aplica la redoma encantada
del olvido.

ARIEL. En la mía la doy por aplicada.
Pero no me pidáis que, en sólo una jornada,
lo que hasta ayer fué todo se me convierta en
[nada.
Decidla que perdono. Decidla que levanto
mi castigo. Decidla que enjugaré su llanto;
que cubriré de besos el borde de su manto;
mas que espere, que espere, y que sufra entre-
[tanto.
¿Qué más puede pedir? ¿Qué más puedo entre-
[gar?
Y decidme, en conciencia también, si cabe dar
una prueba mayor menos a mi pesar.

DIEGO. *(Con resolución.)*
No, en conciencia. La acepto, y que sepa espe-
[rar.
*(Hace intención Saldaña como de echar a an-
[dar.)*

ARIEL. *(Deteniéndole.)*
Mas, oíd. Ahora yo soy el que hablaros quiero.
Ya supondréis de qué. Como buen consejero
me venís predicando hace tiempo. Primero
me advertíais el brillo de un singular lucero
que iluminaba a ratos, con su luz diamantina,
la triste oscuridad de este hogar. Carolina
lo llenaba de gracia y de luz matutina.
Luego me hablasteis de ella como de una divina
criatura, mitad arcángel y mitad mujer,
que me amaba en silencio y acaso sin saber.
Después...

DIEGO. Que sólo ella era capaz de hacer
de ti otro. ¿Y ha sido?

ARIEL. No. Mas pudiera ser.
Como la gota de agua sobre la roca fría
horada lo que el duro diamante no podría,
vuestras predicaciones, un día y otro día,
perforaron la roca que en mi pecho tenía,
y he pensado casarme.

DIEGO. ¿Con ella?

ARIEL. Sí, con ella.

Yo soy la oscura noche, Carolina es la estrella.
Veremos si me alumbra o si apenas destella
en la noche sin luz de mi negra querella.

DIEGO. Pero, ¿la quieres?

ARIEL. Sí. Lo mismo que a una hermana.

DIEGO. No basta.

ARIEL. Ya lo se. Pero acaso mañana
se trocará este amor en cosa más pagana.
Hoy, la tomo en defensa de mi flaqueza humana.

DIEGO. Pues que ello sea para encauzar lo pasado,
Dios te dará el alivio y el amor esperado.
Y ahora, adiós, Ariel. Estarás fatigado.
¡Descansa, duerme y sueña como un enamorado!
(Vase.)

ARIEL. *(Solo.)*
Como un enamorado de lo que no es posible.
¡Madre mía y mujer que eres toda mi vida!
¡En este mismo asiento velaste la terrible
calentura en mi carne por tus ojos prendida!
*(Se aproxima al sillón que señaló Saldaña
y lo acaricia con delectación extraña.)*
¡Oh, brazos del sillón, que la estrechasteis!
¡Objetos cotidianos que rozasteis
leve, al pasar, el tafetán de seda
que ella arrastró por el indigno suelo!
¡Conservad el perfume que aspirasteis!
¡Quedad conmigo, y que en vosotros pueda
para siempre tener algún consuelo!
*(Entra a escena y le sorprende
sumido en honda abstracción,
una dama enmascarada
con careta y dominó.)
(Ariel queda sorprendido
ante tal aparición.)*

MASCA. Triste te hallo, Camporreal.

ARIEL. ¿Aquí una máscara?

MASCA. Yo.
¿Te sorprende un dominó
en martes de Carnaval?

ARIEL. Que se oculte me sorprende
quien, al mirar su figura,
juzgo que, siendo hermosura,
no parecerlo pretende.
Pero dí quien eres.

MASCA. No.
ARIEL. ¿Intentas burlarte?
MASCA. Sí.
ARIEL. ¿Burlarte de quién?
MASCA. De ti.
ARIEL. ¡Si te lo consiento yo!
(Decidido a arrancarla el antifaz se dirige a la mascara, que, en guardia, da unos pasos atrás. Ella, huyendo, tropieza con el muro. El la acosa y la sitia, ya seguro de que no ha de escapar. Luchan los dos, mas sin dejar de hablar.)
Descubre el rostro.
MASCA. Adivina.
ARIEL. ¿Quién eres?
MASCA. Nadie.
ARIEL. Responde.
MASCA. *(Luchando.)*
¡Que no!
ARIEL. ¡Pues quita!
MASCA. ¡Vizconde,
ved lo que hacéis!
ARIEL. ¡Carolina!
(Le arrancó el antifáz, y al ver quién era da un paso atrás y confundido queda.)
CARO. ¡Qué audacia! ¡Qué violencia!
¡Qué arrojada decisión!
ARIEL. *(Confuso.)*
¡Perdón!
CARO. Os doy el perdón
y me acuso de imprudencia.
Que es arriesgada la broma
de ir a casa de un soltero
cuando él es tan altanero
que la broma en serio toma.
(Contemplando indulgente al sitiador audaz acaba por reir alegremente mientras que se despoja del disfraz.)
ARIEL. Mas ¿cómo vos aquí?
CARO. Fué una escapada.
Aproveché un instante
que salió mi madrina, y, disfrazada,

me arriesgué a la aventura interesante.
Pero no os asustéis. Vengo guardada
por Renata, que el traje me ha buscado.
Todo Madrid hemos atravesado
cruzando entre gentes ruidosas
que iban al Salón del Prado.
Al pasar nos decían mil cosas
descaradas, y a veces, graciosas,
que a las dos nos han sonrojado.
Medinaceli, frente a su portada,
ha hecho alzar, con follaje y banderas,
un gran arco de artística arcada;
y entre sus altas columnas ligeras,
cascabeleros bajo sus collares,
van desfilando por él, populares,
cien calesines con sus caleseras.
Tocaba la turba, con algarabía,
sus mil instrumentos;
cantaba en los corros, danzaba y reía
en el aquelarre de sus aspavientos.
¡Tuvimos que escapar! Nos han apedreado
con almendras y anises, con rosas
y con sierpes de papel rizado.
Los hemos esquivado, hemos corrido
gustando el agridulce del peligro canalla;
y hasta, en una ocasión, hemos tenido
que aceptar la batalla
que, audaz, nos ha ofrecido,
con tres majos de rumbo, ese torero
a quien llaman, de mote, "El Chiclanero".
Junto a la fuente de la Mariblanca
vimos pasar el coche engalanado
en que sale el marqués de Salamanca,
y que una linda góndola figura;
¡mucho susto he pasado,
pero lo doy por bien aprovechado
con tal de haber corrido la aventura!

(Las palabras finales apresura,
da fin a la graciosa relación,
y se arroja después en un sillón
con risueña y gentil desenvoltura.)

Y ahora permitid tome un respiro
sentándome a mi gusto.
¡Bien lo merece quien pasó tal susto

por venir a alegrar vuestro retiro!
(Transición.)
Y a devolveros éstos. Ya he leído
los amores de Werther, y os entrego
vuestro ejemplar. Me ha conmovido;
pero a los cielos pido
no le dé, a quien me quiera, amor tan ciego.
(Le da, diciendo así,
un volumen de pasta carmesí.)
Es la víctima, Werther, de sí mismo.

ARIEL. ¡Es un hombre que adora, nada más!

CARO. ¿Y su amor quien le da su pesimismo
y su muerte? ¡Sutil romanticismo
que yo no pude comprender jamás!
Aborrezco al amor, si él es la muerte.
Cual vuestro amigo Lauro, amo la vida.

ARIEL. Muy fuerte es el amor.

CARO. Ella es más fuerte.

ARIEL. Vos lo pensáis así, porque en la suerte
vuestra existencia fué favorecida,
y porque el corazón no os ha sangrado
como me sangra el mío.

CARO. No por fuera.

ARIEL. Ni por dentro.

CARO. ¡Quién sabe! Habéis hablado
cual quien saber pretende demasiado.
¿Y si a espaldas de vos sangrando fuera?
(Hay una pausa embarazosa
en que todo reposa:
almas, cuerpos y objetos de la casa.
Los dos suspiran y el silencio pasa.)

ARIEL. Ya es hora de hablar claro, amiga mía,
y ocasión de acabar los fingimientos.
Como Isabel de Hungría
curaba los leprosos de la leprosería
y daba el santo pan a los hambrientos
para ganar su palma,
vuestras manos de santa eucaristía,
la lepra de mi espíritu curaban poco a poco,
sin desmayar en ello, pero sin ver tampoco
que me ibais, poco a poco, dando el alma.

CARO. ¡El alma!

ARIEL. ¡Toda ardiente
de amor!

CARO. ¿Estáis seguro?
ARIEL. De amor o caridad para el doliente,
lo mismo viene a ser.
CARO. Pues es más puro,
de caridad sería.
ARIEL. ¡Alma de caridad, pero alma mía!
En fin, voy a acabar. Ha sido tanta
la emoción que esta tarde he recibido,
que me arde la garganta
y me baten martillos en la frente.
CARO. Pues que os deis al reposo es lo prudente,
y otro día hablaremos con más calma.
ARIEL. No. Esta tarde; ahora mismo.
CARO. ¿Es tan urgente?
¿Vais a sacar del purgatorio un alma?
ARIEL. *(Con esfuerzo supremo.)*
Un alma, sí; pero un alma divina
que mártir es y a la que haré dichosa.
Si os dijese que os amo, Carolina,
¿querríais ser mi esposa?
CARO. ¡Oh, qué declaración tan repentina!
(Como quien ha agotado
hasta el último extremo su energía,
él lanzó la pregunta, y se ha notado
que, sin poder ya más, desfallecía.
Ella acude a su lado
y hasta el sofá le guía.)
Pero, ¿qué os pasa, Ariel? Estáis temblando.
ARIEL. No sé. Prestadme apoyo. El mundo gira
y todo en torno mío va pasando.
CARO. *(Aparte.)*
¡Mi pobre Ariel! ¡Está febril! ¡Delira!
¡Divaga sin saber cómo ni cuándo!
(Alto.)
Reclinaos aquí. Fuisteis un loco.
Calmad la excitación de vuestra mente.
Necesitáis dormir. Callad un poco.
Yo os velaré, por si viniera gente.
(El se echa en el sofá. Como una hermana
ella busca una piel, le arropa luego,
y por su grato bienestar se afana.)
¿Os halláis bien así? La mano os arde.
Cerrad los ojos. No penséis en nada.
Yo aquí con vos estoy, pero callada.

¡No os quejaréis de mí, señor cobarde!
(Llama a la campanilla.
Filomena y Renata se quedan sorprendidas, saliendo, al ver a Ariel. Las hace seña de que guarden silencio Carolina.)
Procura no hacer ruido, Filomena,
que duerme tu señor. Y tú, Renata,
calla también.

FILOM. *(Al salir)*
¡Me lo enfermó la pena,
y la pena, señora, me lo mata!

RENAT. *(Idem a Filomena.)*
¡No es la pena, mujer, sino el amor!
(Vanse las dos mujeres. Queda sola la tierna madamina.
Mira un instante a Ariel, rebaja llama al quinqué con que el cuadro se ilumina, y se sienta a la mesa. Busca un libro que le dé distracción a su velada, cuando, en algo que al verlo la emociona, pone, sin sospecharlo, la mirada.)

CARO. ¡Qué bello está! ¡Y qué feliz me hiciera
si me llegase a amar! Ya se ha dormido.
Cuide yo su dolor y el cielo quiera
concederme las fuerzas que le pido.
¡Pero en vano será, que en todos lados
más cerca estaré de él cuanto más huya!
(Pausa.)
¿Qué son estos renglones empezados?
¡Versos de Ariel!. . ¡Oh, sí, la letra es suya!
(Lee con viva emoción.)
"Dame fuerzas, Señor, sólo un momento
para ponerme al pecho la pistola
y acabar de una vez este tormento;
dame fuerzas, Señor, y el alma sola
pueda libre volar al firmamento.
¡Que no puedo vivir, que esta agonía
va haciendo más profundo mi vacío
y que más hondo siento cada día
de la muerte el siniestro escalofrío!"
(Apenas si termina de leer, cuando a escena salen el de Saldaña y Carmen. Viene ésta misteriosa, con manto largo y negro cubierta. Se para en el dintel indecisa, y no entra

hasta que el de Saldaña inquiete con prudencia.)

DIEGO. *(Entrando.)*
Duerme. Podéis pasar.

CARM. Gracias, Don Diego.

DIEGO. Silencio. Estáis perdida si os advierte.
(No han visto a Carolina, que en el foro vigila atentamente.)

CARO. ¡Ella aquí! ¡Santo Dios! ¿Qué extraño juego
juega así con su vida y con su muerte?
(Don Diego, que la ha visto, acude a ella y la dice prudente:)

DIEGO. ¡Carolina! ¡Callad, no se despierte!
*(La dama se ha acercado hasta el doncel
y, sigilosamente,
le dice en voz muy baja estas palabras,
con caricias y besos en la frente:)*

CARM. Mi dulce Ariel, sobre tu frente pura
que tiene un blanco resplandor de aurora,
pongo mis labios, ahitos de amargura,
para que, al fin, en la postrera hora
de mi larga agonía,
te oiga, al fin, que me llamas madre mía.
¡Que por lograr lo que escucharte ansío
todo mi ser arrepentido llora
y feliz de escucharte moriría!

ARIEL. *(Como el que en sueños desvaría:)*
¡Carmen! ¡Carmen! ¡Te adoro y serás mía!

DIEGO. *(Alto, a Carolina.)*
¿Qué dice?

CARO. *(Rompiendo a llorar.)*
¡Oh, qué espantoso desvarío!
¡Que se muere por ella!

DIEGO. ¡Todavía!

CARM. ¿Pero es que no le curarás, Dios mío?
*(Alza los ojos al cielo
pidiéndole salvación,
y baja rápidamente
el telón.)*

FIN DEL CAPITULO CUARTO

CAPITULO QUINTO

MAÑANA DE PRIMAVERA

DECORACION DEL CAPITULO QUINTO

Decoración, la misma que en el acto anterior.
A través de los vidrios, un vivo resplandor
anuncia una mañana de luz primaveral.
Como es mayo, la escarcha ya no empaña el cristal,
y se ven dibujarse los tejados por él.
Es domingo y el cielo ha estrenado un dosel.
Las cortinas del foro, descorridas, plegadas,
muestran el lecho intacto, mullidas las almohadas
y el cobertor de seda sin la menor arruga.
Ariel está escribiendo, pero no es que madruga,
sino que el día le ha sorprendido velando.
Aún luce un candelero, aunque, de vez en cuando,
las velas con que alumbra, y que arden todavía,
parpadean al sueño que las da el nuevo día.
Es que Ariel, poco a poco, salió de la penumbra,
y abstraído no sabe que el sol es quien alumbra
—mientras va agonizando la luz del candelero—,
sus papeles y cartas dispuestos en rimero.
Habla en voz alta, como el que en otro mundo vive,
y estas breves palabras, nerviosamente, escribe,
mientras que, lentamente, se levanta el telón
para desenlazar, al fin, el folletón.

ARIEL. Mi postrera voluntad
queda escrita en este pliego.
Nadie lo abra hasta luego
que yo esté en la eternidad.
(Viste Ariel, caseramente,
batín de elegante indiana.
Dan las siete, lentamente,
en una torre cercana,
y el doncel alza la frente
hacia el sol de la mañana.)
¡Triste noche de antebodas
esta mía,
que da fin a la agonía
con que desperté de todas!

Las siete dan... Ya es de día.
Luce el sol, y no he sentido
ni el frío de la alborada.
Por suerte, nadie ha advertido
que voy a entrar en la nada.

(Se abre una puerta sigilosamente
y aparece una toca de blancos festoncillos.
Es aya Filomena que penetra,
no sin antes llamar con los nudillos.)

FILOM. ¡Las siete, señor!
(Entrando.)
¿Qué veo?
¿Aún luciendo las bujías?
¿No os basta el sol que pregona
el mejor de vuestros días?
¿Cómo? ¿Sin tocar el lecho?
Pero, ¿donde habéis dormido?
¿Pasasteis la noche en vela?
¿Es que os habéis despedido
de la vida de soltero
como todo el que se casa?
Noche de anteboda, el novio
fuera de casa la pasa,
dice el refrán.

ARIEL. Y no acierta,
que yo en casa la he pasado
poniendo en orden mis cosas.

FILOM. Pero eso es desatinado,
pues mujer guapa y mocita
pide, como ya es sabido,
que la noche haya pasado
bien descansado el marido.

(Con su cómica extrañeza
va y viene, mira la cama,
corre las cortinas y
sopla en las velas la llama.
Ariel, en tanto, la mira
indulgente,
y un instante se le borran
los fantasmas de la frente.)

¿Y qué tuvisteis que hacer
con tanto apresuramiento?
¡Ni que fuerais a testar!

ARIEL. Tú lo has dicho: el testamento.

FILOM. ¿Tanto el casar os asusta
que estáis pensando en morir?
Más os valiera vestiros,
que ya estarán al venir
vuestros amigotes para
ir a la iglesia con vos.

ARIEL. O para por mí rezar.

FILOM. No se reza por los vivos.

ARIEL. Por los muertos sí se reza.

FILOM. ¿Y estáis muerto? ¡Con la boda
se os trastorna la cabeza!
Burlas tales, en tal día,
presagio de males son.
¡Conque cállese el impío
fracmasón!

*(Una campanilla suena
con su metálico son.)*

ARIEL. Dices bien. Hablo en exceso.

FILOM. Como todo el que bien ama.
Mas acabad de vestiros,
que yo voy a ver quién llama.

*(Vase el Aya. Ariel penetra
en su dormitorio.
Por un momento, la escena
queda sin nadie, y tan sólo,
a través de las cortinas,
con melancólico tono,
se oye, lejano, de Ariel,
este breve soliloquio.)*

¡Mañana de primavera,
vestida de oro y de rosa,
en que la novia me espera
sobre el lecho de la fosa!
¡Mañana de primavera!
¡Apaga tu lampadario,
y cuatro hachones de cera
iluminen mi sudario!
¡Mañana de primavera!
¡Con rosas de juventud,
corona mi calavera
y engalana mi ataúd!
¡Que hoy se cumple el desposorio
de un hombre y una quimera!
¡Dame tu beso ilusorio,

mañana de primavera!
(Con un extraño envoltorio el Aya vuelve ligera.)

FILOM. *(Para sí.)*
Extraño regalo es éste.
(A Ariel.)
¡Señor!... ¡Señor!...

ARIEL. *(Dentro.)*
Filomena.

FILOM. *(Junto a las cortinas.)*
Traen dos pistolas de parte
del caballero Villena,
que para el viaje de novios
le habéis pedido prestadas,
y que él os regala.

ARIEL. *(Dentro.)*
Bien.
Mas, cuida, no estén cargadas,
y éntralas aquí.

FILOM. *(Con susto.)*
¡Dios santo!
¡Tomad, tomad!... Que si son
buenas para ir en galera
de un mesón a otro mesón,
dispuestos a dar con el
trabuco del Tempranillo,
a veces las carga el diablo
y se dispara el gatillo.
(Entra y sale de la alcoba con su eterno trajinar, y abre la ventana sin dejar de hablar.)

ARIEL. *(Dentro.)*
¿Y Don Diego?

FILOM. Muy temprano
salió a misa a comulgar
por vuestra dicha. Aun no ha vuelto;
pero no puede tardar.
No tendréis queja del sol,
que hoy se puso el mejor sayo,
y fué por vos, aunque es fiesta.

ARIEL. *(Dentro.)*
¿Fiesta es hoy?

FILOM. La Cruz de Mayo.

Que también la tierra quiso
lucir sus galas mejores,
y alzó una cruz de pedir
aquí, en la plaza, con flores.
(Sale Ariel de su aposento.
Se despojó de la bata,
y ahora se hace la corbata
con gentil refinamiento.
Pero no falta un detalle
en su elegancia suprema.
La levita afina el talle
y su distinción extrema.)
En fin, si en nada os preciso,
a que terminéis no espero,
que soy muy curiosa y por
ir a la iglesia me muero.

ARIEL. Vete tranquila, mujer;
pero no cierres la puerta
cuando te vayas.

FILOM ¿Y cómo
la voy a dejar?

ARIEL. Abierta.
Así entrarán los amigos
que a buscarme han de venir.

FILOM. Pues dejo puesta la llave
y vos cerráis al salir
(Volviendo desde la puerta.)
Mas quisiera humildemente
antes de dejaros...

ARIEL. ¿Qué?

FILOM. Cómo decirlo, no sé.
Haceros este presente.
(Saca del pecho un medallón
de filigrana reluciente.)
No me lo estiméis en nada.
Mirad sólo la intención.

ARIEL. *(Examinándolo.)*
Precioso es el medallón
y linda la retratada.
¿Es tuyo? ¿Tú fuiste así?

FILOM. ¿Yo tan bella?
No, señor. ¡Pobre de mí!
Es ella.

ARIEL. No entiendo.

FILOM. Es ella.
Pues, ¿quién ha de ser, señor?
Vuestra madre, al ser mujer.
ARIEL. *(Con gran emoción.)*
¿Mi madre, y en tu poder?
FILOM. No tal: en el del tutor.
El ha tiempo lo guardaba
con tan celoso cuidado,
que yo, alguna vez, pensaba
si estaría enamorado.
ARIEL. *(Aparte.)*
(¡Otro misterio!)
FILOM. Este anillo
y esta efigie marfilina
a modo de leontina
colgaban de su bolsillo.
Mas cuando, diez años ha,
el hidalgo os prohijó
con ira se la arrancó
para no ponerla ya.
Ignoro si fué locura,
pero, a poco, sorprendida,
vi en tres pedazos partida
la preciosa miniatura.
La recompuse paciente,
la conservé con cuidado,
y hoy que os casáis, he pensado
que era mi mejor presente.
Yo no sabía quién era;
pero el cielo me decía
que algún día llegaría
en que, por fin, lo supiera.
Hoy que lo sé, y que ninguna
joya así os puedo ofrecer,
aceptádmela al saber
que aquélla y ésta son una.
ARIEL. ¡Mi buen aya Filomena!
¡Si me entregas un tesoro!
FILOM. Pero, ¿estáis llorando?
ARIEL. ¡Lloro
porque tú sí que eres buena!
(La acaricia, enternecido,
con un cariño filial,
y ella le huye. Ha sentido

que, del llanto contenido,
va a desbordarse el caudal.)

FILOM. ¡Vaya! ¡Me hará enternecer
poniéndose el novio triste!
¡Me voy, que no se resiste
ver llorar y no poder!

(Filomena se va, y Ariel se queda dueño, al fin, de sus actos; a solas con su amor y el fantasma siniestro de las frías pistolas.)

ARIEL. ¡Bondadosa mujer! Lo ignoras todo.
Tu inocencia de niña te defiende
de la sospecha y del dolor. Ya nunca,
más que sin vida, volverás a verme.
Ya estoy solo. Ya puedo
decir lo mismo que decía Werther:
Todo en reposo está. Tranquila el alma,
gracias te doy, Dios mío, por haberme
dado fuerza y valor en el instante
postrero de mi vida. ¡Oh, luz alegre,
como para los desposorios tantos días
con júbilo esperados! Cuántas veces,
esposa eterna de los blancos huesos
y la risa vacía, quise verme
estremecido entre tus brazos fríos,
en un domingo cálido como éste!

(Dice así contemplando en la ventana el panorama que a sus pies se extiende.)

¡Cuántas, llenos de amor, te he contemplado,
plaza gentil del jardinillo verde!
¡Ay, amor! ¿Dónde está lo que no guarda
un algo tuyo siempre?
¡Tú lo has llenado todo, y sólo tú,
porque no cabes en el mundo, mueres!
Y tú, miniada efigie,
que en el último instante hasta mí vienes,

(Añade, y besa el medallón miniado que entre las manos tiene.)

esconde mi secreto, mi maldita
fidelidad a ti que, frente a frente
con la razón, con el instinto y hasta
con la monstruosidad, callar no puede,
y, porque no la sientan que palpita,
antes que traicionar, desaparece!

(Con un supremo desaliento
se dirige a la alcoba lentamente,
mientras dice las últimas palabras.
Va muy sereno, pero palidece.)
Pero ¿a qué esperar más, si ya es la hora
que las campanas de mi boda suenen?
¡Medallón, vé conmigo, y que mi mano
no vacile ni tiemble
al llamar con el frío aldabonazo
en la casa cerrada de la muerte!
(Como al que van a ajusticiar sin culpa,
tras la cortina Ariel desaparece.
Hay una pausa, y un pistoletazo
los muebles y los paños estremece.
Otra pausa. En la calle,
una Voz de mujer pregona, alegre.)

VOZ M. ¡Para la Cruz de Mayo una limosna
y que Dios os lo premie!
(Otro silencio. Suena en el pasillo
la campanilla de escalera. Nadie
sale a abrir. Un silencio. Campanilla
más viva y más vibrante.
Quinta pausa, y al fin entra en escena,
inquieto, Lauro, el navegante.
Trae uniforme de marino. Inquiere,
como extrañado a soledad tan grande.)

LAURO. *(Entrando.)*
¡Ariel!... ¡Ariel!... No está. Nadie contesta.
¡Qué silencio tan grande!
¿Por qué raro capricho
quiere Ariel de este modo atormentarme?
Valor me falta para verla. No
presenciaré sus esponsales.
(Se oyen voces de gente que penetra
por el pasillo alante.)
Aquí le aguardo. Pero gente viene.
¿Quién va allá?
(Sonora, dentro,
una voz varonil:)

VILLE. *(Dentro.)*
Los que esperabais.

LAURO. Pasen.
(Sorpresa en todos. Quien entró es Villen
seguido del Doctor. Ninguno sabe

cómo explicar la causa
de allí los tres hallarse.)
¡Villena y el doctor!

VILLE. ¡Alférez Lauro!

FLORO. ¿Y Ariel?

LAURO. Aquí no hay nadie.

VILLE. ¿Que no está? Pues aquí nos esperaba.

FLORO. Prometimos venir a acompañarle.

LAURO. Rara ausencia la suya.

VILLE. *(Burlón.)*
¡Ausencia cuerda
si, a tiempo aún, arrepentirse sabe!
(Villena toma asiento
con desenvueltos ademanes.)
Esperaremos. Y entretanto, Lauro,
decidnos cómo fué tan corto el viaje.
Me sorprende que estéis en esta casa.

LAURO. Vuestra sorpresa es razonable.
Bien sabéis cuánto adoro a Carolina
y que esta boda el corazón me parte;
pero no estoy, aquí señores míos,
por propia voluntad.

VILLE. ¿Quién hay que mande
en ella más que vos?

LAURO. No sé. Yo mismo
no he podido las causas explicarme.
Vine llamado por Ariel. Un día,
estando el bergantín anclado en Nápoles,
recibí su angustioso llamamiento
como si fuera el de un agonizante
que pidiera socorro. Su misiva,
temblorosa, febril, concisa y grave,
parecía pedir, apresurada,
un salvamento, un cable
para un náufrago. En ella
Ariel me suplicaba: "Aunque los mares
tengáis que atravesar; aunque la vida
por correr arriesguéis, forzad la nave
y venid pronto a España; os lo suplico
por lo que hay de más grande
en vuestro corazón. Vuestra presencia
urge aquí. Procurad no se retarde.
Hay tras estas palabras un misterio
que sólo en Dios y en mi conciencia cabe.

Procuro vuestra dicha, y os repito:
¡Lauro, venid, venid; forzad la nave!"
(Los caballeros se han quedado mudos sin mirarse ni hablarse.)
¿Comprendéis el enigma imperativo
de estas palabras? ¿Quién puede negarse
a obedecerlas luego?

VILLE. Ciertamente,
la novela resulta interesante.

FLORO. ¿Y aquí ya?

LAURO. La nueva de su boda
junta con otro ruego suplicándome
que asista al esponsal, que me haga fuerte,
y, sobre todo, que no falte.
Ahora espero el final. ¿Qué se propone
con su mandato inexplicable?
(Transición.)
Mas ¿no le halláis al aposento un orden
que en él nunca observé que se guardase?
Los libros, los papeles, en rimeros
apilados están.

VILLE. Nada os extrañe.
El que se va a casar hace con todo
el riguroso examen
—pues yo lo juzgo cosas parecidas—
que el que va a suicidarse.
(Ha dicho esta ironía el de Villena sin que Floro ni Lauro se lo alaben. Y, como siempre, silencioso y en el preciso instante, Don Diego ha penetrado, sin ser visto y sin que le oiga nadie. Y también, como siempre, se ha quedado junto a la puerta y expectante.)

DIEGO. Hablaban de él. Escucharé qué dicen.
Me pareció que se burlasen.
Mas, ¿cómo no está aquí? ¿Qué extraña causa
puede hacerle que tanto se retarde?
(El de Villena sigue sus comentos vulgares.)

VILLE. ¡Buen suicidio es casar cuando se casa
con dote y con mujer sin semejantes,
como a Ariel le sucede!

LAURO. ¿Dotada Carolina?

VILLE. ¿Quién no sabe
que Carmen Sevillano su fortuna
le da entera al casarse?

DIEGO. *(Aparte.)*
¡Ya están a su placer maledicientes
los caballeros honorables!

LAURO. Cada vez me parecen más extraños
dote, boda y tardanza semejantes.
(Reparando en el sobre que en la mesa Ariel dejara antes.)
Pero ¡callad! ¡Aquí una carta suya!
(El de Saldaña, aparte.)

DIEGO. ¡Temo, y de qué mi corazón no sabe!

LAURO. *(Leyendo.)*
"Mi última voluntad."
(El de Saldaña, avanzando y mostrándose.)

DIEGO. ¿Qué estáis diciendo?
¡Para burlas, alférez, ya es bastante!
(Le arranca el sobre de las manos como a reñir, retándole.)

LAURO. ¿Burlas? Miradlo vos.

DIEGO. ¡Cierto! ¡Es su letra!

LAURO. ¡Abridla pronto o llegaremos tarde!
(Don Diego rasga el sobre y lee el pliego; la mano y voz temblándole.)

DIEGO. *(Leyendo.)*
"Don Diego: Voy a morir,
y, en última voluntad,
quiero la triste verdad
de mi corazón decir.
Con mano firme y segura
trazo esta carta postrera,
para confesaros que era
mi existencia una tortura.
Lo he pensado bien. A toda
voluntad obedecí.
Y, obedeciendo, asentí
al mandato de esta boda.
Pero no puedo engañar
a quien mi esposa iba a ser.
¿Cómo fingirla un querer
cuando no la puedo amar?
Mi alma ya no está aquí.

Hace tiempo que voló,
y yo sólo sé que no
se halla en la tierra ni en mí.
Dios que en mi espíritu está,
fuerzas me da para todo.
Voy a morir. De este modo
todo solución tendrá.
Viviendo no sufriría
la vergüenza de saber
que la que me ha dado el ser
manchó la pureza mía.
Y tanta difamación
como sobre ella ha caído,
borro cortando el latido
de mi pobre corazón.
(Pausa.)
Para el hoyo funerario
quiero llevar este traje.
Que no me hagan el ultraje
de cambiarme de sudario.
No me registren. En él
llevo un guante y una rosa.
Pues deseo, hasta en la fosa,
serla fiel.
A Lauro, que le he llamado
por que ampare a Carolina.
El cielo se la destina
Cumpla a lo que está obligado.
Y a vos, Don Diego, por quien
he sido un hombre de honor,
perdonadme este dolor,
y hasta nunca más, amén."

(Calla. En sus ojos asoma
el llanto mal contenido.
De pronto, se siente el ruido
de un cuerpo que se desploma.
Sobresaltados por él,
hacia las cortinas corren,
y hallan, cuando las descorren,
tendido en el suelo a Ariel.)

LAURO. ¿Ese ruido?
VILLE. Ha sido allí.
LAURO. ¡Oh...! ¡Señores, vengan presto!
¡Llegamos tarde!

FLORO. ¿Qué es esto?
DIEGO. ¡Ay! ¡Lo que yo me temí!

(Está en desorden el lecho
y el ropaje ensangrentado.
Ariel, a su pie ha quedado,
con las manos en el pecho
y una pistola a su lado.)

DIEGO. ¿Está muerto?
FLORO. No. Por suerte,
aun late su corazón.
LAURO. Llevadle allí.
DIEGO. ¡Maldición,
no llegar antes!
VILLE. La muerte
busca siempre la ocasión.

(Le conducen al diván
y le tienden.
Todos pálidos están;
reanimarle pretenden.)

FLORO. Un pomo de olor.
LAURO. *(Trayéndolo.)*
Respira.
DIEGO. ¡Ariel! ¡Hijo mío!
VILLE. Hablad.
LAURO. ¡Vuelve en ti!
FLORO. Sufre.
DIEGO. ¡Suspira
y parece que me mira
como pidiendo piedad!
(A Floro.)
Salvádmele y mi fortuna
es toda vuestra, doctor.
(Pausa.)
¿Qué me respondéis?
LAURO. ¡Valor!
DIEGO. ¿No hay esperanza?
FLORO. Ninguna.
DIEGO. ¡Pero es posible, Señor!

(Forman grupo en torno de él,
mientras Floro, de rodillas,
desabrocha las randillas
de la pechera de Ariel.)

¡Es imposible! ¡No es cierto

que quien ayer sonreía
a corazón descubierto,
ahora está en mis plantas muerto!

(Cuadro. Invadieron la estancia
Carmen, Carolina y cuantos
asistían a la boda.
La maldición del hidalgo
a todos, en el dintel,
inmóviles ha clavado.
Carmen, humillada, esconde
la cabeza bajo el manto.
Carolina, que se entoca
de azahares y traje blanco,
nada comprende. Un silencio
embarazoso y dramático.)

CARM. ¡Ariel! ¿Estáis enfermo?
ARIEL. Estoy herido.
CARO. ¿Herido, Ariel?
ARIEL. Y fortaleza os pido
a las dos por igual.
CARM. ¿Fortaleza por qué?
CARO. *(A Lauro.)*
Mas ¿qué ha pasado?
LAURO. ¡Que de un balazo se pasó el costado!
¡Mirad el arma allí!
CARM. ¿Que te has matado, Ariel?
CARO. ¡Que se ha matado!
Pero ¿por qué?
CARM. ¿Por qué? ¿Lo habéis dudado?
¡Se ha matado por mí!

(Solemne el grupo, en silencio
mira, sin saber la causa,
lo exterior de la tragedia.
Nadie respira. Una pausa.
La Sevillano ha caído,
deshecha en llanto, a los pies
de su hijo. Carolina
se ha arrodillado después.
Los hombres, en pie, rodean
el tríptico singular.
Sólo a ratos, las mujeres
se atreven a murmurar,

en voz muy queda, aunque un nudo
de dolor sus lenguas ata.
Llora el aya Filomena
y se conmueve Renata.)

ARIEL. Madre, ¿por qué lloráis, si soy dichoso?
¿Por qué, si de la vida libertándome,
para siempre os redimo?
Ya lo sabéis, Villena: era mi madre
la que vos ofendisteis una noche.

VILLE. Perdón.

ARIEL. Para que a mí me perdonasen,
a todos perdoné, que amor fuí todo
y desamor no tuve para nadie.
Don Diego, Carolina: siento un frío
y un bienestar muy suaves,
que parecen hacerme transparente,
sin peso, como el alma o como el aire.
Es la muerte que llega;
no la impidáis que pase.

CARM. ¡No morirás, Ariel! ¡Para que vivas
está tu madre aquí!

ARIEL. Pero ya es tarde.
Nada podréis hacer.

CARO. ¿Y yo, no puedo?

ARIEL. Las dos la misma cosa: recordarme.

(Mirando a Carolina dulcemente
y sonriendo generoso y grave.)

¡Bella estás, Carolina,
vistiendo el blanco traje!
¡Mira lo que es el mundo! Con tu ramo
de rosas y de azahares,
adornarán el ataúd del novio
tus manos virginales
¡Quién te lo iba a decir! Pero no llores.
A Lauro le encomiendo consolarte.

(A Lauro, que, en silencio,
se acongoja mirándole.)

Pongo bajo tu guarda un alma pura
que no me hizo otro daño que adorarme.
Cuídala bien, y cuando, ya dichosos,
viváis en comunión y el tiempo pase,
hablad alguna vez de aquel hermano
que tanto os quiso y que acabó matándose.

¡Oh, qué dulce es morir en primavera,
cuando las flores abren,
cuando suben al cielo los perfumes
y de sus nidos las alondras salen!

RENAT. Su alma es otra flor.

FILOM. Otro perfume.

RENAT. ¡Es una alondra que las alas bate!

ARIEL. Adiós, madre, Don Diego, Carolina.
Adiós a todos los que, amándome,
lloráis desesperados mientras yo
sonrío en este instante.
Mi vida no fué más que una quimera,
y ya se desvanece... Va borrándose
como el iris del arco, con el limbo
de los que mueren mártires.
¡Luz!... ¡Más luz!... ¡Un rayo que me alumbre
en el último viaje!...

*(Un rayo de sol vivo
entra, por la ventana, a iluminarle.
Pausa. Breve estertor. Ariel expira.
Floro, que observa el pulso, levantándose:)*

FLORO. ¡Silencio! Ariel ha muerto.

FILOM. ¡Una plegaria
para que el cielo alcance!

LAURO. ¡Desgraciado!

DIEGO. ¡Hijo mío!

FILOM. ¡Si parece
que se ha dormido, el ángel!

RENAT. Ponedle entre las manos una cruz.

CARO. ¡La que él me regaló para casarme!

*(Quitándose del cuello una cadena
con una cruz de perlas y diamantes,
le abre las manos, y al abrirlas,
el medallón que aprisionaban, cáese.)*

¿Qué es esto? ¡Cielo santo! ¡Una mujer!
(Mirando a Ariel.)
¡Tenías una amante!

*(Silencio. Todos rezan
en torno del doncel, arrodillándose,
y la voz de la misma postulanta
que se ha escuchado ya, dice en la calle:)*

VOZ M. *(Dentro.)*
¡Para la Cruz de Mayo, una limosna,
y que Dios os lo pague!

*(Carmen, que en tierra estaba como ausente
de lo que no fuera su dolor, alzándose
de pronto, clama y gime
con dramático arranque:)*

CARM. ¡Ariel! ¡Oye, hijo mío! ¡Escucha y mírame!
¡Mira que soy tu madre
y que quiero sentir entre mis dedos
de la fiebre las llamas abrasándote!
¡Que te sienta latir el corazón
y que sienta tus sienes palpitarte!

*(Le palpa como loca, poseída,
las ropas y las carnes.*

*Le coge entre las manos la cabeza
y se queda mirándole.)*

¡Ahora, que al fin podía
hijo mío llamarte,
huyes de mí, te vas y me castigas
sola y triste dejándome!
¡No te vayas, Ariel! ¡Mi única vida
es la muerte! ¡La muerte acompañándote!
¡Abre los ojos! Mírame y que pueda
en tus pupilas contemplarme
cual no pude jamás. ¡Claros espejos,
únicos en que nunca me mirase!

*(Pausa .Empieza a lo lejos
un ruido de campanas a escucharse.)*

¡Se estremece!... Los mueve...
Lentamente los abre.
Ya me contemplo en ellos.
Ya los veo mirándome.
Pero ¿por qué los clavas de este modo,
tan negros y tan grandes?
¡No me mires así, que me da espanto!
¡Ciérralos! ¡Ciérralos, que soy cobarde!
¡Ciérralos, que se clavan en mi alma,
acuchillando sin piedad mi carne!
¡Ciérralos, que me miran y parece
que lloran acusándome!
¡Oh, sí! ¡Tienes razón! ¡Estoy maldita!
¡Yo sola fuí quien derramó tu sangre!

*(Suelta de pronto la cabeza al muerto,
y cae rígida, al suelo, desplomándose,*

Sensación en escena. Telón rápido
y atronar de campanas matinales.
Así termina el folletín dramático.
Que Dios y la fortuna le acompañen.)

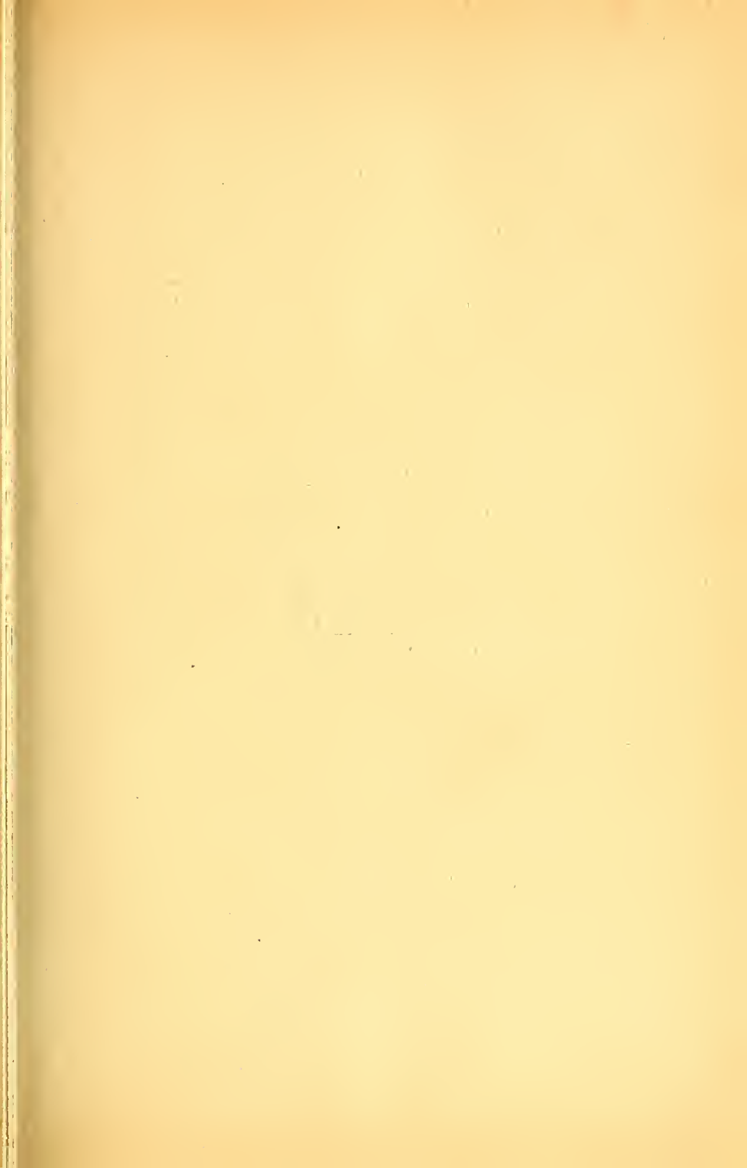
FIN DE "EL DONCEL ROMANTICO"

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. J. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraord.), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
32 *La española que jué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Cómo buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La Raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor* o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortitiago Rusiñol y G. M. Sierra.
io, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La peña*, por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.





Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.


TEATRO
ODERNO
LUIS
FERNANDEZ
ARDAVIN.
V. de S.
EL
DONCEL
ROMÁNTICO
ISA MODERNA
50 CENTIMOS




EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 13 agosto 1927 NÚM. 101
L. Fernández Ardavín
EL DONCEL
ROMÁNTICO
FOLLETÍN ESCÉNICO EN CINCO
CAPÍTULOS Y EN VERSO
Estrenado en el Teatro de la Princesa, de
Madrid, el día 18 de noviembre de 1922
PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Carmen Sevillano	Sra.	*María Guerrero.*
Carolina	Srta.	*Josefina Tapias.*
Renata (Camarera de Carmen)...	"	*María Hermosa.*
Filomena (Aya de Ariel)	"	*Pilar Pérez.*
Una camarera	"	*Mariana Larrabeiti.*
La Suripanta	"	*Amalia Férriz.*
Madama 1.ª	"	*María Guerrero López.*
Madama 2.ª	"	*Carmen Larrabeiti.*
Una voz de mujer	"	*Paquita Alcántara.*
Ariel (Vizconde de Camporreal).	Sr.	*Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero.*
Lauro, el navegante	"	*Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero.*
Don Diego de Saldaña	"	*Fernando Díaz de Mendoza.*
El Capitán Villena	"	*José González Marín.*
El Conde	"	*Ricardo Juste.*
El Doctor Floro	"	*Evaristo Vedia.*
Narciso	"	*García Ortega.*
El boticario	"	*José Ruiz Capilla.*
El Barón	"	*Ramón Guerrero.*
Galán 1.º	"	*Juan Vázquez.*
Galán 2.º	"	*Angel Ortega.*
Caballero 1.º	"	*Idem.*
Caballero 2.º	"	*Juan Vázquez.*

Espectadores y damas. La acción en Madrid, en 1837.

CAPITULO PRIMERO

EL CABALLERO MISTERIOSO

DECORACION DEL CAPITULO PRIMERO

La escena es el vestíbulo del teatro del Príncipe,
en los tiempos de Larra y de Matilde Díez.
Un gran arco en el foro, con cortinas de grana,
que deja ver algunas lunetas de la sala;
y dos puertas menores, con el arco simétricas,
que simulan dar paso a los palcos plateas.
A la siniestra mano, la entrada de la calle
y el ropero. A la diestra, en una curva entrante,
una botillería. Taburetes y mesas
llenan, en primer término, un tercio de la escena;
y han de verse después—llegado el entreacto—
ocupadas por los pulidos currutacos.
Donde escuchó Comella resonantes rechiflas
y triunfó Moratín con "El sí de las niñas",
triunfan hoy los románticos. Hay oscuros divanes,
y en el techo, girándolas y arañas de cristales;
que el alumbrado es, como de tales tiempos,
con aceite y bujías, con velas y mecheros.
Y todo lo patina ese añejo color
que aun conserva el vestíbulo del teatro Español.

Es de noche, y ha rato que empezó la comedia.
En el ropero hay una graciosa *Camarera*
para coger las ropas. Y en el oscuro hueco
de la botillería dormita el *Botillero*.
Se levanta el telón. Hay una breve pausa.
Llegan *dos Caballeros* en pos de *dos Madamas*,
y mientras van sus chales y sus capas dejando,
dan comienzo los versos del folletín dramático.

MAD. 1.ª ¿Ha empezado?
CAMA. En este instante
la cortina se descorre.
MAD. 2.ª La sala estará brillante.

CAMA. Como cuando el comediante
se llama Carlos Latorre.
MAD. 1.ª Dicen que si es bello el drama
que así conquistó la fama,
es más joven el autor.
MAD. 2.ª Y el drama, ¿cómo se llama?
CAB. 1.º ¿Quién lo ignora? "El Trovador".
MAD. 1.ª Pues corramos a ocupar
cada cual nuestra luneta,
que, con la última cuarteta,
sale, pálido, a escuchar
los aplausos el poeta.
(Vanse, y entra el Barón
—un viejo de sainete—
con una Suripanta
llamativa y alegre.)
SURIP. *(A la guardarropa.)*
¿Sabéis si vino ya la Sevillano?
CAMA. Aún no la vi pasar.
SURIP. *(Al Barón.)*
¿Lo veis, marido?
Teméis tarde llegar, y aun no ha venido
la que es ejemplo del Madrid mundano.
No es de buen tono madrugar, barón;
ni está el gran mundo a la primera hora.
BARON. ¡Pero es lo natural, noble señora,
no llegar cuando bajan el telón!
(Vanse.)
(Aparece el Vizconde Camporreal
con Lauro, el navegante.
Ambos tienen un porte mundanal:
azul de Prusia el frac; chaleco de ante;
leontina, botín, chistera, guante,
y capa señorial
que, del hombro al caer, pliega elegante.
No se sabe de cuál
es más la impetuosa adolescencia,
y apenas en los dos se apunta el bozo.
¡Si carece el Vizconde de experiencia,
Lauro carece más, porque es más mozo!)
ARIEL. Os digo, Lauro, que latió aquí dentro
la sorpresa de hallar tan buen amigo.
LAURO. Ariel: también yo digo
que latió el corazón con el encuentro.

(La camarera toma de ambos la capa y la chistera.)

ARIEL. Unida a mi niñez vuestra memoria
cual si Lauro y Ariel fueran el mismo,
con la separación se abrió un abismo,
y, al vernos hoy, reanudé la historia.
¿Recordáis al extraño caballero
que vino en busca mía al Seminario
de Nobles?

LAURO. ¿El hidalgo extraordinario,
de oscuro paletó y amplio sombrero,
con quien fuisteis a Francia?
Recuerdo bien.

ARIEL. Pero ignoráis quién era.

LAURO. Sólo sé que, al llevaros la galera,
verdugo le juzgué de vuestra infancia.
Mas, si no acabó el acto todavía,
entremos a ocupar nuestra platea.

ARIEL. Estar a solas mi ilusión desea
y hablar con vos aquí me placería.

LAURO. ¿Os cansa "El Trovador"?

ARIEL. Le vi tres veces
y prefiero esta noche, Lauro amigo,
aquí esperar. Y si os quedáis conmigo
la fausta noche colmaréis con creces.

LAURO. ¿Esperáis?

ARIEL. Impaciente y sin paciencia.

LAURO. Luego, ¿venís?...

ARIEL. Por quien que venga espero.

LAURO. Pues quedo aquí. Pero, entretanto, quiero
me contéis vuestra ausencia.
Bebiendo engañaremos la impaciencia.

(Toma asiento. El Botillero acude con astuta diligencia.)

BOTILL. ¿Burdeos? ¿Marrasquino?

LAURO. Aloja fría.

BOTILL. Todo está fresco en mi botillería
como se lo merece su excelencia.

(El Botillero, con andar de pato, va hacia su bien repleta estantería.)

ARIEL. Mi ausencia fué una eterna rebeldía
a todo lo sensato,
en la que, altivo, pero nunca ingrato,

la sangre por mis venas se prendía.
El hombre aquel del paletó, tan noble,
que me dió con su nombre su cariño,
cuidó el ligero corazón de un niño
con su macizo corazón de roble.
Quiso alejarme del solar nativo
y del pesar de los que el ser me dieron.
Y, errantes siempre, por el mundo fueron
el viejo noble y el doncel altivo.
Solos los dos, expatriado el viejo
por sentencias políticas, los años
borraron sus antiguos desengaños
como el paño se borra de un espejo.
Su olvido y el amor que, en tierra extraña,
hacia mi patria en mi ilusión crecía,
le hicieron acogerse a la amnistía
para volver a España.
Y aquí nos tenéis ya. No hace dos lunas
que, palpitante el corazón de gozo,
emprendimos la vuelta, yo más mozo
y él, más nevadas sus patillas brunas.

(Dice el siguiente trozo
con el ardor del que corrió en las tunas.)

Siete caballos normandos arrastraban la galera
Al viento daban las crines y el bridal y la collera
Vertiginosos ganaban, al galope, la frontera,
y atrás dejaban los llanos de la campiña extran-
[jera
Juraban los postillones entocados de casaca.
Temblaban dos madaminas. Plañía una vieja
[flaca
Cantaban los artesanos, que viajaban en la baca
y gozaban los placeres del porrón y la petaca
Tolvaneras y ventiscas nos cegaban el camino
y arrollaban el tabardo sobre el pobre peregrino
Un alto en cada posada y un posadero ladino
que ofrecía, a los viajeros, buen yantar y mejor
[vino.
La galera, sobre el puente, se copiaba en un es-
[pejo.
Trepidaban los cristales; rechinaba el eje viejo,
y al cruzar, escandalosa, por la plaza del con-
[cejo,
con su ruido encabritaba la muleta y el potrejo.

Día y noche, de este modo, más de tres fueron
[pasados
que emprendimos el regreso los hidalgos emi-
[grados,
cuando, al fin, un alba clara, por los vidrios em-
[pañados,
vimos de Irún nebuloso dibujarse los tejados.
¡Era España! ¡La indomable! ¡La Vasconia gue-
[rrillera,
siempre altiva en su peñasca, montaraz y mari-
[nera!
¡Y al botar, sobre los guijos españoles, la galera,
cada casco dió una chispa y un tirón cada co-
[llera!
Luego, Burgos; las estepas y los llanos palenti-
[nos.
¡La amplia vega! ¡El ancho Duero! ¡Las reta-
[mas! ¡Los espinos!
¡Los arrieros de Riaza! ¡Somosierra con sus
[pinos,
y el Alcázar de Madrid, que atalaya los caminos!
¡Oh, hermosa España! ¡Indomable carpetana,
[recia y dura!
¡La brava en las serranías y serena en la llanura!
¡Sólo al volver a pisarla, tras de ausencia y des-
[ventura,
se siente resucitar el poder de su hermosura!

(Transición.)

Mas no me pareciera tan hermosa
si no brillara el singular lucero
de una mujer a quien tomé por diosa.

LAURO. ¿Una mujer, decís?

ARIEL. A la que espero.

LAURO. ¡Siempre la misma juvenil querella!
¿Quién es la bella dama?

ARIEL. Sólo sé quién es ella;
pero ignoro, cual vos, cómo se llama.
La que siendo un poniente esplendoroso
me cautiva de amor apenas llego;
la que me tiene, sin querer, celoso,
y la que a mi tutor quita el sosiego.

LAURO. ¿El sosiego al tutor?

ARIEL. Sí, Lauro amigo.
El dice que es locura mi porfía

y ciega insensatez; mas yo le digo
que, ceguera o locura, es mi alegría.
(Llenas las copas, el Botillero
se hace a un costado
y escucha atento, que el caballero
le ha cautivado.)
Si en el Príncipe luce en su platea,
nubla toda figura cortesana;
y si baja a la Fuente Castellana,
no hay un gigante al que detrás no vea.
Si asoma, a ver el campo, en la Armería,
alféreces acuden y palomas;
que su perfume, de aromadas pomas,
atrae las aves y la galanía.
Si sube a pasear al Buen Retiro,
se inclinan en las fuentes los tritones,
acarician las rosas sus tacones
y de cada vergel sale un suspiro.
Hay un extraño modo en su elegancia
y una tal distinción cuando saluda,
que, al sonreírle, quien la mira, duda
si está en Madrid o si en París de Francia.
Sobrepasa la edad de las pasiones;
es jardín otoñal, fruto maduro;
y es tanto su poder, que, a su conjuro,
rindiéndosele van los corazones.
Y aun raro enigma, para mí, la dama
que así luce de todos pretendida,
no he de deciros que sabré en seguida
quién es y cómo la beldad se llama.

LAURO. Así será mientras amor aliente.
No sé de quién habláis, pero, quien sea,
no puede resistirse a la presea
de vuestro verbo arrollador y ardiente.
Pues libre sois, en ocasión como esta
—rival de la tirana tutoría—,
seguro de ganar, yo apostaría
por el triunfo de Ariel.

ARIEL. ¡Vaya la apuesta!
(Como en una novela de Dumas,
levantan las copas los dos caballeros
derramando las blancas espumas.
¡Sólo falta el chambergo de plumas
y el mostacho de los mosqueteros!)

LAURO. ¡Por la desconocida y el doncel!
ARIEL. ¡Por el doncel y la desconocida!
¡O Ariel la logra, a su pasión rendida,
o da su vida, por rendirla, Ariel!
(Aparece Don Diego de Saldaña,
que, sigilosamente,
va deslizando su figura extraña,
misterioso, embozado, lentamente.
Párase junto a Ariel sin ser oído,
y corta su ademán en el momento
en que aquél va a beber. Tan sorprendido
queda el joven Ariel, que en el asiento
permanece un instante enmudecido,
sin osar movimiento.)
DIEGO. No brindes, Ariel, en vano.
ARIEL. ¡Mi tutor!
DIEGO. ¿Qué? ¿Te importuna
cuide de si está en tu mano
la desgracia o la fortuna?
¡Te has prendado de la luna,
y está tu amor tan lejano
que es no más una querella!
¡Te lo suplico otra vez!
¡Tu dama es como una estrella,
y el enamorarte de ella
la mayor insensatez!
(Ariel, al mirar, destella
repuesto de su mudez,
y dice, con altivez,
como buscando querella:)
ARIEL. ¿Sois mi tutor o mi juez?
¿Por qué suponéis locura
si, a mi edad, el ansia loca
del amor y la hermosura
me tortura
por aprisionar su boca?
¿Cómo ha de serlo que quiera,
si es de carne, a una mujer?
DIEGO. Porque es de carne, ha de ser
para ti sólo quimera
ARIEL. Pues, o poco he de poder,
o, aunque me cueste la vida,
mía la tengo que hacer.
¡Lo juro! ¡Pues si me cuesta...!

DIEGO. *(Atajándole.)*
No jures, Ariel. Apuesta,
pero no jures. Y olvida,
que ella es...

ARIEL. ¿Quién?

DIEGO. ¡La prohibida!
Adiós, Ariel; ya te dejo.
Que, aunque olvidarlo procures,
no te ha faltado el consejo
de este viejo.
Y apuesta... ¡pero no jures!
*(El hidalgo se va como ha venido:
misterioso, sin hacer ruido.
Queda Ariel silencioso y abstraído.)*

LAURO. Extraña aparición la de ese hombre.
Más que un prócer hidalgo,
se diría un espectro de comedia
que por los muros se ha filtrado.
De cierto, amigo, que por bien que sea
la protección del viejo, ni mis años
de mocedad rebelde, ni mi sangre,
ni mi espíritu inquieto y despegado
de toda disciplina, sufrirían
tal vigilancia ni consejos tantos.
¿Manda tal sobre vos? ¿Tal os domina?
(Transición.)
Pero ¿no me escucháis? Estoy hablando.

ARIEL. Y escuchándoos estoy.

LAURO. Pues dad prudencias
y miedos de tutores al diablo.
Entremos ya. La que aguardáis no llega.

ARIEL. Vine a esperar y espero.

LAURO. Será en vano.

ARIEL. No lo será. Mi corazón me anuncia
que ella está cerca ya. Tiembla mi mano
como un ave al extremo de una rama.

LAURO. ¡Y os habéis puesto pálido!
¿Qué os pasa, amigo mío?

ARIEL. Que la extraña
desconocida, que anhelante aguardo,
irradia en torno su perfume y llega
como una reina ante quien abren paso.
¿Veis cómo no faltó? ¡Miradla! ¡Es ella!
(Tiende, absorto, la mano

hacia la entrada de la calle, y tiembla mostrando a la que ve. Le sigue Lauro con los ojos y exclama sorprendido.)

LAURO. ¿Esa mujer? ¡Si es Carmen Sevillano!
ARIEL. ¿La conocéis?
LAURO. Ha tiempo.
ARIEL. Entonces...
LAURO. Pero
no a la cándida flor que va a su lado.
ARIEL. ¡Pues habéis de lograr que hable con ella
o dudaré de la amistad de Lauro!
*(Cual Juno y Hebe, que vestido hubieran
miriñaque anacrónico y romántico,
Carmen y Carolina crujen seda
atravesando el escenario.
El Conde las va en pos, y con el Conde,
dos galanes; total, tres gallipavos.
Contemplando pasar este cortejo
no salen de su asombro Ariel y Lauro.)*
ARIEL. ¡Oh, Lauro, qué mujer tan esplendente!
LAURO. ¡Oh, Ariel, qué criatura tan divina!
ARIEL. ¡Es el vivo lucero del poniente!
LAURO. ¡Es la pálida estrella matutina!
*(Con su séquito, Carmen
penetra por el arco de los palcos,
y Ariel suplica, lleno
de ardoroso entusiasmo.)*
ARIEL. ¡Presentadme! ¡El amor no admite espera!
LAURO. Esta noche tendremos ocasión;
que no es justo padezca un corazón
por beldad tan liviana y tan ligera.
ARIEL. *(Con extrañeza.)*
¿Liviana, Lauro? Por liviano creo
lo que es cosa de todos, y esta dama
es...
LAURO Eso que decís. Ganó su fama
en más de un escabroso devaneo.
ARIEL. ¡De cierto, ni la flecha más aguda
hubiera mi ilusión tan malherido!
¡Me dejáis de un cabello suspendido
sobre el abismo negro de la duda!
LAURO. No os dejaré; pero a su tiempo sea.
El acto acaba, y lo prudente, ahora,
es vayamos a ver en su platea

lucir vos el poniente, yo la aurora.

ARIEL. Id solo si queréis. Yo aquí me quedo.

LAURO. ¿Os ofrece el descanso una ocasión
de verla, y no queréis?

ARIEL. Sí; mas no puedo.

LAURO. ¿Qué os lo impide?

ARIEL. Vuestra revelación.

LAURO. ¿Por ella renunciáis a la belleza?

ARIEL. No renuncio; jamás renunciaría.
Pero, si entro en la sala, no sabría
más que hacerme notar por mi torpeza.
Que el entreacto aprovechéis, es justo;
conque marchad sin mí, que viene gente.

LAURO. ¡Pues de nada tomáis tan gran disgusto,
con Dios quedad aquí, doncel doliente!
(Vase Lauro. Ariel se queda
solitario en su pesar.
Empiezan a salir gentes
a conversar y a fumar;
y llamando al Botillero
con irónica altivez,
pide otro vaso, mas no
de aloja fría esta vez.)

ARIEL. ¡Llevaos, para un mesón,
este maldito brebaje!

BOTILL. ¡Excelencia, si es limón
con canela y con terrón,
como se usa al estiaje!

ARIEL. Bueno será en el verano
y mejor en el infierno;
pero en invierno no es sano,
y no lo alabéis en vano,
que ahora estamos en invierno.
Procuradme una bebida
capaz de hacer olvidar
lo que en frío no se olvida.

BOTILL. Al punto será servida.
(La busca y vuelve en seguida.)

ARIEL. Y bien se os ha de pagar.
(Antes que acaben de hablar
en la copa está servida.)
(Ariel, de angustia presa,
apenas si del liquidó ha probado,
cuando un grupo de amigos se ha sentado

en la vecina mesa:
El Capitán Villena, militar;
Floro, doctor en Medicina,
y Narciso, un vulgar
espectador que no se determina.)

VILLE. ¡Bella está la Sevillano!

FLORO. Más bella y resplandeciente,
cuanto, al decir de la gente,
más pasa de mano en mano.

(Al escuchar la magia de aquel nombre
Ariel escucha atento,
y el niño se hace un hombre
por un momento.)

NARCI. De cierto está bien pasada.
¡No en balde cumplió cuarenta!

VILLE. Narciso, tened en cuenta
que fruta un poco picada
tiene más vivo el sabor
que la temprano cogida,
y que la mujer corrida,
cuanto más sepa, mejor.

ARIEL. *(Para sí.)*
Han venido a devorar
tres grajos a una mujer.
¡O muy poco he de poder,
o los tengo que espantar!
(Alto.)
¡Servidme más, botillero!

BOTILE. ¡Allá voy!

VILLE. ¿Servís aquí?

ARIEL. *(Interviniendo, altanero.)*
¡Primero me sirve a mí,
que soy el que está primero!

(No ha querido el de Villena
fijarse en el colegial,
y la comenzada escena
sigue en su tono normal.)

VILLE. Os digo que es insegura
tanto como original,
y que no hay mujer igual
en amor y en donosura.
Y es digna de admiración
su curiosa incontinencia:
¡esta noche a un excelencia

se trajo de rodrigón!

FLORO. ¿Qué turno le corresponde
al conde?

VILLE. El de la docena.

NARCI. ¡Y aun diréis que es fruta buena
la fruta que coge el conde!

FLORO. Al menos, por su hermosura.

VILLE. Y por su azarosa vida.

NARCI. ¿Es larga?

VILLE. Y es divertida,
según por ahí se murmura.

NARCI. Pues contadnos algo de ella
mientras alzan el telón.

VILLE. ¿Y si sale el rodrigón
a defender... la doncella?

*(Se ríen los tres por esto.
Lo oye Ariel, y frunce el gesto,
que está a retarlos dispuesto.)*

BOTILL. *(Por la bebida:)*
¿Tampoco es de vuestro agrado?

ARIEL. ¿Por qué me lo preguntáis?

BOTILL. Porque parece que estáis
cada vez más disgustado.

ARIEL. ¡Es que en la vecina mesa
oigo hablar villanamente,
y estoy de más impaciente,
pues lo que hablan me interesa!
¡Y si siguen desbarrando
caro les ha de costar,
porque no podré callar
más de lo que estoy callando!

*(Los sirvió el Botillero. Se derrama
de las copas el vino. El capitán
cuenta la historia de la dama.
Todos atentos al relato están.)*

VILLE. Tantos son de la dama los amores
como las flores
de un jardín,
o como las entregas numerosas
del más voluminoso folletín.
No a la manera de Saint-Pierre, el cándido,
sino a la del diabólico Prevost,
o a la de ese Alejandro Dumas, hijo,
que ahora, en París, oscureció a los dos.

Hija la dama de familia ilustre,
su padre era el placer,
y era la madre, a la española usanza,
la austeridad en el deber.
Y mientras ésta, piadosamente,
la enseñaba a rezar,
el padre la iniciaba en la epicúrea
filosofía de saber gozar.
Cultivaba el espíritu ingenioso
de su curiosa juventud,
y la enseñaba el arte y la armonía
del clave y del laúd.
Cambió los libros de oración por otros
de amor y liviandad,
y cuidóse de hacerla una adorable
mujer de sociedad.
Dominaba el francés y el italiano
—lenguajes del ensueño y del amor—,
y era su voz tan engañosa y dulce
como el trinar del ruiseñor.
Cantaba, acariciante y persuasiva,
y en la gavota deslizaba el pie
con toda la elegancia del imperio
de madame Recamier.
Tan suave era su trato, y su palabra
de tanta amenidad,
que, sin perder la sencillez, sabía
imponer majestad.
En escribir, para el amor, epístolas,
cuidaba un tal estilo mantener,
que, diciéndolo todo, la inocencia
las podía leer.
Daba muy poco tiempo a su tocado
—¡tenía tantos medios de agradar!—,
y aun con eso era el astro de elegancia
que imponía la moda, a su pesar.
Y, en fin, tan gran espíritu engarzado
en el más bello cuerpo de mujer,
la hicieron ser envidia de las damas,
y de los hombres el deleite ser

(Pausa. Bebe el de Villena.
Floro otra copa le llena.
Habla el Botillero con
el doncel. Animación

de espectadores, al foro,
que llenan la interrupción
de murmullos, como un coro.)

BOTILL. Caballero, vuestro enojo
tanto elogio desvanece.

ARIEL. ¡Cuanto más hablan, más crece
mi enojo, y más me sonrojo
de lo que al lado acontece!
(Acabado el comento,
prosigue el de Villena con su cuento.)

VILLE. Huérfana ya, de sus acciones dueña,
a pasar los otoños fué a París.
y pronto conquistó la misma fama,
en los jardines del Rey Luis.
Cabalgó por el Bosque de Bolonia
luciéndose en un potro cordobés,
con caireles, zajones, castoreño,
y una divisa en el arnés.
Amiga fué de artistas y poetas,
las mieles del amor saboreó,
y encendió tal pasión en un Cherburgo.
que con ella el Cherburgo se casó.
Mas, pronto, su flaqueza femenina
vino tal esplendor a oscurecer:
era inconstante como el blando céfiro
que la espadaña hace mover.
La abandonó el esposo, y desde entonces,
en el Retiro o en el Trianón,
en la corte francesa o española,
pródiga fué del corazón.
Y aun siendo la inconstante censurada,
es tan subyugadora la mujer,
que no hay fiesta, sarao ni cacería,
sin que ella, dando el tono, se haga ver.
Bauer y Salamanca la protegen
con singular delectación,
y la escriben endechas y epigramas
Espronceda y Bretón.
Frecuenta los saraos de Fernán-Núñez,
y los salones de la Buschental,
y para Venus se ofreció a Madrazo,
que la pintó sin el menor cendal.
(Ariel, que ha agotado su paciencia,
salta al fin y apostrofa al capitán;

pero éste le desprecia; ¿cómo puede a un tal adolescente contestar?)
Y en fin, se murmura tanto...

RIEL. Tanto, en verdad, se murmura
que lo escucho con espanto.

LORO. ¿Con espanto? ¿Es que sois santo
y os espanta la hermosura?

RIEL. Es que me falta paciencia
como a todo caballero.

LORO. Pues cuide vuestra inocencia
no decir una insolencia.

RIEL. ¿Y si decírosla quiero?

ILLE. Os tomáis sofocaciones
por bravatas infantiles,
cuando estas provocaciones
y aquellas reputaciones
cosas son harto pueriles;
pues si el mozo la defiende,
espera paga sobrada,
porque, al retarnos pretende
que, quien sus cuitas no atiende,
las oiga, al fin, obligada.

RIEL. Ni paga tan ruin espero
ni que infantiles llaméis
a mis bravatas, tolero.

ILLE. ¡Gracioso está el mosquetero!
¿Es que matarme queréis?

RIEL. Justamente.

ILLE. Bien pensado.

RIEL. Y de la dama que fué
origen de esta querella,
puedo aseguraros que
jamás me vió, ni crucé
una palabra con ella.

ILLE. Pues que hoy la crucéis confío.
Y, en fin, ardiente galán:
perdonad si me sonrío
y no tomo en cuenta el brío
del biznieto de Artagnán.

(A tiempo que los dos van
de altivez en altivez,
suben el tono a la vez,
el doncel y el capitán.
Y para escuchar la riña,

que interesante va siendo,
la gente, que ha ido saliendo,
en torno de ellos se apiña.)

ARIEL. Sonreíros. Y por hoy
acepto vuestra ironía;
mas, si mosquetero soy,
a demostrároslo voy
con esta mosquetería.

(Su guante al rostro le arroja.
La gente se sobrecoge.
El capitán lo recoge
y apenas si se sonroja.)

VILLE. Por la fuerza me obligáis.
Lo recojo y me lo ciño.
Todos presentes estáis
y espero que me absolváis
si, a la fuerza, mato a un niño.

ARIEL. Y sed testigos también
de que a una dama ofendió.

NARCI. *(Interviniendo.)*
Sí, era la...

ARIEL. *(Atajándole.)*
No importa quién.
Pero decid si hizo bien
quien por fuerza le retó.

VILLE. Acabemos.

ARIEL. Acabemos
si así os place, capitán.

VILLE. En el campo nos veremos.

ARIEL. *(Con ironía.)*
Y si merezco, sabremos,
ser biznieto de Artagnán.

(Vanse Villena y los suyos.
El grupo se va aclarando,
porque una campana anuncia
que empieza el segundo acto.
Al despedirse la gente,
lo que vió va comentando.)

MAD. 1.ª El mozo es bien parecido.

MAD. 2.ª Y caballero.

MAD. 1.ª Y valiente.

CAB. 1.º Y aunque doncel, ha sabido
humillar al maldiciente.

(Entre las gentes,

a codazos,
Lauro, de pronto,
se abre paso.
La escena se despeja
y Lauro y el Vizconde a solas quedan.)

LAURO. ¿Qué hicisteis? El escándalo fué tanto, y de tal [ruido,
qué, veloz, por la sala del teatro ha corrido
y todos lo comentan. Yo acudí apresurado
por el rumor.

ARIEL. No sé. De mi impulso llevado,
le apostrofé. Tan viva la luz ardió en lo oscuro
de mi alma, ante el nombre de esa mujer, que [os juro
morir o darle muerte.

LAURO. ¡Por una aventurera!

ARIEL. No podréis comprenderlo jamás. Aunque lo [fuera;
aunque todos lo digan y aunque mi corazón
también lo presentía, no puede la razón,
con la arena movible de su fragilidad,
contener el torrente de la fatalidad.
Y es la fatalidad, que mi tutor presiente
en forma de mujer, la que empuja el torrente.
Mas, por nada del mundo se cambiará mi idea.
Favorable o adverso, lo que haya de ser, sea.

LAURO. Vayámonos. Que el aire serene vuestra frente,
y con el nuevo día se amansará el torrente.

ARIEL. ¿Irnos sin verla? ¡Nunca! Con ella hemos de [hablar.
Así lo prometisteis y no se ha de acabar
la comedia sin antes haberlo conseguido.

LAURO. Imposible.

ARIEL. ¿Imposible?

LAURO. El escándalo ha sido
tal, que todos los ojos habránse detenido
en ella.

ARIEL ¿Y qué?

LAURO. Que hablarla sería incorrec- [ción.

ARIEL. ¡No sé de incorrecciones si media el corazón!
¿Es que puede ofenderla que la defiendan de
una ofensa? ¿Es que, acaso, debí callar? ¿Es que
tan negro y tan podrido y tan mísero es todo

que se repara, más que en el hecho, en el modo?
¡Oh, no, Lauro; no puede ser eso que decís!
O no la conocéis, o a sabiendas mentís,
¿Cómo ha de reprobar lo que toda mujer,
rendida al homenaje, nos ha de agradecer?
Mas ya que no queréis que arrostre la fortuna
de hablar con ella, vámonos. A la luz de la luna
la esperaré embozado, aunque bajo el embozo,
me venda el corazón palpitante de gozo.

(En el ropero toman sus capas
con los embozos a lo Almaviva,
y al embozarse quedan suspensos
entre la sombra que los esquiva;
pues por el arco de las plateas,
con el cortejo de sus galanes,
como una reina, la Sevillano
sale entre joyas y tafetanes.
Tras de sus pasos va Carolina,
y, con el susto, tan presurosa,
que, entre las gasas de su descote,
temblaba encendida como una rosa.)

CARO. ¡Oh, qué vergüenza! ¡Un duelo!
GAL. 1.° Un desafío que traera revuelo
y aun acaso, la muerte.
CONDE. *(A Carmen.)*
Rival terrible, por su mala suerte,
tiene el doncel que os demostró tal celo.
CARM. *(Al Conde.)*
Y vos mayor rival. Pues si, ha un instante,
un mozo extraño defendió a una dama,
vergüenza es para vos, siendo el amante
de la protagonista de este drama.
CONDE. ¿Os place el barbilindo petulante?
CARM. Ni se quién es, ni sé cómo se llama;
pero me ha defendido, y ya es bastante.

(Se acercan todos hasta el ropero.
Les da sus ropas la camarera.
Y para verlos, a la salida,
los embozados fingen espera.)

GAL. 1.° Lástima no asistierais a la escena
en la que, frente a frente,
retó el mancebo al capitán Villena.
GAL. 2.° Ganó las simpatías de la gente.

CAMA. Y, ciertamente,
no hay doncel de tan bello continente.
LAURO. *(Aparte.)*
¿Oís, Ariel?
ARIEL. *(Idem.)*
Halagadoramente.
CARM. Apresurad, señores. Tal ha sido
el pesar que he sufrido,
que esta noche quisiera
no haber venido.
Mas, ya que todo fué de esta manera,
que apresuréis os pido.
No está bien que nos miren. Vamos fuera.
¡Aunque es otro pesar no haber podido
conocer al que así me ha defendido!
(Ariel avanza decidido.)
ARIEL. Señora: si el que espera,
temiendo que el amor le haya vendido,
descubrirse temiera,
¿será, al dejarse ver, bien recibido?
CARM. Si así lo ha merecido,
quien le ha de recibir, le recibiera.
ARIEL. *(Descubriéndose.)*
Pues aquí me tenéis; yo solo he sido.
CARM. ¡Vos! ¡Tan niño!
LAURO. *(Descubriéndose a su vez.)*
Tan niño y ha sabido
mostrarse un hombre en la ocasión primera.
(Presentándolos.)
Camporreal, el Vizconde
y Carmen Sevillano.
CARM. *(A Ariel.)*
Alguna vez os vi, mas no sé dónde.
Vizconde Camporreal, ésta es mi mano.
*(El la besa la mano como un príncipe.
Ella le mira impertinentemente
por los aros de concha. Hay una pausa
en la que Ariel se siente
observado por todos, y no sabe
qué hacer ni qué decir. Tímidamente
va demostrando que, a pesar de todo,
en verdad no es más que un adolescente.)*
(Para sí.)
En verdad que el doncel de la querella

tiene tal apostura,
que parece una tímida doncella.
Me place la hermosura
del paladín y soñaré con ella.

(Intencionadamente deja caer el guante.
Harto saben ya todos que, cuando se ha
[caído
es para que uno solo de todos lo levante.
El Conde y los galanes así lo han entendido
y se han distraído.
Ariel avanza un paso con la fina elegancia
del joven Bragelonne, en la corte de Francia
lo recoge del suelo con insegura mano
y lo da, tembloroso, a Carmen Sevillano.)

(Alto.)
La linda comedieta de los guantes
que dió principio antes
con un terrible duelo.
proseguís, al pasar unos instantes,
alzando el de una dama desde el suelo.
Quien el suyo arrojó, recoge ahora
el de otra mano.

ARIEL. Pero tal, señora,
que aunque mueve los dos igual motivo
por una misma mano seductora,
si aquél me mata, por el vuestro vivo.

(Parece que la dama su distracción extre-
[ma
porque se quede Ariel con el guante, y, así,
mientras él se lo tiende, da media vuelta y
finge olvidarlo y habla para cambiar de tema.
En cambio, Ariel, que muere por conservar
[el guante,
se aprovecha, escondiéndolo, de tan propicio
[instante.)

CARM. Espero que, con Lauro, honréis mañana
mi morada. Mi ahijada Carolina,
con los encantos de su edad temprana,
alumbra, como estrella matutina,
la vieja casa en donde el sol declina.
Habrá versos, tertulia y clavelino
para el que honrarnos quiera,
pues aunque yo, no siendo sol, también declino,
tiene mi antigua jaula el nuevo trino

de un pájaro cantor en primavera.
¡Que no faltéis espero,
ni hagáis con impaciencia se os aguarde!

ARIEL. ¡Antes, señora, cegará el lucero
de la tarde!

*(Vanse la Sevillano y su cortejo.
Empiezan a salir espectadores.
Villena, que salía, se ha parado
con su corte, también, de admiradores,
y ha visto cómo acaba la aventura
a juzgar por los versos anteriores.
Se acerca luego a Ariel y, frente a frente,
dice riendo, intencionadamente:)*

VILLE. Mirad, doncel, si con razón decía
que el bello gesto os cobraréis con creces.

ARIEL. Os digo que os vayáis, o todavía
quien os retó una vez, lo hará dos veces.

FLORO. *(Interviniendo.)*
De más es la porfía.

ARIEL. *(Fuera de sí.)*
¡De más las altiveces!

VILLE. Y el tono levantar, descortesía,
cuando están escuchando los amigos.

ARIEL. Pues en tono más bajo: Señoría,
como os he de matar, llevad testigos.

*(Da media vuelta y se dirige a Lauro
para salir con él. Pero Don Diego
se aparece otra vez, y en el instante
en que Ariel va a jurar, repite el juego.)*

Vámonos, Lauro. La partida empieza,
y pese a mi tutor y a sus augures,
se ha de rendir la singular belleza
o juro...

DIEGO. ¡Apuesta, Ariel, pero no jures!

*(Cuadro. Inmóvil Saldaña. Sensación,
y rápido descenso del telón.)*

FIN DEL CAPITULO PRIMERO

CAPITULO SEGUNDO

EL RUISEÑOR Y LA SERPIENTE

DECORACION DEL CAPITULO SEGUNDO

Un salón en la casa de Carmen Sevillano,
cuyo fondo, diáfano, da a una segunda escena
que simula un jardín invernal. Todo el vano,
un arco de cristales y listoncillos llena.
El estilo, con mezcla de Imperio y Directorio.
Los muebles, no excesivos, de suprema elegancia.
Y hasta en lo más pequeño y en lo más accesorio,
el trasunto más fiel de las modas de Francia.
Como sitial de un trono y en el lado derecho,
un estrado se eleva que a la casa da paso;
en él hay una puerta con cortina de raso
y una araña de vidrios a la mitad del techo.
Para ascender a él, pequeña escalinata
de estilo neoclásico; y, encima, en el rellano,
sillones y banquetas de gusto pompeyano,
y un frágil clavecino con las teclas de plata.
En lugar preferente de la escena, un espejo
de los llamados "Psiquis"—oval, de gran altura,
sostenido por dos columnillas—, fulgura
con sus patas doradas y su limpio reflejo.
Y sobre una consola de florido tallado,
de un fanal a través de los claros cristales,
se ve una Dolorosa que tiene atravesado
el pecho por la estrella de los siete puñales.
Cornucopias, vitrinas, una mesa volante;
un tapiz del Retiro y una piel de bisonte.
Cachemiras, espejos, y un sátiro bifronte
que, en un grupo de mármol, persigue a una bacante.

El jardín invernal, un vergel cortesano (1),
todo en arcos de hierro cubiertos de cristales,
donde lucen armónicos mil detalles banales,
un poco a la andaluza y un poco a lo italiano.
Al centro, un surtidor con su taza de piedra.

---

(1) Para este jardín puede copiarse por entero el que tiene en su propia morada la Guerrero.

Jaulas, pájaros, flores, macetas, palmerines,
y en el fondo, cubierto por un dosel de hiedra,
un banco de azulejos ornado de cojines.
Poyetes de cerámica, porcelanas, jarrones;
columnatas y bancos, transparentes peceras,
y la gracia ondulante de las enredaderas
rizándose, a la moda, sus mil tirabuzones..
En la fingida umbría de un verde artificial,
bien visible, un columpio con cordones de seda,
que rechina en sus goznes y ganchos de metal
como débil gemido de la falsa arboleda.
Y entre los claroscuros del rígido follaje,
deja verse unos ratos y otros ratos se borra,
el anillo en que mece una altiva cotorra
la insolencia polícroma de su vivo plumaje.
Por la siniestra mano se abre el invernadero
al recinto enlosado de un patio señorial.
Y el foro es un paisaje de jardín verdadero,
desnudo de hojas, como en época invernal.
Cuando se alza el telón, la escena está vacía.
Penetra por los vidrios la luz de la mañana.
Hay una breve pausa. Se oye una gorjería
de pájaros. El agua susurra en la fontana,
y, dentro, resonando, airada y contenida,
se oye la altiva voz de Carmen Sevillano,
que llega algunas veces con el ruido fundida
de la inquieta pezuña de un potro jerezano.

CARM. *(Dentro.)*
Que coja las yeguas el caballerizo
y vaya al herrero. Vuelve la "Gitana"
descalza de manos. Salió esta mañana
celosa, impaciente. Saltó un valladizo;
fué a dar en el césped, que está escurridizo,
cubierto de escarcha y helado;
perdió la herradura, falló de costado,
y, a no ser que al freno, vivaz se rehizo,
por una angostura que el río aprisiona
hubieran caído corcel y amazona.
(Pausa. Todos la temen; ninguno la res- [ponde.
Entra a escena, arrogante, vestida de ama- [zona,
y seguida del Conde,

que, sereno, abotona
su traje de jinete: polainas y levita.
Ella trae una fusta que con su diestra agita.)
A la servidumbre, que nadie me enoje.
No estoy para nadie.
(Entran.)

CONDE. ¿Para mí tampoco?

CARM. Tampoco. Y espero no haréis que os arroje
como a un importuno cualquiera.

CONDE. ¡Cuán poco
torna el femenino favor en desdén!
Mas no, vuestra furia de gata, me asusta.

CARM. Ved que estoy nerviosa, que tengo una fusta
y que no reparo ni en cómo, ni en quién.

CONDE. *(Friamente.)*
Decís que la yegua salió resabiada,
y estáis convencida, lo mismo que yo,
de que habéis mentido.

CARM. Mentí. Mas, ¿qué?

CONDE. Nada;
que hoy habéis dormido desasosegada,
y vuestro desvelo la yegua pagó.
No más ver el modo de coger la brida,
de plegar la falda, de estribar el pie,
que la cabalgada, comprendí en seguida,
no era sino un modo para dar salida
a alguna impaciencia que os devora, y que
tampoco el paseo calmar ha sabido

CARM. Cierto; si os di aviso de que hoy, de mañana,
hacia la Moncloa iba en la "Gitana",
solamente ha sido
porque desde anoche me pasé en el lecho
pensando en el lance de ayer y en que el hecho
de ser cortesana,
contra los insultos no me da el derecho
de que me defiendan quienes un cariño
fingiéndome viven; fué porque el despecho
ardía en mi pecho.
al ver, cómo un niño,
que ni me conoce ni ha sido mi amante,
fué el solo, entre todos, que arrojó su guante
por una cualquiera,
—que, en siendo una dama,
no importa quién fuera

ni cómo se llama—.
Cuando hay unos hombres que en corro manci-
[llan
los tristes despojos de una aventurera,
enmudecen todos los que se la humillan,
huye su cortejo de amantes y pajes,
y tiene un mancebo, sin sombra de bozo,
que ofrecer, airado. contra los ultrajes,
sus caballerescos impulsos de mozo.
Conde, todo esto es muy divertido
y acredita el temple de mis rodrigones;
mas, en vista de ello, les he despedido:
podéis transmitirles mis explicaciones.

(El Conde se ha callado
humillado y avergonzado.
Se disculpa. Protesta airado,
y sale al fin, escarmentado,
cual lebrel que morder ha osado.)

CONDE. Carmen, yo...
CARM. ¿Disculpas? Las sé todas, Conde.
Perderéis el tiempo.
CONDE. ¿Entonces...?
CARM. Os dejo
proceder, al caso, como corresponde.
CONDE. Volveré.
CARM. Sois libre; mas, no os lo aconsejo.
CONDE. Aunque sólo sea por veros furiosa,
más subyugadora cuanto más augusta.
¡La casta Diana no fué tan adusta!
CARM. Si no soy, como ella, ni casta ni hermosa,
tengo, por lo menos, como ella, una fusta.

(Sacude el látigo con ira
y casi azota el rostro del galán,
que esquiva el golpe, y en sus ojos deja
brillar siniestro el fuego de un volcán.)

CONDE. Os tomé por gata, pero sois pantera.
CARM. Advertido estabais.
CONDE. Mas, no lo creí.
Ahora no lo dudo. Serenaos, y
hasta que la loba se vuelva cordera.

(Vase el Conde. Ella termina
de ascender la escalinata,
y vase. Entran Carolina
y Renata.)

CARO. ¿Se enojó la madrina?
RENAT. Ni se enoja
ni me apura el enfado de mi ama.
CARO. Siempre la enfada el Conde.
RENAT ¡Es tan cumplido
que con tanto halagar la desagrada!
CARO. ¿Por qué no le despide?
RENAT Yo eso digo.
No puedo ver que sufra, y si él acaba
con su paciencia y su contento, déjela,
ya que saberla merecer no alcanza.
CARO. ¿Tan grande es el cariño que la tienes?
¿La amas mucho?
RENAT. Cual vos. ¿Quién no ha de
[amarla
que la conozca? Hasta su hermano mismo,
vuestro padre y tutor—persona rara,
dicho sea con todos los respetos—,
sólo atiende al consejo de su hermana.
CARO. Verdad. Sólo por ella ha consentido
que yo me quede aquí, mientras él viaja
camino de las Indias.
RENAT. Sí que es raro
que con ella os dejara,
siendo con vos severo, como dicen.
CARO. Tanto lo es, Renata,
que me causa pesar el confesarlo,
pero una es la verdad, y ésta no engaña.
(Junto a la blanca piscina
de la fuente
se ha sentado, y, lentamente,
mientras los versos declama,
el hilillo intermitente
de su clara voz derrama.)
Quince son, para abril, las primaveras
que florece el jazmín en mi ventana,
y austero el padre, y riguroso, quiere
que siga igual que cuando diez contaba.
Cuando, en viaje a Madrid, hace que venga
a pasarme con él la temporada,
ni sé lo que es Madrid, ni de él alcanzo
más que, desde el fondín, la vieja plaza.
No me deja salir ni en Viernes Santo,
ni bajar a la Fuente Castellana,

ni al café concurrir, ni a la comedia,
ni ponerme, el domingo, endomingada.
Tan avaro nació, que si le pido
que chocolate de Torroba traiga,
o, en salvilla, un refresco de canela,
o agua de nieve con panal en caña,
me viene a contentar con unas nueces,
dominguillos, almendras o azufaifas.
Si en el vestir se me permite un lujo,
sólo ha de ser para lucirlo en casa,
y a misa voy con la mantilla honesta
de terciopelo o de tupida sarga.
De tertulia, lo más que le divierte
es echar una brisca en la velada,
y en las fiestas, jugar al mediator,
mas sin poner maravedí en la carta.
Las novelas me quita de las manos
y me da, por solaz, libros de estampas,
y en todo, en fin, igual me considera
que a una cándida y tierna colegiala.
Si me sigue, al volver, un caballero,
blanco el botín y señorial la capa,
tras las vidrieras se aparece al punto
con su bonete y su batín de indiana.
Yo al cenador de mi jardín me acojo,
y, en un banco que esconde la enramada,
leyendo el "Semanario Pintoresco",
finjo bordar, en cañamazo, un águila;
y, entretanto, mi dueña, que ha servido
a Rosario Fernández, "la Tirana",
me relata comedias enredosas,
aventuras de amor de suripantas,
y cosas de la reina, tan sabidas,
que por sabidas, al hablar se callan

(Pausa, en la que se ahueca, Carolina, la crinolina de su falda.)

Pero harto hablamos ya. Quiero estar sola.
Dame aquel libro y que me turben guarda.

(Renata le hace entrega
de un libro encuadernado
con áureas cantoneras
y se marcha. En el banco,
Carolina se sienta.

Pero no lee: sueña
con el libro en las manos.)
¿Por qué te amo y te envidio
—¡oh, madrina seductora!—,
siendo tú sol de la tarde
y yo aurora?
¿Cómo es posible envidiarte
siendo estela de navío
que ha pasado,
y yo espuma que, en el río
de la vida,
apenas se ha dibujado?
¿Por qué, así siendo, te envidio
y como tú ser quisiera?
¿Por qué quisiera tener
tu arrogancia y tu manera
de imponerte y de saber
ser diosa, siendo mujer,
a quien se rinde cualquiera?
Si las mujeres te admiran
y los hombres te idolatran,
y al verte pasar suspiran
a tu extraña seducción,
¿por qué pasa indiferente
la seducción inocente,
blanca y pura,
de mi tierno corazón
y mi tímida hermosura?
Mas, ¿qué dices, Carolina?
Ser como nací prefiero,
que hay cosas en que no quiero
parecerme a mi madrina.
Juega a ofrecer juntamente
miel y hiel,
y el juego es tan peligroso
cual cruel;
pues no se me oculta a mí
que toda su seducción
está en manejar así
cada día un corazón.
Y toda mujer que pone
a un hombre en trance de muerte,
no es mujer de corazón
si con ello se divierte.

Desvarías, Carolina.
Desciende otra vez al suelo;
¡naciste corta de vuelo
para alzarte a tu madrina!
Vuelve al mundo provinciano
de versos y confituras,
que es tu reino... ¡porque, en vano,
quiere seguir el milano
la alondra de las llanuras!
(Lauro y Ariel, precedidos
de Renata,
entran. Parlamento, y ella
se va por la escalinata.)

RENAT. Pasen aquí los caballeros.
La señorita Carolina
sabrá la espera entreteneros
mientras mi dueña determina
si subiréis o ha de bajar.
Llegó hace poco del paseo
y cambia el traje; mas, no creo
que, siendo vos, se haga esperar.
(Carolina, que ahora atiende
a la lectura, la suspende.
Cierra el libro. Escucha. Duda.
Al fin sale y los saluda.)

CARO. ¿Quién llega aquí tan de mañana?
¡Ah!

LAURO. Disculpadnos, señorita,
si es importuna, por lo temprana,
tan de mañana esta visita.

CARO. No es importuna, sino grata.
Y ved que fué, por la sorpresa,
tan insensata
mi exclamación.

LAURO. Es a nosotros a quien pesa
la matinal presentación.
¿Hacíais versos?

CARO. Los leía.

LAURO. Mas, ¿los hacéis?

CARO. ¡Otra sorpresa!
¿Quién os lo dijo?

LAURO. Quien sabía
que todo, en vos, nos interesa.

CARO. ¿Os interesa?

LAURO. Desde ayer,
que en la comedia os conocí,
no he descansado hasta saber
cuanto saber me prometí;
y lo he sabido más de prisa
que me lo había imaginado:
como la propia Coronado
sois Carolina y poetisa.
Ved que en Madrid todo se sabe
a muy poco que se repara.
¡Es tan pequeña esta ciudad!

CARO. Sobre todo si se compara
con la marina inmensidad
que recorréis en vuestra nave,
señor alférez de navío.

LAURO. Por mi fatal adversidad.

CARO. ¿Adversidad?

LAURO. Mayor no cabe
sino dejarme mi albedrío
preso en Madrid.

CARO. Pero hay un río:
el diminuto Manzanares,
que, de uno en otro desaguando,
acaba dando,
como dan todos, en los mares.
Señor Lauro, sois tan ligero
como galante y atrevido.

LAURO. Soy de Sevilla y he nacido,
por mi fortuna, trianero.

*(Mientras departen Lauro y Carolina,
Ariel, tras de elegante inclinación,
se aparta a un lado y no se determina
a intervenir en la conversación;
mas, ella, femenina,
le alude con graciosa invitación.)*

CARO. Pues aprended de vuestro amigo,
que es, de seguro, castellano
por lo discreto.

ARIEL. A tal me obligo:
que vuestro ingenio soberano
y vuestra amable gentileza,
me impiden vano cumplimiento.

CARO. Tal sobriedad y tal nobleza
me placen más. Tomad asiento.

La casa es vuestra. Y mientras van
a avisar de que estáis aquí,
¿qué mal enreda o talismán,
decidme vos, sació el afán
que os dió de saber de mí?
(Ella se sienta;
ellos, después;
y hacen un grupo muy francés
a lo mil ochocientos cuarenta.)

.AURO. Ni talismán ni mal enreda,
sino un amigo de los dos.
El señor don José Espronceda
fué quien así me habió de vos
y de una linda poesía
que le habéis dado a conocer.

:ARO. El señor Espronceda fía
con demasia
en la afición de una mujer.
Yo no hago más que, en mi recreo,
dar rienda suelta a mi deseo
y a mi anhelante fantasía;
mas, una pobre provinciana
humilde como una manzana
que entre las hojas se escondía,
¿será posible que, en la corte,
pueda brillar y se comporte
como una rosa de jardín?
¿Es que en la corte triunfaría
el grumete que ningún día
salió de vuestro bergantín?
Yo escribo versos, ello es cierto,
porque, al hacerlo, dejo abierto
y ebrio de vida el corazón,
y no contristan, como es uso,
porque en el alma Dios me puso
la candidez de la ilusión.
Mis versos son como mi vida:
botón cerrado, agua dormida,
limpio reflejo de mi edad.
¡Gusto cantar la primavera;
amo a la alondra mañanera,
y me asusta la tempestad!
¡Busco deleite a los sentidos,
entre las rosas y los nidos

y entre los lirios de ribera!
¡Y a veces pienso, delirando,
que, al yo cantar, esta cantando
por mis labios la vida entera!
Y frente al uso, ahora de moda,
de mirar la existencia toda
como una negra maldición,
en que el alma camina sola
hacia el cañón de una pistola,
por única liberación,
mi poesía, que está henchida
de alegría y de nueva vida,
tiene la sana ingenuidad
de la poma que se madura,
sonrosada y sin picadura,
en un árbol de ant:güedad.

(Con espléndido traje de tafetán brillante, sobre la escalinata surge la Sevillano. Lauro se la aproxima para besar su mano. Ariel, a un lado, espera discreto y arrogante —con la airosa elegancia de un príncipe itali [no— para dejarse ver en el preciso instante. Carmen tiende su mano. Se aproxima el doncel y la besa. Ella tiembla, y se estremece él.)

CARM. No esperaba tan pronto semejante fortuna.

LAURO. Cuando apura un deseo no hay prudencia qu [aguard
Nada cuesta, señora, tomar al sol por luna,
y hacer por la mañana visitas de la tarde.
Mas, no bajéis, señora, la regia escalinata
digna de un trono. Quiero, clavando la rodill
rendiros homenaje lo mismo que un pirata
a los pies de la Reina Isabel de Castilla.

CARM. Me place el comediante. Y alzad, que ya hart [ha sid
para burlas.
(A Ariel)
Llegaos, Vizconde. Vuestra cas
es ésta.

ARIEL. Y vuestro esclavo soy yo.
(Aparte.)
Su piel abras

CARM. *(Aparte.)*
El doncel, de los dioses nació favorecido.
LAURO. Permitidme, señora, recorrer el gracioso
perímetro de vuestro jardín artificial.
CARM. Permitido. Y a mas os doy, señor curioso,
para que en él os guíe, un guía angelical.
Vé, Carolina, con el señor Lauro, y cuida
mostrarle lo mejor de nuestro laberinto.
(A Lauro.)
Complacido quedáis, y yo más complacida
si encontráis esa gracia, que decís, al recinto.
*(Vanse Lauro y Carolina.
Carmen y el Vizconde quedan
en la soledad propicia
de la escena.)*
Y ahora que estamos solos, devolvedme mi
[guante.
ARIEL. Quisiera retenerlo.
CARM. ¿Para qué? ¿Y hasta cuándo?
ARIEL. Hasta siempre.
CARM. ¡Hasta siempre! ¡El plazo es tan
[distante
que quizá no sabéis, porque vivís soñando,
el alcance de vuestras palabras!
ARIEL. ¡Sí, lo sé!
CARM. ¿Y no os da susto de ello? Si, por tan leve cosa,
prometéis de tal modo, ¿qué no, por esta rosa,
prometeríais? ¿Qué?
*(Muestra, diciendo así,
en su seno, una rosa de vivo carmesí.)*
ARIEL. No olvidaros jamás.
CARM. ¡Jamás! Los pocos años
os ciegan con el brillo de sus verdes engaños
sin detenerse a reparar en más,
y os hacen exaltado por el menor deseo;
pero, ¡si sois tan niño que, aunque juréis, no os
[creo!
ARIEL. *(Contrariado.)*
¡Siempre igual! "¡Sois tan niño!" La mocedad
[inquieta
tenéis por cosa frágil, por mudable saeta,
por flores de vilano o plumas de volante,
que van inconsecuentes de raqueta a raqueta,

a capricho del viento que sopla en cada ins-
[tant

CARM. En fin, dadme mi guante; que vamos, poco a
[poc
yo de más confiada, vos demasiado loco,
esquivando la explicación que nos debemos.
Quiero ser vuestra amiga.

ARIEL. ¡Oh, Carmen!

CARM. Pero hablemo
para ser razonables, cual la razón nos pida.

ARIEL. ¿Juiciosamente?

CARM. Sí; ni un momento olvidemos
que existe entre los dos casi toda una vida

(Una pausa en que el pecho del galán
echa fuego, lo mismo que un volcán.)

Quiero ser vuestra amiga; mas, entendedlo bie
para impediros que volváis a hacer locuras
y ver si, con mis súplicas, puedo impedir tar
[bi
ese lance que habéis concertado en tan dur
condiciones. Por mí, en él, os batiréis,
y espero que no sea.

ARIEL. Lo imposible esperáis.

CARM. ¿Aunque humilde os lo pida?

ARIEL. ¡Aunque me lo exijá
y me lo supliquéis!

(La extraña proposición
de la dama
ha encendido la noble indignación
del que es doncel, pero español se llama.)

ARIEL. Os confieso, señora, que si estaba advertido
de tener con vos una juiciosa explicación,
nunca hubiera creído
tan imperiosamente sensata a la razón
para exigir a un hombre, en el que arde,
por muy niño que sea, la aurora de su orien
quedar como un cobarde
a los ojos de quien se las da de valiente
Si así pensáis de mí, os engañáis, señora;
no quiero ser juicioso por nadie ni por nada.

CARM. *(Para sí.)*
(¡Oh, qué noble el orgullo de su naciente aur
[ra

(Alto.)

Pero ignoráis, acaso, lo que ninguno ignora.

[GAB]RIEL. ¿Y es?

[C]ARM. Que comprometéis a una mujer casada.

[GAB]RIEL. Lo sé. No lo ignoraba. Como supe también
que estáis casada con un indigno marido.

[C]ARM. *(Altanera.)*
Excusadme de toda opinión sobre quien
está ausente.

[GAB]RIEL. *(Contrariado.)*
Es verdad.
(Aparte.)
(Le quiere: La he ofendido.)
(Alto.)
Ni pretendí tampoco aleccionarle.

[C]ARM. *(Indulgente.)*
¿Veis?
Seguís acumulando locura tras locura.

[GAB]RIEL. Decidme cuáles son. Por loco me tenéis,
y os juro...

[C]ARM. ¡No juréis, que loco es el que jura!
Apenas os conozco y sé quién sois; apenas
si me visteis anoche y hoy me habéis conocido,
y ya habéis cometido
—como una criatura que coge a manos llenas
las moras de un zarzal, pinchándose las manos—
más locuras que todos mis viejos cortesanos.

[GAB]RIEL. Hubiera hecho lo mismo cualquiera en mi lugar.

[C]ARM. Cualquiera no, porque es extraño atrevimiento
no pararse a pensar
si, ya que no el marido,
quien iba con la dama podía, en tal momento,
darse por ofendido
a título mayor que el de un desconocido.

[GAB]RIEL. Lo cual quiere decir que tenéis un amante.
(Un silencio. El Vizconde de color ha cambiado.
Finge serenidad, pero al hablar, se vende.
Y le tiembla la voz como a un enamorado
que contener su indignación pretende.)
Perdonadme, señora. No pensé que pudiera
doleros el desaire en que dejé a un tercero,
más que si permitiera
que os sacase a la pública vergüenza cualesquiera

bebedor pendenciero.
Ya lo sé, y me arrepiento. Mas si oyera cien ve-
[ces
igual que anoche oí, murmurar de una dama,
otras cien, como anoche, ardería la llama
de mis provocaciones y de mis altiveces.
Digo mal; pues si anoche, porque no os conocía,
me contenté, no más, con arrojar mi guante,
ahora que os conozco, señora, no podría
contener mis impulsos y, allí mismo, delante
de quienes escuchaban su historia difamante,
le arrancara la lengua lo mismo que a un espía.

CARM. ¿Pero es que estáis seguro de conocerme bien?
¿Y si yo os digo que os engañáis todavía?
¿Y si tuvo razón para hablar así quien
hablaba?

ARIEL. ¡Pues jamás, ante mí, la tendría!
(Ganó el doncel a la dama
que ahora le estrecha gozosa
las manos con emoción,
y le da la viva llama
de la rosa
con que marcaba, orgullosa,
el sitio del corazón.)

CARM. ¡Gracias! No a todas horas se encuentra un
[corazón
que ponga en sus empeños ceguera tan hermosa.
Me pedíais un guante y os ganáis una rosa.
Al dárosla os obligo con poca obligación.
Vive, apenas, un día; no es pediros gran cosa
que os dure mi recuerdo lo que una flor que
[posa
dormida sobre el borde de un antiguo jarrón.
(Transición.)
Mas, por eso, es preciso que os vayáis.

ARIEL. ¡Que me vaya!

CARM. Que entre los dos la ausencia levante una mu-
[ralla.

ARIEL. Pero, ¿es que pretendéis impedirme que os ame?

CARM. Pero, ¿es que pretendéis amarme, criatura?

ARIEL. Lo quiero.

CARM. Un imposible queréis.

ARIEL. ¿Estáis segura?

¡A no ser que a las puertas del imposible llame,
seréis mía como es vuestro mi pensamiento!

ARM. Ciego está, que no advierte la realidad.

RIEL. ¿De qué?

ARM. De que yo soy indigna de vos.

RIEL. ¡Mentís!

ARM. No miento.
Aunque esta confesión es mi mayor tormento,
no merezco ese duelo.

RIEL. Mas yo me batiré.

ARM. ¡Por la que no podrá causaros más que daños!
(Pausa.)
¡Pensad en que soy vieja y en vuestros pocos
[años!
*(Ella dice "soy vieja" con tan fina ironía,
que se adivina que es una coquetería
para que Ariel, oyéndolo, sonría.)*
¿Os reís de que he dicho
lo que soy? Eso halaga mi triste decadencia.
¡Aun puedo despertar un extraño capricho
en vuestra adolescencia!
(Transición.)
Pero en cambio, diciéndolo, un recuerdo fatal
ha cruzado mi mente.
¡Idos! ¡Huíd! ¡Dejadme! ¡Mirad que soy el mal
y todo lo enveneno como una serpiente!
¡Ved que si una pasión se cruza en el camino
de un soñador adolescente,
le arrastra como fiero vendaval
que, creciendo en terrible torbellino,
aumenta del arroyo la corriente
y empuja su caudal
hasta precipitarle en el torrente!
¡Idos lejos de mí! ¡Me tengo miedo!
¡Que si lográis interesar mi vida
y contener, a mi pesar, no puedo,
lo que, por ser amor, ha de ser llanto,
sé que os ha de causar tan honda herida
que siento, sólo de pensarlo, espanto!
*(Una pausa. Carolina y el Alférez, que han
[estado
vagando por el jardín, hasta el columpio han
[llegado.
Ella salta. Se ha subido, y se deja columpiar*

mientras él mueve las cuerdas, rítmicamente, al [hablar.)

CARO. Tan malo es ser un volcán
como apagada ceniza.
Los hombres volcanes son
que se encienden en un día,
y que, cual hierro de fragua,
como se encienden se enfrían.
No quiero volcanes: quiero
poca lumbre y más continua.

(Calla el trino de su voz.
Los goznes del columpio chirrían.
Y Carmen le dice a Ariel,
pesarosa y pensativa:)

CARM. ¿Oísteis lo que dijo Carolina?
Providencial ha sido su advertencia.
Ella es serenidad, ella es prudencia
y anunciación divina.

ARIEL. Habláis, Carmen, de un modo que tan pronto [arrebata
como nos pone hielo al corazón.
Pero hay en mí una hoguera.

CARM. ¡Humo de fogarata!

ARIEL. ¡Volcán! ¡Rayo! ¡Centella! ¡Juventud y pasión!
¡Mi vida es un camino de peregrinaciones
en pos de mis ensueños y de mis ilusiones,
sin otro consejero que la fatalidad!
¡Porque voy por el mundo como un bajel pirata,
juguete de los vientos que el huracán desata,
bajo la inconsecuencia de la casualidad;
porque adoro el peligro y amo lo extraordinario;
porque voy, como un rápsoda o como un visio- [nario,
en pos de la imposible tentación,
aunque mil voces griten a mi paso
"¡ponle freno al Pegaso,
que va hacia la eterna perdición!";
cuanto más pretendáis alzar una muralla
entre vos—la quimera—y yo—el romanticis- [mo—,
más sangrienta será la espantosa batalla
en que constantemente estoy conmigo mismo.
Ya sé que para vos represento muy poco.
Me lo habéis dicho ya: soy un niño o un loco

que apenas os divierte y en cambio os importuna.
¡Nada os pido, señora; mas no pidáis tampoco
que deje de lucir, para soñar, la luna!

(Vencida por su fuego arrollador,
Carmen, atenta y muda,
le escucha sin protesta, que, en la duda,
si alguien gana terreno es el amor.)
(Tras una pausa.)

¿Es que os parezco audaz con mi ardiente qui-
[mera?

CARM. *(Aparte.)*
(¡Ay, amor, que me vences, si me lo pareciera!)
¿Tanto puede la fuerza que os arrastra hacia
[mí?
¿Tan poderosa es la pasión de un momento?

ARIEL. No de un momento, sino de muchas horas y
muchos días.

CARM. ¿Me amabais sin conocerme?

ARIEL. Sí.
Los amores son hijos de nuestro pensamiento.
Yo en el mío tenía, ha tiempo, una quimera.
La dejaba crecer, sin saber lo que era;
y, creciendo creciendo, creció de tal manera,
que llegó a ser tan grande como todo mi ser.
Yo vivía ignorando que aquel secreto anhelo,
que tan pronto era goce como era desconsuelo,
íbase precisando bajo un tímido velo,
y tomando la vaga forma de una mujer.

(Dejaron el columpio Carolina y su amigo.
Han subido al estrado y abren el clavecino.
Ella se sienta y toca. El permanece en pie.
Y una linda sonata, de rítmico sonido,
acompaña, a lo lejos, las palabras de Ariel.)

Volví a España guiado de un extraño destino,
y al tiempo que iba haciéndose menos largo el
[camino,
acusaba sus líneas el contorno divino
recortado en el fondo de mi alucinación;
y una tarde, vagando por las frondas del Prado,
me quedé sorprendido, pues pasó por mi lado,
envuelta en un espléndido cachemira bordado,
la quimera hecha carne, como una aparición.
Erais vos. Os seguí un día y otro día,
y, como en otros tiempos la sombra me seguía,

una sombra os siguió que no visteis: la mía.
¿Cómo advertir la dama que iba en pos un don-
[cel?
Os seguía anhelante y fervorosamente,
y hoy, que os decís funesta para un adolescente,
comprendo que era un pobre pajarillo inocente
atraído por una serpiente cascabel.
Así creció, en silencio, una pasión como ésta.
Yo digo que es fecunda; vos decis que es
[funesta;
mas sé que, desde entonces, mi alma está de
[fiesta,
y bate tamboriles de amor mi corazón.
Ahora, sentenciadme. No tengo otro pecado
que el de haberos seguido y el de haberos ama-
[do,
y, en un lado la vida, la muerte en otro lado,
espero, a vida o muerte, vuestra resolución.

(Hay una larga pausa. La última del cuadro,
que llena el clavicordio, marcando un rondolé.
La dama calla. Teme, vacila; pero al cabo,
sin voluntad se queda, y a voluntad de Ariel.
Y otra vez rasga el aire matutino
la voz de Carolina
burlándose a las frases del alférez
que al teclado se inclina.)

CARO. No habléis de amor, señor Lauro,
que amor mata la alegría.
El amor es triste, que es
como pasión egoísta.
De amigo quiero teneros
y que me tengáis de amiga.
No habléis de amor, señor Lauro,
que eso mata la alegría.

CARM. ¿Oísteis otra vez a Carolina?
Mirad que sus palabras son anuncio
de nuestro porvenir.
¡Quién sabe si la suerte nos destina
solamente tormento!

ARIEL. ¡No renuncio
al placer de adoraros y morir!

CARM. ¡Ved que os pone en las manos el destino
vuestra felicidad o desventura!

ARIEL. ¿Y quién os asegura
que no es todo de rosas el camino?

CARM. *(Levantándose.)*
¡Sea, pues que ha de ser!
Esta tarde os espero. No faltaréis.

ARIEL. *(Levantándose también.)*
¡Señora!
Si cruel la impaciencia me devora,
¿cómo podéis que falte suponer?

CARM. *(Aparte.)*
¡No irá al duelo; que poco he de poder,
o en mis brazos amantes, de la aurora,
los primeros destellos ha de ver!

(Deja el clave la pareja.
Canta un ave en el jardín,
y el telón que baja, deja
en suspenso el folletín.)

FIN DEL CAPITULO SEGUNDO

CAPITULO TERCERO

REVELACION Y CASTIGO

DECORACION DEL CAPITULO TERCERO

La misma del anterior.
El jardín, más en penumbra.
Es media tarde, y le alumbra
de oro viejo un resplandor.
El espejo ha de jugar,
en este cuadro, un papel
de importancia singular;
por eso se ha de cuidar
un buen sitio para él.
Y la lúz se va cambiando
con tan justa gradación,
que si al comienzo de acción
sol había, es noche cuando
baia de nuevo el telón.
En escena, *Carolina,*
frente al espejo, termina
de ataviarse, y *Renata,*

ayudándola, se inclina
lo mismo que una azafata.
Aquí prende, allí desata,
y en la falda, hueca y fina,
de armazón de crinolina,
pone sus manos de gata.

RENAT. ¡Qué linda os hacen la figura
el miriñaque y la pamela!
Parecéis una miniatura
o la estampa de una novela.
CARO. ¿De una novela? Dí de cuál.
RENAT. Bien lo sabéis; de un folletín
en el que al héroe principal
llamasen Lauro.
CARO. ¡Eliges mal!
¡No me acertaste el paladín!
¡Si de otro nombre se tratara!
RENAT. ¿Otro?
CARO. Que he visto.
RENAT. ¿Cuándo? ¿Dónde?
CARO. Con él.
RENAT. ¿Con él?
CARO. ¿Es cosa rara
que me guste el señor vizconde?
¿Pues no es hermoso y arrogante
y bien probado caballero?
¿Y no, entre todos, el primero
en arrojar a punto un guante?
RENAT. Sí que lo es.
CARO. ¿Pues qué te extraña
que piense en él con ilusión?
RENAT. Nada, señora.
(Aparte.)
¡Oh, cómo engaña
a la inocencia el corazón!
(Alto.)
Me equivoqué. Si hoy en el Prado
cruzáis con él, estoy segura
de que, al pasar a vuestro lado,
queda prendado
de vuestra cándida hermosura;
que está mi doña Carolina
con su falda de crinolina

y su abanico pericón,
para ponerla en un fanal
o pintarla sobre cristal
en el marco de un medallón.

CARO. No me disgusto. Pliegan bien
las arrugas del tafetán.
El estoraque trae también
y dame el chal de cachemir,
que las cuatro sonando están
y ha tiempo ya debí salir.

(Cómicamente trae Renata un meñester en cada mano, cuando aparece, esplendorosa, sonriendo, la Sevillano.)

CARM. Ha tiempo ya.
CARO. ¡Madrina!
CARM. O apresuras,
o no te lucirás en el paseo,
que ya está bajo el sol.
CARO. El sol, yo creo,
no es amigo de humildes hermosuras.
CARM. *(A Renata.)*
¿Mandaste disponer la carretela?
RENAT. Y en ella están las pieles y la manta.
Nada se descuidó.
CARO. ¡La damisela
hoy tono se dará de suripanta!
CARM. ¿Estás contenta?
CARO. Mucho. En demasía.
Una madre no haría más por mí.
Pero ¿dónde estuvisteis, que no os vi
durante todo el día?
CARM. Comí fuera de casa.
CARO. ¡Siempre ausente!
Os quisiera más mía
y menos de la gente.
Sobre todo, os quisiera
sin ese coro adulador
que os sigue a todas partes, cual si fuera
necesario cansaros con su amor.
CARM. No es amor.
CARO. O un remedo
de amor.
CARM. ¿Qué sabes tú, si no has amado?

CARO. Es verdad que lo ignoro. Y tengo miedo
de amar, cuando lo sepa, demasiado.

CARM. Acaso tal temor
es su anuncio.

CARO. Si puede serlo hallar
quien nos hace soñar,
cantar y sonreír,
cerca estoy del amor, puedo decir.
Pero no os inquietéis, que, si es amor,
no pasa de un ligero resplandor.

CARM. Nada temas. El alba que adivinas,
aunque anuncie pasión, no te acobarde.
Anda, luce en Atocha, y que la tarde
dé a tus revelaciones femeninas
el vivo azul de su cendal espeso.

CARO. Pues adiós.

CARM. ¡Linda vas e ilusionada!
¿No te olvidas de nada?

CARO. ¡Ah, sí! ¡Qué ingrata soy! ¡De darte un beso!

*(Como quien tanto anhela
salir al sol, que despedirse olvida,
se iba la damisela;
mas volvió de su olvido, arrepentida,
y a la dama besó. La Sevillano
la acompaña después a la salida,
y, en el invernadero detenida,
adiós la dice con la mano.
Entretanto, Renata, en el salón,
sin que la impida su quehacer hablar,
guarda un traje, unas cintas, un collar:
todo lo que ha quedado en dispersión.)*

CARM. ¡Qué bien va el traje a Carolina! Nunca
con tanta distinción vióse entocada:
parece una acuarela o un dibujo
de Gavarní. ¡Si así la contemplara,
perdiera el seso Lauro!

RENAT. ¿El señor Lauro?
No está por escucharle vuestra ahijada.

*(Carmen vuelve al salón, con extrañeza
por las palabras de Renata.)*

CARM. ¿Qué dices?

RENAT. Lo que oís. Y algo más grave
que, hace un momento, de contarme acaba
y que yo sé muy bien cuánto os importa.

CARM. Pues ya me llenas de temores: habla.
(Se sienta en un sofá la Sevillano.
Si la viera Esquivel, la retratara.)
RENAT. Hablo, señora: De los dos galanes
que esta mañana vuestra casa honraran,
no es el alférez de navío quien
ganó su simpatía a la madama,
sino el Vizconde Camporreal.
CARM. ¡Qué dices!
RENAT. Que del Vizconde se quedó prendada.
(Carmen se queda absorta,
porque una nueva así no se esperaba.)
CARM. ¡Es posible!
RENAT. Lo es.
(Pausa.)
Yo me temía
que os causara impresión, pero no tanta.
¿Os habéis puesto enferma? ¿Qué os sucede?
¿Os sentís desmayar? ¿Voy por el agua
de melisa?
CARM. No. Quédate.
No me sucede nada.
El Vizconde es un digno caballero,
y nada impide que mi linda ahijada
se interese por él. ¿Has comprendido?
RENAT. Creo que sí.
CARM. Pues con lo dicho, basta.
RENAT. Ni yo insisto, señora. Sólo quise
advertir el engaño que mi ama
sobre el señor alférez padecía.
Tal era mi deber.
CARM. Y lo has cumplido. Gracias.
(La doncella, discreta,
enmudece y se aparta,
y Carmen dialoga
consigo, ensimismada.)
¡Carolina con él! ¡Bella pareja
por el cielo, en verdad, imaginada!
Pero el destino quiere que no sea
y yo tampoco, que el destino manda.
No me conformo a verle
en brazos de otra.
(Alto.)
Ven aquí, Renata.

(Acude la doncella presurosa,
mas sin decir palabra.)
Mírame bien, atenta, fríamente,
como si fuese para ti una extraña,
y dime si los años han borrado
mi pasado esplendor.

RENAT. Si el tiempo pasa
no pasa para vos.

CARM. Mira, no mientas,
¡y que Dios te castigue si me engañas!

RENAT. ¡Mentiros yo, señora! Todavía
causáis envidia y os adoran.

CARM. ¡Gracias!
¿Verdad que aun queda un resto de belleza
capaz de cautivar? ¿Verdad, Renata,
que aun se me puede ver?

RENAT. ¡Oh, sí, señora!
Yo, de mí sé deciros que cambiara
mis verdes años por los vuestros. ¡Tanto
os admiro!

CARM. ¡Mis dudas eran vanas!
(Cual si se hubiera convencido, yérguese;
pero con desaliento se levanta,
y, yendo ante el espejo, en él se mira,
diciendo lentamente estas palabras:)
¡Triste es pasar del opulento otoño,
—fruto maduro y pomas abrasadas—,
a la vejez desnuda del invierno
—sarmiento seco y descarnadas ramas—!
¡Triste es mirar la gentileza verde
de la derecha y arrogante palma,
irse curvando hasta tocar el suelo,
desnuda de hojas y de fuerzas falta!
(Se aparta del espejo, donde ha visto
la espantosa verdad que la espantaba.)
Renata, escúchame. Voy a contarte
una aventura extraña,
envidia de bellezas que pasaron,
y de las que declinan, esperanza.
(Para contar la historia, se acomoda.
Renata, en pie, la escucha embelesada.)
Fué Ninón de Lenclos tan prodigiosa,
de una hermosura y distinción tan raras,
que, en amor, como rosa de los vientos,

giró en su torno lo mejor de Francia.
Años y amantes desfilando fueron,
y cuantos eran más, mas bella estaba,
que de cada aventura resurgía
igual que Venus al salir del agua.
Cansada ya de prodigarse como
un ubérrimo fruto, y retirada
al remanso sereno de un ocaso
que tan sólo en su espíritu apuntaba,
mas no en el cuerpo—pues nacida diosa,
era de mármol inmutable estatua—,
un tierno adolescente que aun no viera
sintió por ella, turbulento y ciego,
la pasión más vivaz. Ninón no daba
veinte veces brotar la misma rama,
eco a sus quejas. Como a tierno efebo,
más para juego maternal que para
deleitosos pecados, convertía
su ardiente afán a inclinaciones castas.
Pero todo fué inútil. ¿Quién podría,
sintiéndose mujer, siendo adorada,
resistirse a las súplicas ardientes
con que un efebo nos entrega el alma?
Al fin, rendida, y por cerrar su historia
con un final de insospechada audacia,
quiso probar el límite a que puede
llegar en triunfo la belleza humana.
Marcó una fecha. Hasta cumplirse el plazo
vano fué suplicar, y quejas, vanas.
¡Sólo en el día aquél se rendiría
la plaza fuerte por amor sitiada!
Y cuando al fin, al expirar el plazo,
pudo él saciar la sed que le abrasaba,
gustar el fruto de aromadas pomas,
beber de amor las palpitantes aguas,
Ninón salía de la prueba indemne,
igual que Venus de la espuma blanca,
que aquella fecha a que aplazó su triunfo,
medio siglo en su vida señalaba.
Medio siglo cumplía el mismo día
en que al adolescente se entregara.
¡Medio siglo de espléndida belleza,
medio siglo de vida cortesana,
y aun un mancebo balbuciente y puro

caía al pie de la inmutable estatua!
Si yo del tiempo, cual Ninón, tan sólo
por una vez, triunfante, me burlara,
con broche de oro cerraría el libro
donde escribí mi vida cortesana.
(Pausa.)
Ya ves, Renata, si la extraña historia,
fábula mitológica hecha humana,
envidia es de bellezas que pasaron
y de las que declinan, esperanza.

RENAT. Pero eso es una historia, y, como historia,
nada más que ficción.

CARM. ¿Por qué la fábula
no se ha de repetir? ¿Hay un tormento
como sobrevivir a la apagada
luz de nuestro esplendor?

RENAT. ¡Sufrís sin causa!
Sabed, para acabar, que hoy, el Vizconde,
a tiempo que, gozoso, se marchaba,
salía murmurando como en sueños:
"¡Oh, Carmen, Carmen de mi vida!"

CARM. ¡Calla!
(Es un grito la orden, pero luego,
tras una breve pausa,
pide complicidad, pide silencio,
añadiendo en voz baja:)
De tu pecho en la cueva más profunda
esconde para siempre esas palabras.
Tú misma quiero que a creerte llegues
que todo un sueño fué. Ya poco falta
para que él venga. Cuida
de que nadie le abra
más que tú, y cuando llegue
llévale con sigilo hasta mi estancia.

RENAT. Así lo haré, señora.

CARM. Luego olvida
de lo que has visto hasta la sombra vaga.
(Vase Renata por la puerta
que da paso a la casa.)
¡Oh, qué impaciente angustia! ¿Por qué temo
y el más leve rumor me sobresalta?
¿Por qué tiemblo, llegada la ocasión,
cual, de las selvas al rumor, la garza?
¡Feliz tú, Carolina, que no tiemblas,

bella y serena como espejo de agua!

(Encubierta en la sombra
y en la puerta contraria
a aquella que ha un instante
ha traspuesto Renata,
inmóvil aparece
una figura extraña.
No da un paso. Ni un gesto
ni un ademán la sacan
de su inmovilidad.
Se diría una estatua.
Pero no, que es un hombre:
Don Diego de Saldaña.
Carmen, que no ha sentido
la más leve pisada,
le ve por el espejo,
y como alucinada,
de si es un hombre duda
o de si es un fantasmo.
El la ha visto también
por el espejo, y calla.)

Mas ¿qué extraña aparición
se refleja en el cristal?
¿Es una figura real
o es una alucinación?

EGO. Señora: Aunque ello os asombre,
por llegar de esta manera,
no miráis a una quimera,
sino que habláis con un hombre.
Un hombre de carne y hueso,
que, si no es el esperado,
no por el muro se ha entrado,
como sospecháis. Por eso
perdón a su audacia pido,
si entró sin que se anunciara.
Y miradle bien la cara,
que no os es desconocido.

(Hay un silencio. El da un paso.
La dama no se ha movido.)

ARM. Ignoro quién sois. Mas, si
cual decís, me conocéis,
mal será si no sabéis
que no se llega hasta mí
con misterios de masón

y engaños de hechicería.
Y basta, que no sabria
contener mi indignación.

DIEGO. Conforme con ello estoy,
y este misterio me pesa;
pero a los dos interesa
que nadie sepa quién soy.
Por lo demás, no me iré
sin que me reconozcáis,
pues si no me recordáis,
yo recordar os hare.

*(Da un paso el desconocido.
Ella cobra el movimiento,
y se miran frente a frente
un momento.)*

Vedme bien.

CARM. *(Aparte.)*
Sus ojos no
me son, en verdad, extraños.

DIEGO. Han pasado tantos años
y estoy tan cambiado yo,
que se explica vuestro olvido.
Vos, en cambio, estáis igual,
aunque ya el sol estival
es crepúsculo encendido.
Pero sentaos, señora.

CARM. Acabemos. ¿Qué queréis?

DIEGO. Por lo pronto que os sentéis
sin temor. Aun no es la hora
de qué venga el que esperáis.

CARM. A nadie espero.

DIEGO. Mentís.

CARM. ¿Vos qué sabéis?

DIEGO. Que fingís
y que temerosa estáis.

*(Para sentarse, un sitial
él la señala cortés.
Carmen se sienta arrogante.
Don Diego lo hace después.)*

CARM. Pues hablad.

DIEGO. Sin impaciencia.

CARM. Frío sois.

DIEGO. Y vos ardiente.

ARM. Pues no os paséis de prudente.
porque no tendré paciencia.

IEGO. Mal haríais. Pero, en fin,
demos fin a esta misión,
y decidle al corazón
que hasta el fin me escuche sin
desmayar de la emoción.
(Una pausa.)
Veinte años ha que conocí a una dama
en plena primavera de su vida,
tan noble, tan hermosa y distinguida
que todo, al paso de ella, era una llama
por sus ojos ardientes encendida.
Su gracia, su talento, su belleza,
su don de gentes y atracción extraña,
lleváronla a casar, fuera de España,
con un francés de la mejor nobleza,
rico hacendado en tierras de Champaña.
No era la dama favorable al caso;
mas hubo de acceder, pues la fortuna
—que, siendo niña, la meció en la cuna—
fué en manos de su padre a tal fracaso,
que no esperaba salvación ninguna
a no ser del francés.
(Pausa.)
Decid, señora:
¿conocisteis acaso a la que digo?

RM. No sé. Mas, hasta ahora,
no es la tal narración muy seductora.

EGO. No lo es, en verdad; pero prosigo.
Como juzgáis, el caso era frecuente,
a no ser porque un prólogo tenía,
por el cual, boda así, se convertía
de un simple casamiento conveniente
en una deshonrosa alevosía.
La dama, aquí, en España, enamorada
de un prócer mal casado y bien apuesto,
tenía un hijo de él.
(Nueva pausa.)
¿Tampoco es esto
caso raro, verdad?

C. M. No digo nada.
Seguid la historia y terminadla presto.

D GO. A ello voy. Pues, señora: era preciso,

para salir con bien de la aventura,
ocultar aquel niño—al que Dios quiso
dar el rostro materno de un Narciso
y la paterna varonil figura—,
cual si fuera un engendro corcovado.
(En un inciso.)
De estos hijos ocultos como horrendo
monstruo feroz, no siendo
sino fruto de amor, está poblado
el mundo. ¿Me entendéis?

CARM. Nada os entiendo
e ignoro adónde vais con el relato.

DIEGO. ¿También, cual yo, la dama os es ajena
y el cuento os es ingrato?

CARM. ¡Digo que me enojáis, y que hace rato
quiero acabar!

DIEGO. Abreviaré la escena.
Tampoco el padre pudo,
—por prejuicios y vínculos atado—
dar al niño su nombre linajudo.
Y así quedóse el ángel: tan desnudo
como desamparado.
Tuvo, eso sí, nodriza bien pagada,
y allá, en la aragonesa serranía,
no careció de nada:
finos pañales, aya afrancesada,
esgrima, equitación, y cuanto había
fuera de España y en España toda,
—que alcanzarse pudiera con dinero—,
para hacer de aquel niño un caballero,
sin nombre, claro está, pero a la moda.
Y así creció. Mas al llegar el día
al prócer por la muerte señalado,
conociendo su fin, llamó a su lado
a otro prócer su amigo, pues quería
confiarle el secreto y el cuidado
del hijo aquel sin nombre.
El hidalgo murió. Su viejo amigo
—célibe, sin familia, rico y hombre
libre de errores—se llevó consigo
al huérfano bastardo, y sin ninguna
limitación, cual padre verdadero,
quien no lo fuera, ennobleció su cuna,
dióle su propio nombre y su fortuna;

fué, más que su tutor, su compañero,
y el escéptico ayer puso en un niño
el sumo amor de su final cariño.

ARM. Basta. No prosigais. Sois quien sospecho:
el tutor de mi hijo.

IEGO. Al fin la historia
consiguió despertar vuestra memoria.

ARM. ¡Desde que entrasteis palpitó mi pecho
con viva sacudida acusatoria!

(En efecto, a medida que él hablaba,
ella se estremecía y le miraba
como si se mirase a la conciencia.
Y no pudiendo más con el tormento,
se ha rendido por fin, que el triste cuento
es un aviso de la Providencia.)

Pero luchaba con la duda en vano.
¿Sois, entonces, don Diego de Saldaña?

)IEGO. Y el siervo fiel, para besar la mano,
de Carmen Sevillano,
la más bella mujer que tuvo España.

:ARM. No la mía. En la vuestra, enternecida,
quiere poner la Sevillano un beso.

)IEGO. ¡Jamás!

:ARM. Por gratitud. En él va preso
mi corazón de madre agradecida.

)IEGO. *(Conmovido.)*
¡Debiéraisme la vida
y pagada estaría con exceso!

(Esto dicen porque él se puso en pie
y fué a besar la mano de la dama.
Mas ella lo impidió, y adelantándose,
besó la que él, para tomar la suya,
noblemente alargaba.
Por eso, emocionado al bello gesto,
bien pagado se juzga el de Saldaña.)

:ARM. Más que la vida os debo. Ha veinte años
que, en silencio, a escondidas de la gente,
callando el alma, imaginando engaños,
sólo atenta al amor del hijo ausente,
viví, vos lo sabéis, como si fuera
sonámbula inconsciente
que en pos camina de quien no la espera.
Y en ellos, sólo vos, día tras día
—de mi hijo guardándome a distancia—,

dabais alivio a mi agonía
con una carta vuestra que venía
de Inglaterra o de Francia.
¡Oh, carta! ¡Fiel paloma mensajera,
consuelo de una madre castigada
a no poderse imaginar siquiera
cómo es su único hijo! ¡Ave ligera
en mis noches de angustias esperada!
Más que la vida os debo. ¡Que una vida
venía en cada carta, y si al castigo
de no verle jamás me condenabais
alejándome de él, le libertabais
del mayor enemigo
que en el mundo tenía,
pues mi mancha sobre él se extendería
como, en lino nevado,
gota de óleo que apenas se veía,
y al punto se ha extendido y agrandado!
(Pausa.)
Yo así lo comprendí. Callé prudente;
os dejé hacer y renuncié a mi anhelo
insaciable y ferviente
de verle alguna vez. ¡El inocente
para mí era posible como el cielo!
Mas hoy, al veros en mi propia casa,
donde jamás pusisteis vuestro pie,
el corazón me ha denunciado que
algo de grave y de terrible pasa;
algo que no temí ni sospeché,
ni a imaginar acierto,
mas que agita mi pobre corazón
cual rama de palmera en el desierto
al paso de un ciclón!

DIEGO. Algo terrible, es cierto.
CARM. ¿Algo terrible? ¡Por piedad! ¿Ha muerto?
DIEGO. Peor.
CARM. Mas ¿vive?
DIEGO. Sí; perdida la razón.
CARM. ¿Decís que ha enloquecido?
DIEGO. ¡Que ha caído
en la sima fatal de una pasión!
Que vive y le habéis visto; que os ha hablado
como un desconocido vuestro Ariel.
CARM. ¡Imposible! Le he visto, me ha mirado,

¿y la voz de la sangre no ha gritado:
"¡Tiembla de gozo, desdichada! ¡Es él!"?

DIEGO. ¡Oh, la voz de la sangre, amiga mía!
Instinto falso, cual ficción humana
que en la Naturaleza no existía.
El Génesis lo niega, y ¿quién podría
conocer por la voz la sangre hermana?
Hablasteis con Ariel esta mañana.

CARM. ¿Esta mañana? ¿Entonces el Vizconde...?

DIEGO. Es él.

CARM. Razón tenéis. ¡La voz es vana
si a nuestra propia sangre no responde!
(Ante la gran revelación
está a punto de caer
desvanecida. El de Saldaña acude
la infeliz pecadora a sostener.)
(Rehaciéndose.)
Parece que una sombra lo desvanece todo.
Que yo misma no más que vaga sombra fuera.

DIEGO. Carmen.

CARM. Nada temáis. Sabré sufrir del modo
que el que ciega de pronto. Ya pasa la ceguera.
Era mi hijo y no le conocí. Perdida
la senda, al borde estábamos de un abismo es-
[pantoso.
Don Diego: aquel peligro era tan monstruoso,
que otra vez os debemos mucho más que la vida.
(Pausa.)
Pero ¿cómo su nombre tampoco me ha podido
advertir? ¿Quién le hizo Vizconde Camporreal?

DIEGO. Es uno de mis títulos, que yo le he transferido.
Usa escudo con barras y un águila caudal.

CARM. ¡Todo ha sido fatal!
Y ese duelo inminente,
¿no podréis evitarlo?

DIEGO. Soy un hombre de honor.

CARM. Como él. Hasta ahora no comprendí el horror
de eso que todos llaman "una cuestión pendien-
[te".

DIEGO. Tranquilizaos, Carmen. Eso es lo menos grave
de cuanto le amenaza.

CARM. ¿Cuál es lo más, Don Diego?

DIEGO. Lo más es que no sabe
olvidar, y que pierde para siempre el sosiego.

Señora: hay, por bien suyo, que alejarle de vos.
CARM. ¿De mí? ¿No verle más decís?
DIEGO. Así es preciso.
CARM. ¡Es preciso! ¿Por qué? ¿Por qué, si el cielo [quiso
que le viera, este muro levanta entre los dos?
¿No eran penas bastantes el dolor y la ausen- [cia?
¿No estaban ya mis culpas pagadas con exceso?
¿Es preciso que, habiéndole tenido en mi pre- [sencia,
se vaya sin haber podido darle un beso?
DIEGO. Lo es, señora. El juego fué peligroso. Tanto
como resulta, en cosas de amor, jugar con fuego.
CARM. ¡No prosigáis, Don Diego,
que lo recuerdo todo con vergonzoso espanto!
¡Con espanto y dolor, remordimiento y llanto!
(Con un gesto de horror y suplicando luego.)
Pero no os lo llevéis. ¡Os lo pido, os lo ruego!
Yo haré cuanto en mi amor y en mis fuerzas [humanas
sea posible para lograr su desengaño:
dejaré mis costumbres y amistades mundanas;
vestiré penitente sayal de tosco paño;
cortaré mis cabellos; viviré mendicante;
flagelaré estas carnes que me repugnan hoy;
las llenaré de llagas, y, si aún no es bastante,
¡me arrastraré a sus plantas y le diré quién soy!
DIEGO. ¡Señora! ¿Sois capaz de esa revelación
insensata? ¿Lo sois de unir al desengaño
la vergüenza que pesa, como una maldición,
sobre su origen? ¿Vais a hacerle tanto daño?
¿Osaréis de repente
destruir, por saciar un cariño tardío,
lo que he ido yo librando tan cuidadosamente,
como una flor de estufa, de la escarcha y del [frío?
¡Oh, no tenéis derecho! ¡Ariel es sólo mío!
¡Y si os sentís capaz de malograr mi obra,
le guarda, frente a vos, Don Diego de Saldaña,
que le perdió un momento, pero que hoy le re- [cobra!
Señora: a vuestro hijo me llevaré de España.

(Pausa. Se han agrandado de pronto las [figuras por defender a Ariel.
Y puestas frente a frente, iguales amarguras
—el temor de perderle—sufren las dos por él.)

CARM. *(Cediendo.)*
Como siempre, Don Diego, habláis con la ra- [zón.
Yo os prometo que nunca volverá a verme. Hoy [mismo
tendréis la prueba.

DIEGO. Gracias,

CARM. Y ved que este heroísmo
me cuesta el corazón.

DIEGO. En su nombre lo acepto y por suyo lo tomo.

CARM. ¿Le amáis?

DIEGO. Sin egoísmos y sin limitación.
Con ese amor que nace, sin que se sepa cómo,
de un algo que no ha sido jamás obligación.
Y adiós. Quizá volvamos a encontrarnos, se- [ñora;
pero acaso ya nunca volváis a ver a Ariel.

CARM. Más vale no le vea si ha de ser como ahora.
¡Que el cielo os acompañe y que veléis por él!

DIEGO. Estad segura de ello. Si por él he velado
en las horas risueñas de su felicidad,
ahora, que la pierde, lo haré con más cuidado.
¡Que os sirva de consuelo el haberle salvado,
y hasta que Dios lo quiera o hasta la eternidad!

(Se inclina y vase Don Diego.
Sin fuerzas la pecadora,
por un instante, transida,
gime y llora.)

CARM. ¡Era él! ¡Y le ofrecí
la más vergonzosa ofrenda!
¿Qué alucinación, qué venda
cegó mis ojos así?
¿Por qué destino cruel
llegó a estar en mi camino,
y ahora, el mismo destino
me obliga a apartarme de él?
¡Tanto afán! ¡Tanto esperar
este día! ¿Y para qué?
¿Señor, es que no expié

mis pecados todavía?
(Transición.)
Mas ya que expiarlos deba
que él no sufra mi dolor.
Hoy mismo, dije al tutor,
y hoy mismo tendrá la prueba.
(Se sienta a un lindo escritorio
de marfil, ébano y piel.
Va escribir, pero vacila,
perpleja, sobre el papel.)
Cómo empezar...
(Escribe.)
"Hijo mío:
Auque el cielo nos aparta..."
¡Oh, no! No sirve esta carta.
Pienso en él y desvarío.
(Desmenuza el lindo pliego
y otra carta empieza luego.)
"Vizconde: Perdón os ruego
por esta ingrata sorpresa.
Si hoy os hice una promesa
heme arrepentido luego.
Os hago el mayor favor
al apartaros de mí,
y aunque no penséis así
creedme que es lo mejor.
Idos de España; Olvidad.
Así lo manda el destino;
que os guía en vuestro camino
la madre fatalidad.
No preguntéis la razón
que a tal proceder me obliga
y tenedme por amiga,
vizconde, de corazón."
(Dobla la menuda hojilla
y escribe la dirección.
Luego tira del cordón
de la campanilla,
que acaba en puño de plata,
y sale, a poco, Renata
con gran precipitación.)
Que lleven esta carta a su destino.

RENAT. *(Asomándose al jardín.)*
Alguien llega. Paró un coche a la puerta.

CARM. ¿Quién es?
RENAT. La señorita Carolina.
CARM. ¿Ella? Sal por allí, que nada advierta.

(Toma la carta Renata
y vase por la derecha.
Desde el foro, Carolina
irrumpe, más que penetra.
Trae un brazado de rosas.
Viene radiante y risueña.)

CARO. ¡Ya estoy aquí!
CARM. Radiante de alegría.
Te lo leo en los ojos y en la rosa
de tu rostro.
CARO. Madrina, ¡soy dichosa
como nunca soñé que lo sería!
CARM. ¿Luciste bien?
CARO. Lo mismo que un lucero
sobre la oscilación de mil estrellas.
¡Como un cometa inesperado, entre ellas
crucé, dejando estela, el Prado entero!
Un coche con la caja charolada;
bruñida y refulgente guarnición;
tronco bravío de soberbia alzada
y lacayos de chupa y de calzón.
Las crines que se agitan con el viento;
las ruedas que se esfuman al girar;
los muelles que suspenden el asiento
y el ruido de los cascos a la par.
Pasando la elegante carretela
despierta inesperada expectación,
por ver quién es la extraña damisela
hundida en la mollez del almohadón.
Lo mismo que una concha, la capota
plegando sus enguates tras de mí,
me sirve de respaldo en el que brota
mi chal como camelia carmesí.
Fulgores da el arnes por cada hebilla;
el tronco va causando admiración,
y pasa, tremolando, mi sombrilla,
igual que un diminuto pabellón.
Me siguen los jineres del paseo;
los coches se refrenan al pasar,
y a pie, bajo los cedros del Museo,
me miran con envidia singular.

Y, en fin, por donde fuí se alzó un murmullo;
que el Prado estaba en plena animación,
y yo era la crisáiida en capullo
que acaba de romper su cascarón.
(Se quita la capota, tira a un mueble el abanico pericón, y, sin dejar las rosas, se desploma, cómicamente, en un sillón.)

CARM. ¿Y no encontraste a nadie conocido?

CARO. Muchos. Pero hubo dos
que en potros alazanes han venido
dándome guardia, cual si fuerais vos
o la propia Montijo a quien guardaran.

CARM. ¿Quiénes?

CARO. El señor Lauro y el Vizconde.
Apenas, al pasar, me divisaron,
como a tal hermosura corresponde,
pusiéronse a mi estribo gentilmente.
Muy divertido es Lauro y hablador,
pero el de Camporreal, más atrayente.

CARM. Y más guapo.

CARO. También. Y más señor.
Tiene más distinción, mejor figura
y monta a maravilla a la alta escuela.
Por vos me preguntó con tal premura,
que al potro, sin querer, picóle espuela.
Compró luego estas flores y me dijo
que os diera una en su nombre. Tomad ésta.
Es la más bella.
(Le da una.)

CARM. *(La rehusa.)*
No.

CARO. Tomad. Lo exijo
porque así io ofrecí.

CARM. Pero es funesta.

CARO. ¿Que es funesta? ¿Por qué?

CARM. No en ti, hija mía.
(Una lágrima rueda por su rostro.)

CARO. Pero ¿cómo? ¿Lloráis? ¿Os he apenado?

CARM. ¡Si lloro es de alegría
al ver que Camporreal te ha enamorado!
Tú sola lograr puedes
que elija por mujer a una española.
Aprisiónale bien entre tus redes

y déjame llorar. Quiero estar sola.
(Sin comprender la causa
de este pesar, se va la damisela.
Apenas una pausa
y entra Renata, con cautela.)

RENAT. Señora: Ahí está él.
Al salir con la carta
me lo encontré en la calle.
Le detuve y al dársela
abrióla emocionado
y, a la primer palabra,
comenzó a demudársele
la color de la cara.
La leyó tan de prisa
que tiempo no le daba
a separar los pliegos
y a desplegar las páginas;
y al llegar a la firma,
sin responderme nada,
me apartó de su paso,
como a pluma liviana,
y, pues nadie ha podido
detenerle en su marcha,
para veros y hablaros
ha penetrado en casa.
(Esto dice, contándolo,
muy de prisa, muy rápida.)

CARM. ¿El aquí?

RENAT. Y esperando
para entrar, que yo salga.

CARM. Déjale. No le impidas
pase aquí, pues que nada
temo de él.

RENAT. ¡Ay, señora!
Tal le vi, que me espanta.
(Se dirige a la puerta
y vuelve apresurada.)
¿Llamaréis si hay peligro?

CARM. Ninguno me amenaza.
Vete tranquila y pásale,
que Dios nos acompaña.
(Con más miedo que susto,
por fin vase Renata,
mientras Carmen murmura

a modo de plegaria:)
¡Dame fuerzas, Dios mío,
que las fuerzas me faltan;
y, pues, tú solo has hecho
que le vuelva a ver, gracias!
(Entra Ariel, demudado,
estrujando la carta.)

ARIEL. ¡Carmen!

CARM. Ariel...

ARIEL. ¿Tembláis? ¿Os causo miedo?

CARM. No os esperaba ya.

ARIEL. ¡No me esperabais!
¿Pensáis que a quien escribe de este modo
se le ha de contestar con la obediencia
y el silencio, no más, como un cobarde?
¿He de sufrir que me digáis, vos misma,
la que me hablasteis ha tan pocas horas
con tanto fuego, lo que en esta carta
escrito habéis después? ¿Y la promesa?

CARM. Ignoro esa promesa. Habéis soñado.
Yo nada os prometí.

ARIEL. Sí, sueño ahora,
de oír lo que decís en vuestros labios.
Si alguien me hubiera dado un bebedizo
no me hallara más fuera de la vida
que creo estar en este instante. Sueño.
Vos lo habéis dicho. Sueño, y esta carta,
—¡áspid traidor!—, es sólo una quimera.
¡Basta de engaños! ¡De ficciones basta!
Si queréis avivar con negativas
mis pasiones de mozo, para luego
—la cadena a mi pie—tenerme esclavo,
vano será que lo intentéis. No quiero
prestarme a juego tal. ¡Ni mi impaciencia
ni la sed de mi amor sufren espera!
(Se prepara el doncel para el ataque,
y ella, que ya recela, se separa.)

CARM. No habléis de amor, Ariel. Os lo suplico.
No perdáis, si he de oiros, la cordura.

ARIEL. Que la pierda queréis. ¡Os amo, Carmen,
con tanto amor, que lo daría todo,
hasta la eterna salvación, por veros
entre mis brazos!

CARM. *(Aterrada.)*

¡Oh! ¡Callad! ¡Me espanta
que en ese tono habléis!

IEL. ¿Por qué os espanta?
Antes no me temíais. Me juzgabais
el amante mejor favorecido
de toda la ciudad. Yo no he cambiado
y ahora os parezco, hasta de hablarme, indigno.
Sois vos la que cambió. ¿Por qué? ¿Qué causa
así os mudó, como veleta al viento?
¿De este modo pagáis a quien su vida
se jugara por vos? ¡El pago es éste!
Explicarme quisiera tal misterio
y siento que la frente se me parte.

RM. *(Desalentada y con tristeza.)*
No le busquéis explicación, en vano.

IEL. ¡Carmen, por caridad! ¡Ved que la muerte
es mejor que el tormento de la duda!

RM. ¡Mi pobre Ariel! ¡Enloquecéis sin causa
y yo no os puedo aminorar la pena!
Haced de mí lo que queráis. Matadme,
y le daréis descanso al alma mía;
¡yo sufro más que vos, y con más fuerza!
Pero no pretendáis que este misterio
jamás deje de serlo. Yo os confieso
mi gran culpa. Cruel en el engaño,
tan sólo por maldad os di esperanza.
Odiadme, despreciadme: lo merezco.
Acumulando sobre mí los odios
os libro del amor que os atormenta.

IEL. No. El engaño es ahora. Ahora es cuando
me mentís cruelmente, y sólo Dios
sabe por qué motivo. ¡Carmen! ¡Carmen!
Os di mi corazón con el impulso
del ave que se lanza al primer vuelo,
sin saber que caería de tan alto.
Os entregué los bienes que tenía:
juventud, ilusión, el cuerpo, el alma,
y una sed insaciable de venturas
a cambio de una mísera limosna
de amor. ¿Qué más queréis? ¿Qué más tenía?
Vi la felicidad en vuestros ojos;
os lo dije; supisteis que ansiaba
apoderarme de ella impetuoso,
y, en vez de separarme del engaño,

sin nada que a alentarme os obligara,
me alentasteis en él, como rendida
al vivo fuego de mis años mozos.
Y cuando yo creí que la promesa
iba a ser realidad, que la cumplíais
—mujer al fin de corazón ardiente—,
con impaciente y generoso celo,
descubro que no sois más que una pobre
mudable y caprichosa aventurera
interesada, ignoro con qué fines,
en excitar y enardecer a un hombre.

CARM. ¡Ariel, que no es así!

ARIEL. Como una astuta
que retarda a sabiendas la caída,
para gozar, dominadora, el triunfo
de haber tenido suplicando al mismo
que antes que suplicar se mataría.
(Transición.)
Mas esto no ha de ser. Si imaginabais
jugar conmigo, como juega el agua
con la flor desprendida del vilano,
yo me sabré esquivar del remolino
traidor en que queréis aprisionarme.
¿Qué mal os hice yo? ¿Cuál es mi falta
para que así me lo paguéis?

CARM. Ninguna.
Sólo me hicisteis bien. Mas yo así pago.
(Para sí.)
(¡Y así sufro también!)

ARIEL. Como Medusa,
sois nada más que un nido de serpientes.

CARM. ¡Ariel! ¡Por caridad!

ARIEL. ¿Vos la tuvisteis?
(Yéndose, poco a poco, hasta la puerta.)
Hoy, al alba, me bato, y aunque sea
por mujer sin honor, no me arrepiento;
lo haré sinceramente. Mas, oídme:
Si salgo bien me marcharé de España
para no veros más. Pero si tengo
la suerte de morir, como querría,
rezad por mí. Sólo, al rezar, os pido
que, una vez ante Dios, seáis sincera.
(Inicia un paso más, pero ella, loca de espanto y de dolor, le ataja el paso.)

CARM. No os batiréis, Ariel. Esas palabras
me han desgarrado el corazón. ¡Oídme!
¡Compasión para mí, que traspasado
tengo el pecho como una Dolorosa
por agudos puñales. Perdonadme
por todo el mal que os haga y pueda haceros;
pero sabed, al fin, que estoy muriendo
desde que sé que en el maldito lance
os habéis de poner ante el siniestro
cañón de una pistola, y siento el frío
y el soplo de la muerte.

ARIEL. ¡Hermoso engaño!

CARM. ¿Qué respondéis, Ariel?

ARIEL. Que si vos sois
una infame que falta a su palabra,
yo cumplo la que doy: iré a batirme.

(Da otro paso el doncel. Carmen le alcanza ya en la puerta, y en ella se interpone.)

CARM. ¡Por la última vez, os lo suplico!

ARIEL. ¡Digo que me dejéis, mujer liviana,
y que os odio, os desprecio y os maldigo!

(Con un supremo arranque la separa, y vase, al fin, Ariel. Pegada al quicio de la puerta, que apenas la sostiene, clama la Sevillano este lamento:)

CARM. ¡Dónde existe un castigo semejante
a que me acuse de liviana un hijo!

(Un profundo silencio. Es ya de noche y el salón está en sombras. Por la diestra entra Renata. Trae dos candeleros encendidos, que pone en la consola donde, en fanal de vidrio, luce la Dolorosa sus puñales. De este modo parece la consola un altar. Luz en la estancia. Renata ve a su dueña, y, débilmente, se atreve a preguntar, sin acercarse:)

RENAT. ¿Queréis algo? ¿Sufrís?

CARM. No. Nada quiero.

RENAT. ¡Pobre! ¡Yo bien temí lo sucedido!

(Vase Renata. Carmen vuelve a escena lo mismo que un espectro. Se dirige al espejo ovalado, y, contemplándose, desencajada y trágica, murmura:)

CARM. Esta es tu obra, Carmen Sevillano.
Diste un hijo a la vida, y cuando en ella
te cruzaste con él, como una extraña
que había de fingir indiferencia,
te desprecia, te insulta, te maldice,
y, lo que es más horrible, te desea!
¡Dí, tú, carne mortal, investidura
pecadora, maldita y pasajera:
¿para qué me has servido, para qué,
miserable tercera
de todos mis pecados capitales
y todas mis vergüenzas,
sino para castigo inexorable
de mi culpa primera?
¿Dónde mayor castigo que tu triunfo?
¿Dónde pena mayor que tu belleza?
¡Erguida entre los dos, como imposible
barro sucio y carnal, que le atormentas,
has sido, para mí, mayor martirio
que la deformidad y que la lepra!

(Deja el espejo y se dirige luego a la consola llena de luz. Se hinca de hinojos y esta plegaria reza:)

¡Señora, madre y virgen que clavada
miraste al Nazareno en la madera
de la cruz infamante: oye mis súplicas,
que son extrañas, pero son sinceras!
¡Quisiera ser como la más horrible
miserable mujer! ¡Si al verme tiembla
de amor estremecido, que temblase
de caridad y de terror quisiera!
¡Si gusta de mi rostro, haz que una brasa
le vuelva llaga negra;
si de mis ojos el fulgor le turba,
haz que me quede ciega;
si de mis labios la fragancia ansía,
marchitalos como la hoja seca;
si el perfume le atrae de mis cabellos
de ellos te haré, arrancándolos, ofrenda,
aunque fueron orgullo de mi vida,
corona real, penacho y diadema;

(Esto escribe el autor pensando, de la actriz, en la enfoscada cabellera.)

si le atraen de mis manos las caricias,
sólo su piel y su esqueleto deja;
y si sólo la muerte con su frío
—ante el que todo se respeta—,
puede hacer que me mire una vez sola
limpio de toda material idea,
dame la muerte pronto, que deseo
al lado suyo estar, aunque esté muerta!

(Rompe a llorar amargamente, cuando la llama el Conde, que penetra.)

CONDE. Carmen.

CARM. ¿Quién está ahí? ¿Quién se ha atre- [vido
a profanar mi llanto?

CONDE. Quien ha visto salir al que ha salido,
sin sospechar que os impresione tanto.

(Ella se yergue, al verle, tan altiva como humilde se hallaba. Enjuga el llanto, y le apostrofa con vibrante orgullo, que ha vuelto a resurgir la Sevillana.)

CARM. ¡Ah! ¿Sois vos? ¡El pasado vergonzoso
que me viene a acusar!
¡Idos! ¡Idos de aquí; me sois odioso!
¡Dejadme arrepentirme y suplicar!
¡El más sublime sentimiento humano
arde en mí con inmensa llamarada!
¡Sabedlo: Si hasta aquí, la Sevillana,
fué por sus liviandades afamada,
desde hoy ha de ser la más honrada
que haya nacido bajo el sol hispano!

(Corta, el telón, su gesto soberano, y así termina la tercer jornada.)

FIN DEL CAPITULO TERCERO

CAPITULO CUARTO

LA SOMBRA DE LARRA

DECORACION DEL CAPITULO CUARTO

Aposento en la casa de Ariel.
El ornato, elegante y severo,
tiene, en todo, el mundano desorden
de cualquier mansión de soltero.
Las paredes—de un suave damasco

verde, malva o tabaco, cubiertas—,
circundadas con zócalos de oro
y remates Luis XV en las puertas.
Pocos muebles. De estilo romántico
y con cierto candor femenino.
Raso y ébano. Sillas curvadas.
Un hermoso tapiz filipino,
y un sofá de tres cuerpos, rasero,
tan de oblicuo respaldo enguatado
que, sentadas en él, las figuras
más parece que se han acostado.
Hace el foro una ochava, y, en ella,
por un arco, entre dos cortinones,
se ve el lecho de Ariel, sus copetes
y sus tallas con incrustaciones.
De la ochava a un costado, de modo
que la luz entra por diagonal,
iluminan la escena, dorándola,
las vidrieras de un gran ventanal.
Al opuesto costado, un sencillo
escritorio, de airosas gavetas,
en el cual un rimero de libros
muestra sus cantoneras discretas.
Una mesa volante en el centro
y sobre ella una gran tabaquera.
En el muro, la estufa encendida
deja ver el fulgor de la hoguera.
Una fina pantalla chinesca
corta el vivo calor del humero,
y un reloj, en el mármol, su péndola
mueve al lado de un gran candelero.
Blancas puertas a un lado y al otro.
En el muro, arandelas, bujías,
y, pequeñas, en marcos ovales,
dos o tres cromolitografías.
Media tarde de invierno ha corrido
cuando se alza el telón. En escena,
hacen círculo a *Ariel*, que está herido,
Lauro, Floro, Narciso y *Villena*.
En el amplio sofá de tres cuerpos,
reclinado y doliente, está Ariel.
Los demás, como el grupo de próceres
que pintara en su estudio Esquivel,
se pasean, se sientan y llegan

a tomar, con suprema elegancia,
el rapé, que, en la gran tabaquera,
hay dispuesto a mitad de la estancia.
Da comienzo la acción. A Villena
tiende Ariel, generoso, su mano.
Y el crepúsculo empieza a apuntarse
de la clara vidriera en el vano.

IEL. Villena, ésta es mi mano. Si sois el que me ha [herido,
confieso que acudisteis por la fuerza al terreno,
aunque nunca lo hubierais rehuido;
y ya que la fortuna de hallaros más sereno
os dió tal puntería
que casi tuve el corazón tocado,
quiero, pues hace un mes en este día,
que hoy dermos al olvido lo pasado.
LE. ¡Generosa humildad! ¡El agraviado
suplicándome olvido!
Pues soy quien ofendió, perdón os pido.
(Se abrazan. El abrazo no parece fingido.)
JRO. ¡Así acaban cuestiones de mujeres!
)RO. Se dice que la dama de la historia
de virtud un modelo se ha tornado.
Al mundo ha renunciado,
no sale de la iglesia y sus deberes
y asciende por la escala de la gloria.
RCI. No recordéis la causa.
)RO. Ni lo intento.
EL. Me daréis el mayor de los placeres
si lo borráis hasta del pensamiento.
(Volviéndose a sentar con desfallecimiento.)
Decidme qué se cuenta de la muerte de Larra.
Preso aquí, sólo sé lo que hablan los diarios;
y del raro suceso que el corazón desgarra,
traen pocos pormenores y muchos comentarios.
Mi tutor fué al entierro con Vega y Mesonero,
y él nos dará detalles.
Pero entretanto, amigos míos, quiero
saber lo que se dice por las calles.
¿Es verdad el rumor? ¿Se ha suicidado
por Dolores Armijo, la casada?
E. Cierto es.
EL. ¡Infeliz enamorado

de quien jamás le mereciera en nada!
¿Le han expuesto?

LAURO. En la bóveda severa
del templo de Santiago.

VILLE. Y ha desfilado la ciudad entera
para rendir al escritor en pago
su admiración postrera.

LAURO. Yo le he visto. Tendido como en un blando
[c
vistiendo su levita Lord Grey, abotonada,
estaba, con las manos cruzadas sobre el pec
igual que si aún siguiera rogando a su adora
La rígida corbata, la nítida pechera
y las amplias solapas del afelpado cuello,
hacían más intensa su blancura de cera,
de los cuatro blandones al pálido destello.
Bajo un mechón rebelde, discreta y escondi
como íntima vergüenza del caballero inerte,
mostrábase purpúrea la boca de la herida
que dió escape a la vida y entrar dejó a
[mue
Vidriosas las pupilas; la mano agarrotada;
un hilillo de sangre manando de las sienes,
sonreír parecía, burlón ante la nada,
mostrando el más supremo de todos sus d
[den
La crespa cabellera nimbándole la frente;
la barba, corta y rala; el rostro marfilino;
y el gesto en un sublime desprecio indifere
para todo lo humano y todo lo divino.
Aquel humor tan suyo, tan fino y elegante;
aquel amargo hastío y aquel dolor profundo,
le hacían tan ausente, tan vago y tan distan
que, al morir, parecía que volviese a este mun
Fuera de él vivió siempre. Más tarde o más
[tempra
tenía que librarse del peso de la vida.
Lo de menos fué el hecho. No era "Fígaro"
[humar
y siendo de sí mismo vasallo y soberano,
dió al alma, cuando quiso, para volar, salida.

(Apenas Lauro acaba de hablar, entra D
[Die
con chistera y enlevitado.)

Saluda. Pulsa a Ariel y accede luego
a contar lo que ha presenciado.)
Pero aquí está Don Diego, que dirá lo que resta.

DIEGO. Señores.

ARIEL. Comentábamos la novela funesta
del pobre "Fígaro", y queremos
nos relatéis lo que venís de ver.

DIEGO. Vengo de ver, señores, que tenemos
un poeta que acaba de nacer.

LAURO. ¿Un poeta?

DIEGO. Al que apenas si le despunta el bozo
y se le acusa la perilla.

FLORO. ¿Inspirado?

DIEGO. ¡Genial!

VILLE. ¿Quién es el mozo?

DIEGO. Se llama, a lo que oí, José Zorrilla.
(La noticia produce el natural revuelo.
Unos piden detalles a Don Diego.
Otros se sientan, y el tutor, en pie,
cuenta lo sucedido en el entierro.
Antes toman un polvo de rapé.)

LAURO. Detallad, cual merece, el sucedido.

VILLE. Atentos estaremos al relato.

ARIEL. Sentaos, y escuchad.

DIEGO. Resulta grato
en esta tarde de ventisca y ruido
en que, por ironías de la suerte,
celebra el Carnaval su tercer día,
lejos de la grosera algarabía
del populacho y la careta,
hablar, no de la muerte,
sino del nacimiento de un poeta.
(Transición.)
Como una masa negra, las gradas de Santiago,
al dar las cuatro, están en imponente duelo.
Sopla un ábrego frío, como fantasma vago,
y una nube siniestra de pronto nubla el cielo.
Severos, enlutados con levita y chistera
—todos muy afectados, todos muy elegantes—,
se apiñan, apretados por una espesa hilera
de artesanos curiosos y máscaras tunantes.
Allí están los Romea, Martínez de la Rosa,
Alenza, los Madrazo, Bretón, Roca Togores,
Hartzenbusch...

ARIEL. Espronceda.
DIEGO. No. A Espronceda
[le acosa
el reuma y le tienen postrado sus dolores.
Allí, cuanto es en letras, en artes o en política,
de algún merecimiento,
sumándose al cortejo del fénix de la crítica,
va a darle, entre la risa canalla, enterramiento.
Atrás queda Madrid. Salimos por la Puerta
de Fuencarral. Al fondo se yerguen los tapiales
del viejo camposanto, donde una sombra incierta
confunde, en su silencio, cipreses y nichales.
Se abre el féretro. Todos nos descubrimos. Larra
parece que dibuja, burlón, una sonrisa.
El sol se pone. El cielo, de pronto, se desgarra
y, tras de los cipreses, el crepúsculo irisa.
Hablan Roca Togores, Salas, Díaz, Quiroga.
Luego, Alberto Benito le dedica un soneto.
Van a cerrar el nicho. La angustia nos ahoga.
Parece que suspiran detrás de cada seto.
Y cuando todos juzgan que el acto ha terminado,
Joaquín Massard avanza, trayendo de la diestra
a un pálido mancebo, enjuto, espiritado,
que unos versos a Larra en la siniestra muestra.
Empieza a hablar. Al pronto su voz es insegura.
Tiembla, duda, vacila; pero, al segundo verso,
la voz se hace más dulce, más cálida y más pura,
y el tono más vibrante, más nítido y más terso.
Le oímos asombrados. La voz es ya divina.
Se olvida dónde estamos y a lo que hemos veni-
[do.
Frente a un cisne que calla, un ruiseñor que
[trina.
¡Si un corazón ha muerto, un pájaro ha nacido!
Larra parece oírle y humanizar su gesto.
Quizá, por vez primera, serena está su alma.
¡Se ha adueñado, el poeta, del paraje funesto,
y recita, creciéndose, con admirable calma!
Y cuando, con la rima de la final cuarteta,
el sublime conjuro de la voz del poeta
hace correr el llanto sobre cada mejilla,
mientras de un nicho oscuro llena "Fígaro" el
[hueco,
se estremecen las almas, y perdiéndose el eco,

pregona por los campos de la vieja Castilla:
¡Si "Fígaro" se ha muerto, ha nacido Zorrilla!

(Termina su relato,
Se borra la emoción,
y el grupo se deshace
con precipitación.)

ILLE. En fin, no hay que olvidar que pese a todo
el valor de tal pérdida, hoy es día
de holganza y de alegría,
y a holgarme voy.

LORO. Opino de igual modo.
¿Dónde cenáis?

ILLE. En la botillería
de Canosa.

IARCI. A cenar y al baile luego.

ILLE. Hasta más grato ver, señor Don Diego.
Ariel, vuestra salud estimo en mía,
y por última vez, perdón os ruego.

RIEL. ¡Con Dios vaya el modelo de hidalguía!

ILLE. El os dé el bienestar.

DIEGO. *(Aparte.)*
Y a mí el sosiego.

(Los tres galanes se van:
Floro, Narciso y Villena.
El tutor, tras de una pausa,
dice, yendo hacia la diestra:)

También yo voy a mi aposento. Es tanta
la profunda emoción que he recibido,
que aún siento la congoja en mi garganta.

AURO. Pues id y descansad. Yo de Ariel cuido.

(Vase Don Diego, y al salir
se cruza con el aya Filomena,
que en su busca venía. Entre los dos
hay esta breve escena.)

DIEGO. ¿Ha venido?

ILOM. Ha ya una hora.

DIEGO. ¿Y espera?

ILOM. En vuestro aposento.
¡Da pena ver su tormento!

DIEGO. ¿Qué hace?

ILOM. Suspira y llora.

DIEGO. La expiación la devora
a fuego lento.

(Vase Don Diego. El aya Filomena,

que con pretexto de encender venía,
pues ya en penumbra se quedó la escena,
a encender va la luz de una bujía.
Pero Ariel se lo estorba
y pide, en cambio, que le avive el fuego.
La ancianita se encorva,
echa leña, suspira y vase luego.)

FILOM. ¿Enciendo?

ARIEL. No. Del hogar
avivad la lumbre, pero
no encendáis el candelero,
que esta luz crepuscular
es más agradable.

FILOM. Sea.

LAURO. ¿Vais a decir que el mejor
candelero es el fulgor
de la tea,
como Bretón asegura
que no hay, para un friolero,
mueble mejor que el brasero?

ARIEL. Graciosa es la denosura
y de Bretón la letrilla.

LAURO. ¿La leísteis?

ARIEL. Solazado.
Mas dejad citas a un lado
y acercaos a la hornilla.

(Aya Filomena sale. Su toca se balancea.
Los amigos quedan solos. Hace gran llama una
[tea.

ARIEL. Hace tiempo que deseo
hablar a solas con vos.

LAURO. Pues ya lo estamos los dos,
que ésta es la ocasión me creo.

ARIEL. Más que hablar es preguntar.

LAURO. ¿Y yo os he de responder?

ARIEL. Vos.

LAURO. ¿Qué queréis saber?

ARIEL. Lo que hacéis por ocultar.
Cuando herido gravemente
me trajeron, vos, conmigo,
como el más adicto amigo
estábais constantemente,
y con amor sobrehumano
hicisteis junto a mi lecho

lo que sólo hubiera hecho
un hermano.
Mas, de pronto, sin razón,
en cuanto fuera me hallasteis
de gravedad, os marchasteis
como por escotillón,
y, sin que sepa por qué,
no volvisteis hasta hoy

LAURO. Pues a deciroslo voy,
porque yo sí que lo sé.
Ariel, si no he vuelto a veros,
no lo juzguéis desamor,
sino amor, que era mejor
no veros que aborreceros.
No ignoráis, amigo mío,
que yo a Carolina amaba,
y que ella se os inclinaba
como la caña hacia el río.
Lo vi. Pretendí esperar
y sufrí calladamente.
Mas ¿quién sufre la corriente
que nos arrastra al pasar?
Y por no encontrarme en ella
con quien frecuentaba tanto
vuestra casa ahogue mi llanto
y escapé sin dejar huella.
Lo mejor fué lo que hice:
no volvería a ver jamás
antes que, pasando a más,
una pasión me esclavice
y me arrastre a perdición
como a "Fígaro" la suya.

ARIEL. ¡En vano es que se rehuya
cuando es, de verdad, pasión!

LAURO. Verdad o no, yo soy fuerte
para vivir y olvidar.
Es insensato pensar
que está el remedio en la muerte.

ARIEL. A saber vuestra querella
con tiempo...

LAURO. ¿Qué haríais vos?
¿Qué podríamos los dos
contra el corazón de ella?
Más tarde o más pronto, un día

con ella habéis de casar.
¿No es mi deber olvidar
a quien deja de ser mía,
cuando mi amigo leal
y la mujer que elegí
ya no han de ver más en mí
que un amante y un rival?
Vos, quizá, no la queréis;
pero ella os adora tanto
que, sin querer, seca el llanto
que ha tanto tiempo vertéis.
Y al final, enamorado,
o tan sólo agradecido,
os entregaréis, rendido,
a lo que estaba mandado.

ARIEL. ¡Es cierto! Mas, en verdad,
aún no la puedo querer.

LAURO. No importa. Basta saber
que hacéis su felicidad.

ARIEL. No sé si la hago. Pero
sé, en cambio, que en torno mío
se va agrandando el vacío
de todo lo que más quiero.

LAURO. Hay vacíos que amor son.
Y, pues lo debo probar,
sabed que me hago a la mar.

ARIEL. *(Con extrañeza.)*
¿Que os vais?

LAURO. En navegación.
Con ansia de hallar olvido,
siempre inquieto y ambicioso,
cansado de estar ocioso,
salir de España he pedido.
Y en un bergantín velero
de amplia eslora y largo andar,
muy pronto saldré a probar
mi suerte de aventurero.
Vine a deciros adiós.
De otro modo no viniera.
(Un silencio entre los dos.)
¿Qué pensáis?

ARIEL. ¡Que quién tuviera
la resolución que vos!

¡Marca el rumbo nueva estrella
y nada de él os desvía!

LAURO. ¡Adiós!

ARIEL. ¿Ya os vais?

LAURO. No querría
encontrarme aquí con ella.
Y aunque por ella me voy,
nunca olvidéis que, si ausente
os estoy corporalmente,
junto a vos en alma estoy.

ARIEL. Lo sé. Mas vuestra partida
me pesa.

LAURO. ¡Liviano peso!

ARIEL. ¿Entonces?...

LAURO. ¡Hasta el regreso,
si es que regreso con vida!

*(Se abrazan. Hasta la puerta
le acompaña Ariel. Suspira.
Vase Lauro y él no acierta.
si es realidad lo que mira.)*

ARIEL. Que Dios vuestros pasos guíe.

LAURO. Y que ella os haga dichoso.

ARIEL. *(Para si.)*
Siempre saldrá victorioso...
¡Se va llorando y sonríe!

*(Apenas Ariel se calla
y vuelve a escena
a encender de una pantalla
la luz que el recinto llena,
entra el aya
Filomena.)*

FILOM. ¿Al fin se fué el señor Lauro?

ARIEL. Al fin, aya Filomena.

FILOM. Pues un recado os diré
que el tutor mandóme os diera
cuando a solas estuvieseis.

ARIEL. Habla.

FILOM. Lo haré; mas me pesa.
Me pesa porque fué mucha
la disipada tormenta,
para que perdáis el juicio
nuevamente, y yo le pierda.

ARIEL. ¿Tanto padeciste?

FILOM. Tanto

que ignoro quién me dió fuerzas
para sufrirlo.

ARIEL. El cariño,
que las saca de flaquezas.

FILOM. Primero el susto tan grande
cuando os trajeron aquella
noche, todo ensangrentado
y sobre unas parihuelas;
después el rostro impasible
del doctor Floro, que apenas
si respondía, cruel,
a la incertidumbre nuestra,
diciendo: "¡Sólo le puede
salvar la naturaleza!"
Luego los días eternos,
tras de las noches eternas,
las veladas, los delirios,
siempre con el mismo tema,
diciendo siempre las mismas
palabras.

ARIEL. ¿No las recuerdas?

FILOM. ¿No he de recordarlas, si,
a fuerza de oírlas, eran
mi pesadilla también?
Sin que ninguno pudiera
conteneros, os sentabais
en el lecho, y cual luciérnagas
brillaban vuestras pupilas
fijas en la sombra negra,
y decíais: "No eres tú
quien dices. Tú no eres ella.
Ella es otra y yo la adoro.
¡Aparta, visión siniestra!"

ARIEL. Y Don Diego, ¿qué decía?

FILOM. "Esta es la crisis que debe
curar su pasión funesta."
Yo, la verdad, soy más simple
que un cordial hecho con hierbas,
y jamás pude entender
qué clase de pasión era
de la que hablaba Don Diego.

ARIEL. Ni es posible que lo entiendas.

FILOM. Pero ¿existía?

ARIEL. Existía.

LOM. Pues vos lo decís, no queda
más remedio que creerlo.
Yo no lo creí pero ella
algo sospechaba, aunque
nada dijo.

RIEL. ¿Y quién es ella?

LOM. ¡Qué pregunta! Carolina.
Esa sí que ha sido buena
para vos. Casi una santa.
Todos los días, risueña,
acompañada de Don
Diego o de su camarera,
a prodigaros venía,
con amor y con paciencia,
sus rezos de enamorada
y sus dones de enfermera.
Estiraba el cobertor,
mullía la cabecera,
preparaba las mixturas
y disponía las vendas.
No desfallecía nunca,
nunca la faltaban fuerzas
y a todos nos confortaba
con ánimo y entereza.
Mucho os quiere Carolina.

IEL. Yo también.

LOM. Mas no como ella;
que, aunque simple, no soy tanto
que ciertas cosas no advierta.
Y me voy. No quiero hablar,
sin querer, más de la cuenta.

*(Se aparece Don Diego,
como siempre, en la puerta,
y al verle se atolondra
el aya Filomena.)*

EGO. ¿Hablarás indiscreciones
de las que el llanto nos cuestan?

IEL. Perdonad. Yo la entretuve
gozoso de retenerla.

EGO. *(Al aya.)*
Vete, y cuida de quien sabes;
mas su silencio respeta.

*(Se va la ancianita, mansa
como una pobre cordera.)*

DIEGO. Ariel, hemos de hablar, pero serenamente;
sin exaltarte con fuego de adolescente;
como un hombre sensible, mas que razona y
[sien
y sabe ser, a un tiempo, abnegado y pruden
ARIEL. Habladme sin temor. Mis llagas se han cura
DIEGO. ¿Del todo?
ARIEL. Ignoro si, como al Crucificado
sangra perpetuamente la herida del costado,
la mía será eterna. Pero, casi ha cerrado,
Mirad si estoy sereno, y si me siento fuerte.
DIEGO. Así me place oírte.
(Pausa.)
Ariel, quiso la suerte
que lo que tantos años luché para esconderte
revelado te fuera, en peligro de muerte,
por quien siempre callarlo debiera. Lo temía
como algo que mi pobre corazón presentía.
¡Este péndulo antiguo que, un día y otro c
en la caja del pecho sólo cuerda tenía
para cuidar el ritmo de tus palpitaciones,
de tus revelaciones y de tus ilusiones!
¡Nuestras almas gemelas eran los dos bordo
de unísonas guitarras, que, con distintos sor
vibrasen a la vez bajo la misma mano!
ARIEL. No acierto a comprenderos, Don Diego.
DIEGO. Mas fué en va
cuanto hice. El instinto, vendaval soberano
que a su paso derrumba todo el esfuerzo hur
[
te trajo junto a ella. Lo demás... Ya lo sab
Tus heridas del cuerpo no fueron las más g
[v
Pero ya es hora de que tu suplicio acabes.
Pues todo está perdido, debes quemar las nav
las de tu alma. Al paso del furioso ciclón,
pueden flotar apenas. Tu pobre corazón
zozobra.
ARIEL. ¿Y quién acude a darle salvación?
DIEGO. Tu madre. En mi aposento espera tu perd
(Salta Ariel de su asiento con súbita emoció
ARIEL. ¡Oh, no! ¡Que no la vea! ¿Era esto, Don Die
lo que queríais? ¿Esto lo que, insensato y cie

pretendéis? ¿Y aún queréis que os oiga con [sosiego
sin que se avive de mi adolescencia el fuego?
Le perdono pecados, maldades, impurezas;
sus pobres egoísmos y sus tristes riquezas,
pero nada más.

EGO. Sigue. Si perdonando empiezas
el origen de todas sus livianas flaquezas,
¿por qué quieres odiar y a ti mismo te engañas?
¡El odio y el rencor te son cosas extrañas!

IEL. ¿Pero olvidáis que quien me tuvo en las entra- [ñas
hizo lo que no harían las mismas alimañas?

EGO. No lo olvido. Mas creo que ha sufrido bastante.

IEL. Yo más que ella.

EGO. Tú no; tu dolor fué de amante:
cosa que el viento aviva o apaga a cada instante.
El de ella es más profundo y será más cons- [tante.
Su dolor será eterno.

IEL. Y eterno será el mío.
Aún no basta, Don Diego. Mi pecho está vacío
como el hoyo de un árbol que se ha llevado el [río.
Mi madre no me inspira nada más que desvío.
Me infundió una pasion de mujer, tan ardiente,
que me arrastró como a un cordero la corriente.
Aún no basta. Que sufra como yo, que, inocente,
por ver a la sirena rodé por el torrente.

EGO. Aún no basta, me dices. ¿Juzgas poco el castigo
de arrastrarse a tus pies, de humillarse contigo
y de verse insultada por ti?

IEL. ¡No basta, digo!
¡Más grande ha sido el crimen que cometió [conmigo!

EGO. Y mayor todavía la tortura de verte
abandonar su casa corriendo hacia la muerte,
para caer, más tarde, bajo una bala, inerte,
sin poder auxiliarte ni poder defenderte.
Es imposible, Ariel, tormento parecido.
Yo bien sé todo lo que por ella has sufrido;
¡pero si ella, al nacer, te arrojó de su nido,
te has vengado con creces, porque la has mal- [decido!

(Señalando a un sillón en la sombra escondid
¡Cuántas noches, en ese mismo sillón, senta
cogiéndote la mano, pálida y abrasada,
velando tu delirio, lloró desesperada
desde el poniente sol a la triste alborada!
Te has vengado con creces causándola el tor-
[men
de que, entonces, aquí, en tu mismo aposento,
cuando hijo te llamaba con su más tierno acen
febril la respondías, en tu apasionamiento,
con caricias ardientes y palabras de amante.
Y ahora dime, en conciencia, si no ha sido ba
[tan
(Ariel dice, después de dudar un instante:)

ARIEL. En conciencia, no sé. Me siento vacilante
como flecha de brújula que no acierta el cua-
[dran

DIEGO. Ya va acertando, Ariel. Pasada la tormenta,
vuelve el río a su cauce, la borrasca se ahuyen
y aunque deja en los cielos su ráfaga sangrien
las almas se iluminan, la claridad aumenta.
¿No ha de llegar la luz hasta tu corazón
igual que un arco iris, para nimbarle con
su nimbo de piedad y conmiseración?
(Pausa.)
Ariel, habla. Tu madre espera tu perdón.
Es hora de olvidar. Perdónala te digo.
¿O es que vas a llevar el rigor del castigo
hasta su muerte? ¿Callas? ¡Me he engañado
[conti
Yo creí que en tu pecho no cabía enemigo,
y que tu corazón más de mi rama era
que de la suya.

ARIEL. *(Entregándose.)*
Sí. No os engañáis. Cualqui
le vence.

DIEGO. Entonces... ¿si viniera la que espe

ARIEL. Mi corazón es vuestro: para el perdón vinie
Pero que aguarde aún. Yo la prometo un
como a madre tenerla. Y en la conciencia n
ya la tengo por tal. Pero aún no podría
llamarla madre. Ved que es pronto todavía.
No es fácil olvidar. No basta decir quiero
reconciliarme con quien me clavó su acero,

para que en nuestra carne se cierre el agujero.

EGO. Mas el tiempo es un sabio constante curandero
que a las almas aplica la redoma encantada
del olvido.

RIEL. En la mía la doy por aplicada.
Pero no me pidáis que, en sólo una jornada,
lo que hasta ayer fué todo se me convierta en
[nada.
Decidla que perdono. Decidla que levanto
mi castigo. Decidla que enjugaré su llanto;
que cubriré de besos el borde de su manto;
mas que espere, que espere, y que sufra entre-
[tanto.
¿Qué más puede pedir? ¿Qué más puedo entre-
[gar?
Y decidme, en conciencia también, si cabe dar
una prueba mayor menos a mi pesar.

EGO. *(Con resolución.)*
No, en conciencia. La acepto, y que sepa espe-
[rar.
*(Hace intención Saldaña como de echar a an-
[dar.)*

IEL. *(Deteniéndole.)*
Mas, oíd. Ahora yo soy el que hablaros quiero.
Ya supondréis de qué. Como buen consejero
me venís predicando hace tiempo. Primero
me advertíais el brillo de un singular lucero
que iluminaba a ratos, con su luz diamantina,
la triste oscuridad de este hogar. Carolina
lo llenaba de gracia y de luz matutina.
Luego me hablasteis de ella como de una divina
criatura, mitad arcángel y mitad mujer,
que me amaba en silencio y acaso sin saber.
Después...

EGO. Que sólo ella era capaz de hacer
de ti otro. ¿Y ha sido?

IEL. No. Mas pudiera ser.
Como la gota de agua sobre la roca fría
horada lo que el duro diamante no podría,
vuestras predicaciones, un día y otro día,
perforaron la roca que en mi pecho tenía,
y he pensado casarme.

EGO. ¿Con ella?

IEL. Sí, con ella.

Yo soy la oscura noche, Carolina es la estre
Veremos si me alumbra o si apenas destella
en la noche sin luz de mi negra querella.

DIEGO. Pero, ¿la quieres?

ARIEL. Sí. Lo mismo que a una herma

DIEGO. No basta.

ARIEL. Ya lo se. Pero acaso mañana
se trocará este amor en cosa más pagana.
Hoy, la tomo en defensa de mi flaqueza huma

DIEGO. Pues que ello sea para encauzar lo pasado,
Dios te dará el alivio y el amor esperado.
Y ahora, adiós, Ariel. Estarás fatigado.
¡Descansa, duerme y sueña como un enamora
(Vase.)

ARIEL. *(Solo.)*
Como un enamorado de lo que no es posible
¡Madre mía y mujer que eres toda mi vida!
¡En este mismo asiento velaste la terrible
calentura en mi carne por tus ojos prendida
(Se aproxima al sillón que señaló Saldaña y lo acaricia con delectación extraña.)
¡Oh, brazos del sillón, que la estrechasteis!
¡Objetos cotidianos que rozasteis
leve, al pasar, el tafetán de seda
que ella arrastró por el indigno suelo!
¡Conservad el perfume que aspirasteis!
¡Quedad conmigo, y que en vosotros pueda
para siempre tener algún consuelo!
(Entra a escena y le sorprende sumido en honda abstracción, una dama enmascarada con careta y dominó.)
(Ariel queda sorprendido ante tal aparición.)

MASCA. Triste te hallo, Camporreal.

ARIEL. ¿Aquí una máscara?

MASCA. Yo.
¿Te sorprende un dominó
en martes de Carnaval?

ARIEL. Que se oculte me sorprende
quien, al mirar su figura,
juzgo que, siendo hermosura,
no parecerlo pretende.
Pero dí quien eres.

ASCA. No.
RIEL. ¿Intentas burlarte?
ASCA. Sí.
RIEL. ¿Burlarte de quién?
ASCA. De ti.
RIEL. ¡Si te lo consiento yo!
(Decidido a arrancarla el antifaz
se dirige a la mascara, que, en guardia,
da unos pasos atrás.
Ella, huyendo, tropieza con el muro.
El la acosa y la sitia, ya seguro
de que no ha de escapar.
Luchan los dos, mas sin dejar de hablar.)
Descubre el rostro.
ASCA. Adivina.
RIEL. ¿Quién eres?
ASCA. Nadie.
RIEL. Responde.
ASCA. *(Luchando.)*
¡Que no!
RIEL. ¡Pues quita!
ASCA. ¡Vizconde,
ved lo que hacéis!
RIEL. ¡Carolina!
(Le arrancó el antifáz, y al ver quién era
da un paso atrás y confundido queda.)
ARO. ¡Qué audacia! ¡Qué violencia!
¡Qué arrojada decisión!
RIEL. *(Confuso.)*
¡Perdón!
ARO. Os doy el perdón
y me acuso de imprudencia.
Que es arriesgada la broma
de ir a casa de un soltero
cuando él es tan altanero
que la broma en serio toma.
(Contemplando indulgente
al sitiador audaz,
acaba por reir alegremente
mientras que se despoja del disfraz.)
RIEL. Mas ¿cómo vos aquí?
ARO. Fué una escapada.
Aproveché un instante
que salió mi madrina, y, disfrazada,

me arriesgué a la aventura interesante.
Pero no os asustéis. Vengo guardada
por Renata, que el traje me ha buscado.
Todo Madrid hemos atravesado
cruzando entre gentes ruidosas
que iban al Salón del Prado.
Al pasar nos decían mil cosas
descaradas, y a veces, graciosas,
que a las dos nos han sonrojado.
Medinaceli, frente a su portada,
ha hecho alzar, con follaje y banderas,
un gran arco de artística arcada;
y entre sus altas columnas ligeras,
cascabeleros bajo sus collares,
van desfilando por él, populares,
cien calesines con sus caleseras.
Tocaba la turba, con algarabia,
sus mil instrumentos;
cantaba en los corros, danzaba y reía
en el aquelarre de sus aspavientos.
¡Tuvimos que escapar! Nos han apedreado
con almendras y anises, con rosas
y con sierpes de papel rizado.
Los hemos esquivado, hemos corrido
gustando el agridulce del peligro canalla;
y hasta, en una ocasión, hemos tenido
que aceptar la batalla
que, audaz, nos ha ofrecido,
con tres majos de rumbo, ese torero
a quien llaman, de mote, "El Chiclanero".
Junto a la fuente de la Mariblanca
vimos pasar el coche engalanado
en que sale el marqués de Salamanca,
y que una linda góndola figura;
¡mucho susto he pasado,
pero lo doy por bien aprovechado
con tal de haber corrido la aventura!

(Las palabras finales apresura,
da fin a la graciosa relación,
y se arroja después en un sillón
con risueña y gentil desenvoltura.)

Y ahora permitid tome un respiro
sentándome a mi gusto.
¡Bien lo merece quien pasó tal susto

por venir a alegrar vuestro retiro!
(Transición.)
Y a devolveros éstos. Ya he leído
los amores de Werther, y os entrego
vuestro ejemplar. Me ha conmovido;
pero a los cielos pido
no le dé, a quien me quiera, amor tan ciego.
(Le da, diciendo así,
un volumen de pasta carmesí.)
Es la víctima, Werther, de sí mismo.

ARIEL. ¡Es un hombre que adora, nada más!

CARO. ¿Y su amor quien le da su pesimismo
y su muerte? ¡Sutil romanticismo
que yo no pude comprender jamás!
Aborrezco al amor, si él es la muerte.
Cual vuestro amigo Lauro, amo la vida.

ARIEL. Muy fuerte es el amor.

CARO. Ella es más fuerte.

ARIEL. Vos lo pensáis así, porque en la suerte
vuestra existencia fué favorecida,
y porque el corazón no os ha sangrado
como me sangra el mío.

CARO. No por fuera.

ARIEL. Ni por dentro.

CARO. ¡Quién sabe! Habéis hablado
cual quien saber pretende demasiado.
¿Y si a espaldas de vos sangrando fuera?
(Hay una pausa embarazosa
en que todo reposa:
almas, cuerpos y objetos de la casa.
Los dos suspiran y el silencio pasa.)

ARIEL. Ya es hora de hablar claro, amiga mía,
y ocasión de acabar los fingimientos.
Como Isabel de Hungría
curaba los leprosos de la leprosería
y daba el santo pan a los hambrientos
para ganar su palma,
vuestras manos de santa eucaristía,
la lepra de mi espíritu curaban poco a poco,
sin desmayar en ello, pero sin ver tampoco
que me ibais, poco a poco, dando el alma.

CARO. ¡El alma!

ARIEL. ¡Toda ardiente
de amor!

CARO. ¿Estáis seguro?
ARIEL. De amor o caridad para el doliente,
lo mismo viene a ser.
CARO. Pues es más puro,
de caridad sería.
ARIEL. ¡Alma de caridad, pero alma mía!
En fin, voy a acabar. Ha sido tanta
la emoción que esta tarde he recibido,
que me arde la garganta
y me baten martillos en la frente.
CARO. Pues que os deis al reposo es lo prudente,
y otro día hablaremos con más calma.
ARIEL. No. Esta tarde; ahora mismo.
CARO. ¿Es tan urgente?
¿Vais a sacar del purgatorio un alma?
ARIEL. *(Con esfuerzo supremo.)*
Un alma, sí; pero un alma divina
que mártir es y a la que haré dichosa.
Si os dijese que os amo, Carolina,
¿querríais ser mi esposa?
CARO. ¡Oh, qué declaración tan repentina!
(Como quien ha agotado
hasta el último extremo su energía,
él lanzó la pregunta, y se ha notado
que, sin poder ya más, desfallecía.
Ella acude a su lado
y hasta el sofá le guía.)
Pero, ¿qué os pasa, Ariel? Estáis temblando.
ARIEL. No sé. Prestadme apoyo. El mundo gira
y todo en torno mío va pasando.
CARO. *(Aparte.)*
¡Mi pobre Ariel! ¡Está febril! ¡Delira!
¡Divaga sin saber cómo ni cuándo!
(Alto.)
Reclinaos aquí. Fuisteis un loco.
Calmad la excitación de vuestra mente.
Necesitáis dormir. Callad un poco.
Yo os velaré, por si viniera gente.
(El se echa en el sofá. Como una hermana
ella busca una piel, le arropa luego,
y por su grato bienestar se afana.)
¿Os halláis bien así? La mano os arde.
Cerrad los ojos. No penséis en nada.
Yo aquí con vos estoy, pero callada.

¡No os quejaréis de mí, señor cobarde!
(Llàma a la campanilla.
Filomena y Renata se quedan sorprendidas,
saliendo, al ver a Ariel. Las hace seña
de que guarden silencio Carolina.)
Procura no hacer ruido, Filomena,
que duerme tu señor. Y tú, Renata,
calla también.

FILOM. *(Al salir)*
¡Me lo enfermó la pena,
y la pena, señora, me lo mata!

RENAT. *(Idem a Filomena.)*
¡No es la pena, mujer, sino el amor!
(Vanse las dos mujeres. Queda sola
la tierna madamina.
Mira un instante a Ariel, rebaja llama
al quinqué con que el cuadro se ilumina,
y se sienta a la mesa. Busca un libro
que le dé distracción a su velada,
cuando, en algo que al verlo la emociona,
pone, sin sospecharlo, la mirada.)

CARO. ¡Qué bello está! ¡Y qué feliz me hiciera
si me llegase a amar! Ya se ha dormido.
Cuide yo su dolor y el cielo quiera
concederme las fuerzas que le pido.
¡Pero en vano será, que en todos lados
más cerca estaré de él cuanto más huya!
(Pausa.)
¿Qué son estos renglones empezados?
¡Versos de Ariel!. . ¡Oh, sí, la letra es suya!
(Lee con viva emoción.)
"Dame fuerzas, Señor, sólo un momento
para ponerme al pecho la pistola
y acabar de una vez este tormento;
dame fuerzas, Señor, y el alma sola
pueda libre volar al firmamento.
¡Que no puedo vivir, que esta agonía
va haciendo más profundo mi vacío
y que más hondo siento cada día
de la muerte el siniestro escalofrío!"
(Apenas si termina de leer, cuando a escena
salen el de Saldaña y Carmen. Viene ésta
misteriosa, con manto largo y negro cubierta.
Se para en el dintel indecisa, y no entra.

hasta que el de Saldaña inquiere con prudencia.)

DIEGO. *(Entrando.)*
Duerme. Podéis pasar.

CARM. Gracias, Don Diego.

DIEGO. Silencio. Estáis perdida si os advierte.
(No han visto a Carolina, que en el foro vigila atentamente.)

CARO. ¡Ella aquí! ¡Santo Dios! ¿Qué extraño juego
juega así con su vida y con su muerte?
(Don Diego, que la ha visto, acude a ella y la dice prudente:)

DIEGO. ¡Carolina! ¡Callad, no se despierte!
*(La dama se ha acercado hasta el doncel
y, sigilosamente,
le dice en voz muy baja estas palabras,
con caricias y besos en la frente:)*

CARM. Mi dulce Ariel, sobre tu frente pura
que tiene un blanco resplandor de aurora,
pongo mis labios, ahitos de amargura,
para que, al fin, en la postrera hora
de mi larga agonía,
te oiga, al fin, que me llamas madre mía.
¡Que por lograr lo que escucharte ansío
todo mi ser arrepentido llora
y feliz de escucharte moriría!

ARIEL. *(Como el que en sueños desvaría:)*
¡Carmen! ¡Carmen! ¡Te adoro y serás mía!

DIEGO. *(Alto, a Carolina.)*
¿Qué dice?

CARO. *(Rompiendo a llorar.)*
¡Oh, qué espantoso desvarío!
¡Que se muere por ella!

DIEGO. ¡Todavía!

CARM. ¿Pero es que no le curarás, Dios mío?
*(Alza los ojos al cielo
pidiéndole salvación,
y baja rápidamente
el telón.)*

FIN DEL CAPITULO CUARTO

CAPITULO QUINTO

MAÑANA DE PRIMAVERA

DECORACION DEL CAPITULO QUINTO

Decoración, la misma que en el acto anterior.
A través de los vidrios, un vivo resplandor
anuncia una mañana de luz primaveral.
Como es mayo, la escarcha ya no empaña el cristal,
y se ven dibujarse los tejados por él.
Es domingo y el cielo ha estrenado un dosel.
Las cortinas del foro, descorridas, plegadas,
muestran el lecho intacto, mullidas las almohadas
y el cobertor de seda sin la menor arruga.
Ariel está escribiendo, pero no es que madruga,
sino que el día le ha sorprendido velando.
Aún luce un candelero, aunque, de vez en cuando,
las velas con que alumbra, y que arden todavía,
parpadean al sueño que las da el nuevo día.
Es que Ariel, poco a poco, salió de la penumbra,
y abstraído no sabe que el sol es quien alumbra
—mientras va agonizando la luz del candelero—,
sus papeles y cartas dispuestos en rimero.
Habla en voz alta, como el que en otro mundo vive,
y estas breves palabras, nerviosamente, escribe,
mientras que, lentamente, se levanta el telón
para desenlazar, al fin, el folletón.

ARIEL. Mi postrera voluntad
queda escrita en este pliego.
Nadie lo abra hasta luego
que yo esté en la eternidad.

(Viste Ariel, caseramente,
batín de elegante indiana.
Dan las siete, lentamente,
en una torre cercana,
y el doncel alza la frente
hacia el sol de la mañana.)

¡Triste noche de antebodas
esta mía,
que da fin a la agonía
con que desperté de todas!

Las siete dan... Ya es de día.
Luce el sol, y no he sentido
ni el frío de la alborada.
Por suerte, nadie ha advertido
que voy a entrar en la nada.

(Se abre una puerta sigilosamente
y aparece una toca de blancos festoncillos.
Es aya Filomena que penetra,
no sin antes llamar con los nudillos.)

FILOM. ¡Las siete, señor!
(Entrando.)
¿Qué veo?
¿Aún luciendo las bujías?
¿No os basta el sol que pregona
el mejor de vuestros días?
¿Cómo? ¿Sin tocar el lecho?
Pero, ¿donde habéis dormido?
¿Pasasteis la noche en vela?
¿Es que os habéis despedido
de la vida de soltero
como todo el que se casa?
Noche de anteboda, el novio
fuera de casa la pasa,
dice el refrán.

ARIEL. Y no acierta,
que yo en casa la he pasado
poniendo en orden mis cosas.

FILOM. Pero eso es desatinado,
pues mujer guapa y mocita
pide, como ya es sabido,
que la noche haya pasado
bien descansado el marido.

(Con su cómica extrañeza
va y viene, mira la cama,
corre las cortinas y
sopla en las velas la llama.
Ariel, en tanto, la mira
indulgente,
y un instante se le borran
los fantasmas de la frente.)

¿Y qué tuvisteis que hacer
con tanto apresuramiento?
¡Ni que fuerais a testar!

ARIEL. Tú lo has dicho: el testamento.

FILOM. ¿Tanto el casar os asusta
que estáis pensando en morir?
Más os valiera vestiros,
que ya estarán al venir
vuestros amigotes para
ir a la iglesia con vos.
ARIEL. O para por mí rezar.
FILOM. No se reza por los vivos.
ARIEL. Por los muertos sí se reza.
FILOM. ¿Y estáis muerto? ¡Con la boda
se os trastorna la cabeza!
Burlas tales, en tal día,
presagio de males son.
¡Conque cállese el impío
fracmasón!
*(Una campanilla suena
con su metálico son.)*
ARIEL. Dices bien. Hablo en exceso.
FILOM. Como todo el que bien ama.
Mas acabad de vestiros,
que yo voy a ver quién llama.
*(Vase el Aya. Ariel penetra
en su dormitorio.
Por un momento, la escena
queda sin nadie, y tan sólo,
a través de las cortinas,
con melancólico tono,
se oye, lejano, de Ariel,
este breve soliloquio.)*
¡Mañana de primavera,
vestida de oro y de rosa,
en que la novia me espera
sobre el lecho de la fosa!
¡Mañana de primavera!
¡Apaga tu lampadario,
y cuatro hachones de cera
iluminen mi sudario!
¡Mañana de primavera!
¡Con rosas de juventud,
corona mi calavera
y engalana mi ataúd!
¡Que hoy se cumple el desposorio
de un hombre y una quimera!
¡Dame tu beso ilusorio,

mañana de primavera!

(Con un extraño envoltorio el Aya vuelve ligera.)

FILOM. *(Para sí.)*
Extraño regalo es éste.
(A Ariel.)
¡Señor!... ¡Señor!...

ARIEL. *(Dentro.)*
Filomena.

FILOM. *(Junto a las cortinas.)*
Traen dos pistolas de parte
del caballero Villena,
que para el viaje de novios
le habéis pedido prestadas,
y que él os regala.

ARIEL. *(Dentro.)*
Bien.
Mas, cuida, no estén cargadas,
y éntralas aquí.

FILOM. *(Con susto.)*
¡Dios santo!
¡Tomad, tomad!... Que si son
buenas para ir en galera
de un mesón a otro mesón,
dispuestos a dar con el
trabuco del Tempranillo,
a veces las carga el diablo
y se dispara el gatillo.

(Entra y sale de la alcoba con su eterno trajinar, y abre la ventana sin dejar de hablar.)

ARIEL. *(Dentro.)*
¿Y Don Diego?

FILOM. Muy temprano
salió a misa a comulgar
por vuestra dicha. Aun no ha vuelto;
pero no puede tardar.
No tendréis queja del sol,
que hoy se puso el mejor sayo,
y fué por vos, aunque es fiesta.

ARIEL. *(Dentro.)*
¿Fiesta es hoy?

FILOM. La Cruz de Mayo.

Que también la tierra quiso
lucir sus galas mejores,
y alzó una cruz de pedir
aquí, en la plaza, con flores.
(Sale Ariel de su aposento.
Se despojó de la bata,
y ahora se hace la corbata
con gentil refinamiento.
Pero no falta un detalle
en su elegancia suprema.
La levita afina el talle
y su distinción extrema.)
En fin, si en nada os preciso,
a que terminéis no espero,
que soy muy curiosa y por
ir a la iglesia me muero.

EL. Vete tranquila, mujer;
pero no cierres la puerta
cuando te vayas.

OM ¿Y cómo
la voy a dejar?

EL. Abierta.
Así entrarán los amigos
que a buscarme han de venir.

OM. Pues dejo puesta la llave
y vos cerráis al salir
(Volviendo desde la puerta.)
Mas quisiera humildemente
antes de dejaros...

EL. ¿Qué?

OM. Cómo decirlo, no sé.
Haceros este presente.
(Saca del pecho un medallón
de filigrana reluciente.)
No me lo estiméis en nada.
Mirad sólo la intención.

EL. *(Examinándolo.)*
Precioso es el medallón
y linda la retratada.
¿Es tuyo? ¿Tú fuiste así?

OM. ¿Yo tan bella?
No, señor. ¡Pobre de mí!
Es ella.

EL. No entiendo.

FILOM. Es ella,
Pues, ¿quién ha de ser, señor?
Vuestra madre, al ser mujer.

ARIEL. *(Con gran emoción.)*
¿Mi madre, y en tu poder?

FILOM. No tal: en el del tutor.
El ha tiempo lo guardaba
con tan celoso cuidado,
que yo, alguna vez, pensaba
si estaría enamorado.

ARIEL. *(Aparte.)*
(¡Otro misterio!)

FILOM. Este anillo
y esta efigie marfilina
a modo de leontina
colgaban de su bolsillo.
Mas cuando, diez años ha,
el hidalgo os prohijó
con ira se la arrancó
para no ponerla ya.
Ignoro si fué locura,
pero, a poco, sorprendida,
vi en tres pedazos partida
la preciosa miniatura.
La recompuse paciente,
la conservé con cuidado,
y hoy que os casáis, he pensado
que era mi mejor presente.
Yo no sabía quién era;
pero el cielo me decía
que algún día llegaría
en que, por fin, lo supiera.
Hoy que lo sé, y que ninguna
joya así os puedo ofrecer,
aceptádmela al saber
que aquélla y ésta son una.

ARIEL. ¡Mi buen aya Filomena!
¡Si me entregas un tesoro!

FILOM. Pero, ¿estáis llorando?

ARIEL. ¡Lloro
porque tú sí que eres buena!
*(La acaricia, enternecido,
con un cariño filial,
y ella le huye. Ha sentido*

que, del llanto contenido,
va a desbordarse el caudal.)

FILOM. ¡Vaya! ¡Me hará enternecer
poniéndose el novio triste!
¡Me voy, que no se resiste
ver llorar y no poder!

(Filomena se va, y Ariel se queda dueño, al fin, de sus actos; a solas con su amor y el fantasma siniestro de las frías pistolas.)

ARIEL. ¡Bondadosa mujer! Lo ignoras todo.
Tu inocencia de niña te defiende
de la sospecha y del dolor. Ya nunca,
más que sin vida, volverás a verme.
Ya estoy solo. Ya puedo
decir lo mismo que decía Werther:
Todo en reposo está. Tranquila el alma,
gracias te doy, Dios mío, por haberme
dado fuerza y valor en el instante
postrero de mi vida. ¡Oh, luz alegre,
como para los desposorios tantos días
con júbilo esperados! Cuántas veces,
esposa eterna de los blancos huesos
y la risa vacía, quise verme
estremecido entre tus brazos fríos,
en un domingo cálido como éste!

(Dice así contemplando en la ventana el panorama que a sus pies se extiende.)

¡Cuántas, llenos de amor, te he contemplado,
plaza gentil del jardinillo verde!
¡Ay, amor! ¿Dónde está lo que no guarda
un algo tuyo siempre?
¡Tú lo has llenado todo, y sólo tú,
porque no cabes en el mundo, mueres!
Y tú, miniada efigie,
que en el último instante hasta mí vienes,

(Añade, y besa el medallón miniado que entre las manos tiene.)

esconde mi secreto, mi maldita
fidelidad a ti que, frente a frente
con la razón, con el instinto y hasta
con la monstruosidad, callar no puede,
y, porque no la sientan que palpita,
antes que traicionar, desaparece!

(Con un supremo desaliento
se dirige a la alcoba lentamente,
mientras dice las últimas palabras.
Va muy sereno, pero palidece.)

Pero ¿a qué esperar más, si ya es la hora
que las campanas de mi boda suenen?
¡Medallón, vé conmigo, y que mi mano
no vacile ni tiemble
al llamar con el frío aldabonazo
en la casa cerrada de la muerte!

(Como al que van a ajusticiar sin culpa,
tras la cortina Ariel desaparece.
Hay una pausa, y un pistoletazo
los muebles y los paños estremece.
Otra pausa. En la calle,
una Voz de mujer pregona, alegre.)

VOZ M. ¡Para la Cruz de Mayo una limosna
y que Dios os lo premie!

(Otro silencio. Suena en el pasillo
la campanilla de escalera. Nadie
sale a abrir. Un silencio. Campanilla
más viva y más vibrante.
Quinta pausa, y al fin entra en escena,
inquieto, Lauro, el navegante.
Trae uniforme de marino. Inquiere,
como extrañado a soledad tan grande.)

LAURO. *(Entrando.)*
¡Ariel!... ¡Ariel!... No está. Nadie contesta.
¡Qué silencio tan grande!
¿Por qué raro capricho
quiere Ariel de este modo atormentarme?
Valor me falta para verla. No
presenciaré sus esponsales.

(Se oyen voces de gente que penetra
por el pasillo alante.)

Aquí le aguardo. Pero gente viene.
¿Quién va allá?

(Sonora, dentro,
una voz varonil:)

VILLE. *(Dentro.)*
Los que esperabais.

LAURO. Pasen.

(Sorpresa en todos. Quien entró es Villena
seguido del Doctor. Ninguno sabe

cómo explicar la causa
de allí los tres hallarse.)
¡Villena y el doctor!
VILLE. ¡Alférez Lauro!
FLORO. ¿Y Ariel?
LAURO. Aquí no hay nadie.
VILLE. ¿Que no está? Pues aquí nos esperaba.
FLORO. Prometimos venir a acompañarle.
LAURO. Rara ausencia la suya.
VILLE. *(Burlón.)*
¡Ausencia cuerda
si, a tiempo aún, arrepentirse sabe!
(Villena toma asiento
con desenvueltos ademanes.)
Esperaremos. Y entretanto, Lauro,
decidnos cómo fué tan corto el viaje.
Me sorprende que estéis en esta casa.
LAURO. Vuestra sorpresa es razonable.
Bien sabéis cuánto adoro a Carolina
y que esta boda el corazón me parte;
pero no estoy, aquí señores míos,
por propia voluntad.
VILLE. ¿Quién hay que mande
en ella más que vos?
LAURO. No sé. Yo mismo
no he podido las causas explicarme.
Vine llamado por Ariel. Un día,
estando el bergantín anclado en Nápoles,
recibí su angustioso llamamiento
como si fuera el de un agonizante
que pidiera socorro. Su misiva,
temblorosa, febril, concisa y grave,
parecía pedir, apresurada,
un salvamento, un cable
para un náufrago. En ella
Ariel me suplicaba: "Aunque los mares
tengáis que atravesar; aunque la vida
por correr arriesguéis, forzad la nave
y venid pronto a España; os lo suplico
por lo que hay de más grande
en vuestro corazón. Vuestra presencia
urge aquí. Procurad no se retarde.
Hay tras estas palabras un misterio
que sólo en Dios y en mi conciencia cabe,

Procuro vuestra dicha, y os repito:
¡Lauro, venid, venid; forzad la nave!"
(Los caballeros se han quedado mudos sin mirarse ni hablarse.)
¿Comprendéis el enigma imperativo
de estas palabras? ¿Quién puede negarse
a obedecerlas luego?

VILLE. Ciertamente,
la novela resulta interesante.

FLORO. ¿Y aquí ya?

LAURO. La nueva de su boda
junta con otro ruego suplicándome
que asista al esponsal, que me haga fuerte,
y, sobre todo, que no falte.
Ahora espero el final. ¿Qué se propone
con su mandato inexplicable?
(Transición.)
Mas ¿no le halláis al aposento un orden
que en él nunca observé que se guardase?
Los libros, los papeles, en rimeros
apilados están.

VILLE. Nada os extrañe.
El que se va a casar hace con todo
el riguroso examen
—pues yo lo juzgo cosas parecidas—
que el que va a suicidarse.
(Ha dicho esta ironía el de Villena sin que Floro ni Lauro se lo alaben. Y, como siempre, silencioso y en el preciso instante, Don Diego ha penetrado, sin ser visto y sin que le oiga nadie. Y también, como siempre, se ha quedado junto a la puerta y expectante.)

DIEGO. Hablaban de él. Escucharé qué dicen.
Me pareció que se burlasen.
Mas, ¿cómo no está aquí? ¿Qué extraña causa
puede hacerle que tanto se retarde?
(El de Villena sigue sus comentos vulgares.)

VILLE. ¡Buen suicidio es casar cuando se casa
con dote y con mujer sin semejantes,
como a Ariel le sucede!

LAURO. ¿Dotada Carolina?

ILLE. ¿Quién no sabe
que Carmen Sevillano su fortuna
le da entera al casarse?

IEGO. *(Aparte.)*
¡Ya están a su placer maledicientes
los caballeros honorables!

AURO. Cada vez me parecen más extraños
dote, boda y tardanza semejantes.
*(Reparando en el sobre que en la mesa
Ariel dejara antes.)*
Pero ¡callad! ¡Aquí una carta suya!
(El de Saldaña, aparte.)

IEGO. ¡Temo, y de qué mi corazón no sabe!

AURO. *(Leyendo.)*
"Mi última voluntad."
*(El de Saldaña,
avanzando y mostrándose.)*

IEGO. ¿Qué estáis diciendo?
¡Para burlas, alférez, ya es bastante!
*(Le arranca el sobre de las manos
como a reñir, retándole.)*

AURO. ¿Burlas? Miradlo vos.

IEGO. ¡Cierto! ¡Es su letra!

AURO. ¡Abridla pronto o llegaremos tarde!
*(Don Diego rasga el sobre
y lee el pliego; la mano y voz temblándole.)*

IEGO. *(Leyendo.)*
"Don Diego: Voy a morir,
y, en última voluntad,
quiero la triste verdad
de mi corazón decir.
Con mano firme y segura
trazo esta carta postrera,
para confesaros que era
mi existencia una tortura.
Lo he pensado bien. A toda
voluntad obedecí.
Y, obedeciendo, asentí
al mandato de esta boda.
Pero no puedo engañar
a quien mi esposa iba a ser.
¿Cómo fingirla un querer
cuando no la puedo amar?
Mi alma ya no está aquí.

Hace tiempo que voló,
y yo sólo sé que no
se halla en la tierra ni en mí.
Dios que en mi espiritu está,
fuerzas me da para todo.
Voy a morir. De este modo
todo solución tendrá.
Viviendo no sufriria
la vergüenza de saber
que la que me ha dado el ser
manchó la pureza mía.
Y tanta difamación
como sobre ella ha caído,
borro cortando el latido
de mi pobre corazón.
(Pausa.)
Para el hoyo funerario
quiero llevar este traje.
Que no me hagan el ultraje
de cambiarme de sudario.
No me registren. En él
llevo un guante y una rosa.
Pues deseo, hasta en la fosa,
serla fiel.
A Lauro, que le he llamado
por que ampare a Carolina.
El cielo se la destina
Cumpla a lo que está obligado.
Y a vos, Don Diego, por quien
he sido un hombre de honor,
perdonadme este dolor,
y hasta nunca más, amén."

(Calla. En sus ojos asoma
el llanto mal contenido.
De pronto, se siente el ruido
de un cuerpo que se desploma.
Sobresaltados por él,
hacia las cortinas corren,
y hallan, cuando las descorren,
tendido en el suelo a Ariel.)

LAURO. ¿Ese ruido?
VILLE. Ha sido allí..
LAURO. ¡Oh...! ¡Señores, vengan presto!
¡Llegamos tarde!

FLORO. ¿Qué es esto?
DIEGO. ¡Ay! ¡Lo que yo me temí!

(Está en desorden el lecho
y el ropaje ensangrentado.
Ariel, a su pie ha quedado,
con las manos en el pecho
y una pistola a su lado.)

DIEGO. ¿Está muerto?
FLORO. No. Por suerte,
aun late su corazón.
LAURO. Llevadle allí.
DIEGO. ¡Maldición,
no llegar antes!
VILLE. La muerte
busca siempre la ocasión.

(Le conducen al diván
y le tienden.
Todos pálidos están;
reanimarle pretenden.)

FLORO. Un pomo de olor.
LAURO. *(Trayéndolo.)*
Respira.
DIEGO. ¡Ariel! ¡Hijo mío!
VILLE. Hablad.
LAURO. ¡Vuelve en ti!
FLORO. Sufre.
DIEGO. ¡Suspira
y parece que me mira
como pidiendo piedad!
(A Floro.)
Salvádmele y mi fortuna
es toda vuestra, doctor.
(Pausa.)
¿Qué me respondéis?
LAURO. ¡Valor!
DIEGO. ¿No hay esperanza?
FLORO. Ninguna.
DIEGO. ¡Pero es posible, Señor!

(Forman grupo en torno de él,
mientras Floro, de rodillas,
desabrocha las randillas
de la pechera de Ariel.)

¡Es imposible! ¡No es cierto

que quien ayer sonreía
a corazón descubierto,
ahora está en mis plantas muerto!

*(Cuadro. Invadieron la estancia
Carmen, Carolina y cuantos
asistían a la boda.
La maldición del hidalgo
a todos, en el dintel,
inmóviles ha clavado.
Carmen, humillada, esconde
la cabeza bajo el manto.
Carolina, que se entoca
de azahares y traje blanco,
nada comprende. Un silencio
embarazoso y dramático.)*

CARM. ¡Ariel! ¿Estáis enfermo?
ARIEL. Estoy herido.
CARO. ¿Herido, Ariel?
ARIEL. Y fortaleza os pido
a las dos por igual.
CARM. ¿Fortaleza por qué?
CARO. *(A Lauro.)*
Mas ¿qué ha pasado?
LAURO. ¡Que de un balazo se pasó el costado!
¡Mirad el arma allí!
CARM. ¿Que te has matado, Ariel?
CARO. ¡Que se ha matado!
Pero ¿por qué?
CARM. ¿Por qué? ¿Lo habéis dudado?
¡Se ha matado por mí!

*(Solemne el grupo, en silencio
mira, sin saber la causa,
lo exterior de la tragedia.
Nadie respira. Una pausa.
La Sevillano ha caído,
deshecha en llanto, a los pies
de su hijo. Carolina
se ha arrodillado después.
Los hombres, en pie, rodean
el tríptico singular.
Sólo a ratos, las mujeres
se atreven a murmurar,*

en voz muy queda, aunque un nudo
de dolor sus lenguas ata.
Llora el aya Filomena
y se conmueve Renata.)

ARIEL. Madre, ¿por qué lloráis, si soy dichoso?
¿Por qué, si de la vida libertándome,
para siempre os redimo?
Ya lo sabéis, Villena: era mi madre
la que vos ofendisteis una noche.

VILLE. Perdón.

ARIEL. Para que a mí me perdonasen,
a todos perdoné, que amor fuí todo
y desamor no tuve para nadie.
Don Diego, Carolina: siento un frío
y un bienestar muy suaves,
que parecen hacerme transparente,
sin peso, como el alma o como el aire.
Es la muerte que llega;
no la impidáis que pase.

CARM. ¡No morirás, Ariel! ¡Para que vivas
está tu madre aquí!

ARIEL. Pero ya es tarde.
Nada podréis hacer.

CARO. ¿Y yo, no puedo?

ARIEL. Las dos la misma cosa: recordarme.

(Mirando a Carolina dulcemente
y sonriendo generoso y grave.)

¡Bella estás, Carolina,
vistiendo el blanco traje!
¡Mira lo que es el mundo! Con tu ramo
de rosas y de azahares,
adornarán el ataúd del novio
tus manos virginales
¡Quién te lo iba a decir! Pero no llores.
A Lauro le encomiendo consolarte.

(A Lauro, que, en silencio,
se acongoja mirándole.)

Pongo bajo tu guarda un alma pura
que no me hizo otro daño que adorarme.
Cúidala bien, y cuando, ya dichosos,
viváis en comunión y el tiempo pase,
hablad alguna vez de aquel hermano
que tanto os quiso y que acabó matándose.

¡Oh, qué dulce es morir en primavera,
cuando las flores abren,
cuando suben al cielo los perfumes
y de sus nidos las alondras salen!

RENAT. Su alma es otra flor.

FILOM. Otro perfume.

RENAT. ¡Es una alondra que las alas bate!

ARIEL. Adiós, madre, Don Diego, Carolina.
Adiós a todos los que, amándome,
lloráis desesperados mientras yo
sonrío en este instante.
Mi vida no fué más que una quimera,
y ya se desvanece... Va borrándose
como el iris del arco, con el limbo
de los que mueren mártires.
¡Luz!... ¡Más luz!... ¡Un rayo que me alumbre
en el último viaje!...

*(Un rayo de sol vivo
entra, por la ventana, a iluminarle.
Pausa. Breve estertor. Ariel expira.
Floro, que observa el pulso, levantándose:)*

FLORO. ¡Silencio! Ariel ha muerto.

FILOM. ¡Una plegaria
para que el cielo alcance!

LAURO. ¡Desgraciado!

DIEGO. ¡Hijo mío!

FILOM. ¡Si parece
que se ha dormido, el ángel!

RENAT. Ponedle entre las manos una cruz.

CARO. ¡La que él me regaló para casarme!

*(Quitándose del cuello una cadena
con una cruz de perlas y diamantes,
le abre las manos, y al abrirlas,
el medallón que aprisionaban, cáese.)*

¿Qué es esto? ¡Cielo santo! ¡Una mujer!
(Mirando a Ariel.)
¡Tenías una amante!

*(Silencio. Todos rezan
en torno del doncel, arrodillándosé,
y la voz de la misma postulanta
que se ha escuchado ya, dice en la calle:)*

VOZ M. *(Dentro.)*
¡Para la Cruz de Mayo, una limosna,
y que Dios os lo pague!

(Carmen, que en tierra estaba como ausente de lo que no fuera su dolor, alzándose de pronto, clama y gime con dramático arranque:)

ARM. ¡Ariel! ¡Oye, hijo mío! ¡Escucha y mírame!
¡Mira que soy tu madre
y que quiero sentir entre mis dedos
de la fiebre las llamas abrasándote!
¡Que te sienta latir el corazón
y que sienta tus sienes palpitarte!

(Le palpa como loca, poseída, las ropas y las carnes.

Le coge entre las manos la cabeza y se queda mirándole.)

¡Ahora, que al fin podía
hijo mío llamarte,
huyes de mí, te vas y me castigas
sola y triste dejándome!
¡No te vayas, Ariel! ¡Mi única vida
es la muerte! ¡La muerte acompañándote!
¡Abre los ojos! Mírame y que pueda
en tus pupilas contemplarme
cual no pude jamás. ¡Claros espejos,
únicos en que nunca me mirase!

(Pausa .Empieza a lo lejos un ruido de campanas a escucharse.)

¡Se estremece!... Los mueve...
Lentamente los abre.
Ya me contemplo en ellos.
Ya los veo mirándome.
Pero ¿por qué los clavas de este modo,
tan negros y tan grandes?
¡No me mires así, que me da espanto!
¡Ciérralos! ¡Ciérralos, que soy cobarde!
¡Ciérralos, que se clavan en mi alma,
acuchillando sin piedad mi carne!
¡Ciérralos, que me miran y parece
que lloran acusándome!
¡Oh, sí! ¡Tienes razón! ¡Estoy maldita!
¡Yo sola fuí quien derramó tu sangre!

(Suelta de pronto la cabeza al muerto, y cae rígida, al suelo, desplomándose.

Sensación en escena. Telón rápido
y atronar de campanas matinales.
Así termina el folletín dramático.
Que Dios y la fortuna le acompañen.)

FIN DE "EL DONCEL ROMÁNTICO"

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. J. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extrao. .), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas,* por Jacinto Benavente.
51 *El llanto,* por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia,* por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada,* por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos,* por Jacinto Benavente.
55 *La Raza,* por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres,* por Jacinto Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos,* por Jacinto Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien,* por Jacinto Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro,* por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés,* por José Fernández del Villar.
61 *El azar,* por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped,* por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear,* por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas,* por José María Granada.
65 *...Y después?,* por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor,* por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos,* por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren,* por Federico Oliver.
69 *El último mono,* por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas,* por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María,* por Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios,* por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda,* por José Luis Máyral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!,* por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas,* por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Poca cosa es un hombre,* por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes,* por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales,* por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro,* por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño,* por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas,* por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido",* por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores,* por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández,* por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor* o *Si no es verdad, debiera serlo,* por Felipe Sassone.
87 *Buena gente,* por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito,* por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi,* por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto,* por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortitiago* Rusiñol y G. M. Sierra.
jo, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña,* por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La peña,* por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado,* por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta,* por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres,* por Alfonso Vidal y Planas.





Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.